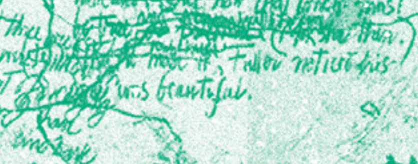
· JACINTA GORRITI ·

****

Nicos Poulantzas. Una teoría materialista del Estado

****





DOBLE CIENCIA
Editorial

Nicos Poulantzas.
Una teoría materialista
del estado

*

Nicos Poulantzas.
Una teoría materialista
del estado

• JACINTA GORRITI •



TÍTULO:
NICOS POULANTZAS.
UNA TEORÍA MATERIALISTA DEL ESTADO

AUTORA:
JACINTA GORRITI

PRÓLOGO:
"UN GESTO MATERIALISTA"
POR ROQUE FARRÁN

EDITOR:
MARCELO RODRÍGUEZ ARRIAGADA

PORTADA Y DIAGRAMACIÓN:
ILACAMI
ILACAMI.404@GMAIL.COM



ISBN: 978-956-9681-13-4

DOBLE CIENCIA EDITORIAL
APOQUINDO 6410, OF 605, LAS CONDES
SANTIAGO DE CHILE

DOBLECIENCIAEDITORIAL@GMAIL.COM
FACEBOOK: DOBLE CIENCIA EDITORIAL
INSTAGRAM: @DOBLECIENCIA
WWW.DOBLECIENCIA.CL

❋

Jacinta Gorriti (Córdoba, Argentina, 1992)

es Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente realiza el Doctorado en Estudios Sociales de América Latina en el Centro de Estudios Avanzados de esta institución y es becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Publicó el libro digital *Estado, clases sociales y democracia. Un estudio crítico del pensamiento de Nicos Poulantzas* (Estudios Sociológicos Editora, 2018).

Indice

Prólogo

Un gesto materialista

Este libro cae justo en un momento oportuno. Hoy volvemos a pensar el Estado con más fuerza y sabiduría práctica que nunca, luego de los amplios retrocesos que se suscitaron en el continente. Una teoría materialista del Estado resulta absolutamente indispensable para situarnos en las complejidades de la coyuntura actual. Además, el materialismo invocado en este caso atañe no solo al objeto en cuestión sino al modo mismo de pensarlo, conceptualizarlo y presentar su exposición. Nos exige cambiar el modo de practicar la teoría. Desde mi punto de vista, semejante concordancia responde a la lógica del anudamiento inexorable; el materialismo es *nodal*. Cuando el objeto es pensado en su singularidad estricta, tal proceder no nos deja indiferentes: el afecto de alegría intelectual emerge.

El texto presenta una *dispositio* lógica y conceptualmente rigurosa que, en la primera parte, anuda tres dimensiones clave de la concepción materialista del Estado en Poulantzas: (i) el Estado como factor de cohesión social inscripto en la tópica marxista, (ii) el Estado como dimensión política con autonomía relativa, (iii) el Estado como relación social en el que se condensa la lucha de clases. Un gran acierto del libro es deslindar esos tres tópicos mostrando al mismo tiempo su entrelazamiento recíproco, para poder marcar énfasis diferenciales entre ellos y dar

cuenta de la lógica compleja en que se inserta el pensamiento y su objeto. Así, el pensamiento materialista del Estado que nos presenta Poulantzas, es recuperado y ejercido por la autora de manera sistemática e integral, soportando las tensiones y contradicciones suscitadas, auscultando las zonas opacas o confusas, dejando de lado cómodas y esquemáticas periodizaciones que empobrecerían el asunto.

La rigurosidad aquí no está exenta de la apertura y flexibilidad necesarias para producir desplazamientos conceptuales pertinentes, a través de diálogos o confrontaciones con otros autores, y produciendo los ajustes necesarios según la coyuntura y el análisis del caso singular. En la segunda parte, sobre todo, el nudo se irá desplazando y operando sobre otras dimensiones conceptuales: el eslabonamiento entre distintos estados-nación en las teorías de la dependencia; la lógica del no-todo por la cual las relaciones de poder se despliegan excediendo la estructura estatal pero sin exterioridad respecto de ella; la dinámica de la reflexividad y la lógica del reconocimiento que implica la ideología como pliegue irreductible a la práctica política; y, finalmente, las dinámicas de distancia e inmanencia en que se desarrollan los distintos procesos políticos en el seno del Estado.

El primer gesto materialista resulta de inscribir el pensamiento del Estado en el capitalismo actual siguiendo la tópica marxista althusseriana, su modo de plantear la causalidad estructural, y

el método mismo de conocimiento. El segundo gesto consiste incluso en ser más rigurosos que el propio Althusser respecto a las consecuencias que se siguen de pensar la tópica, con sus niveles y estructuras diferenciadas, con autonomía relativa pero entrelazadas. El tercer gesto materialista lo abre al exceso de las relaciones de poder descentradas, en dialogo con Foucault, pero reafirmando la necesidad de sostener la diferencialidad objetiva de la lucha de clases. No se ha insistido suficientemente que los límites a la hora de pensar la complejidad del Estado también tienen que ver con el método teórico o filosófico escogido. El cuarto gesto materialista lleva a la autora a desplegar las consecuencias radicales de esta concepción compleja del Estado en lo que respecta al sistema capitalista mundial, su reconfiguración y actualización neoliberal, revisitando las teorías de la dependencia, el imperialismo y el estatismo autoritario. Poulantzas se muestra así, bajo este poderoso prisma que lo reactualiza, como el más consecuente de los althusserianos: el que capta la complejidad de la tópica marxista y la extiende hacía zonas imprevistas.

No obstante, queda como saldo pendiente a seguir pensando, en el marco de una teoría materialista integral, el problema de la reflexividad y la formación del sujeto que engancha con la dimensión política pero también la excede: ¿cómo se producen otros modos de interpelación ideológica del sujeto no meramente reproductivos en el seno del Estado? Sobre todo, a partir del

predomino de la lógica neoliberal y el estatismo autoritario, donde los procesos de subjetivación también tienen una autonomía relativa respecto a otras instancias y prácticas.

A continuación, voy a señalar algunos puntos que considero particularmente relevantes y que balizan una lectura posible del libro, rescatando sobre todo la voz de la autora y su enunciación singular. Una lectura materialista consecuente, que se compromete con los puntos nodales tratados, no puede conformarse con comentarios líricos o superficiales pareceres, casi que se ve compelida a repetir el gesto.

*

Complejización de la tópica marxista-althusseriana. Lo primero que sorprende y maravilla al mismo tiempo, por la lógica implacable con que se nos presenta, es cómo complejiza Poulantzas los conceptos de modo de producción, formación social y clase social; conceptos que le permiten justamente brindar una concepción del Estado con múltiples niveles, instancias y relaciones entre términos entrelazados diferencialmente. Leer a Poulantzas así, a través de la presentación de Gorriti, lejos de cualquier aplicacionismo resulta una reactivación materialista del pensamiento, o mejor: un ejercicio continuo y riguroso de materialismo que impide al pensamiento fijar rígidamente los términos en cuestión, sin devenir por esa *ductilidad* en posmo-

dernismo líquido ni renunciar al pensamiento de la cosa misma; los conceptos parecieran cobrar vida nuevamente, animados por la vitalidad que les imprime el deseo político. Pues "el análisis concreto de las situaciones concretas", como decía Lenin, exige situar la complejidad en su *anudamiento estricto*. Así, las instancias y prácticas económicas, políticas e ideológicas que distinguía y articulaba Althusser en el todo-social-estructurado-complejo, no solo encuentran distintas combinaciones según los *modos de producción* en que se encuentran, sino en el seno de las *formaciones sociales* singulares que son a su vez combinaciones de estos, lo cual le da también un toque diferencial a la configuración de las *clases* (lejos de cualquier sociologismo de manual o economicismo identificante). Escribe Jacinta Gorriti: "El concepto de modo de producción es un objeto abstracto-formal que no existe más que representado en formaciones sociales históricamente determinadas: por ejemplo, Francia o Alemania en tal o cual momento de su proceso histórico. Una formación social está constituida por la articulación de diferentes modos (y formas) de producción, de los cuales uno es *dominante*: en las formaciones sociales capitalistas, el modo de producción capitalista domina. Esa articulación no es la simple concretización de modos de producción 'puros'; más bien, es el anudamiento específico de formas siempre singulares de existencia de esos modos de producción en su vinculación en conjunto." Asimismo, continúa precisando el concepto poulantziano de clase en

función de las múltiples determinaciones que constituyen una formación social, y no solo de la economía: "la configuración singular de las clases sociales en cada formación social es producto de la articulación propia de los niveles del todo social que caracteriza a una formación dada. De manera que –contra toda una tradición economicista en el marxismo– las clases no se definen para Poulantzas exclusivamente en función de su determinación económica; lo político y lo ideológico tienen también un papel fundamental." En consecuencia, el Estado como *factor de cohesión de toda formación social* y su complejidad inherente, es lo que permite pensarlo como el *locus* privilegiado de la transformación o conservación de un orden social dado: "Como lugar en el que se condensan y materializan las contradicciones de una sociedad el Estado es el escenario privilegiado de la lucha de clases en la transformación o conservación de una formación social." Pero, para entender la efectividad diferencial del pensamiento materialista del Estado, respecto de otros abordajes (incluso marxistas), resulta necesario ubicar cómo funciona la *autonomía relativa* de cada instancia.

Autonomía relativa. Un término clave, sin dudas, para entender el aporte de Poulantzas al pensamiento materialista del Estado, es entonces el concepto de autonomía relativa. El cual permite pensar si caer en rígidas dicotomías, como autonomía o dependencia; si entendemos que en el todo-estructurado-complejo las

instancias son interdependientes, pues la autonomía solo puede ser relativa a cierta configuración histórica. Como explica Jacinta Gorriti: “A grandes rasgos, el término autonomía relativa aparece en la teoría poulantziana en tres niveles teóricos. Por un lado, hace referencia a las relaciones entre los distintos niveles o *estructuras regionales* (en los términos del autor) del todo social y a la posibilidad de producir una teoría regional de cada una de ellas dentro de la teoría particular de cada modo de producción. Esta formulación ya se encontraba en Althusser como una exigencia epistemológica: solo si se atribuye formalmente una relativa autonomía a las instancias del todo social se vuelve posible fijarlas como objetos teóricos diferenciados y elaborar los conceptos referentes a ellas. Por otro lado, indica la forma específica que asumen las relaciones entre lo económico y lo político en el modo de producción capitalista: aquí la autonomía relativa se deriva de la separación de los productores directos de los objetos y medios de trabajo que caracteriza al capitalismo y a la configuración específica de las relaciones de producción que surgen de esa separación. Por último, alude a las relaciones entre el Estado y el bloque en el poder.” Esta última acepción de la autonomía relativa es la que permite entender que el Estado no sea un simple instrumento de la clase dominante, sin ser tampoco un árbitro neutral ajeno a la lucha de clases y la hegemonía política; en cierto sentido, explica también el fracaso de los gobiernos neoliberales en la región (sobre todo del macrismo en la Argen-

tina, en el cual representantes de empresas multinacionales se convirtieron directamente en funcionarios y ministros de gobierno): "Por eso Poulantzas señala que esta autonomía propia del Estado capitalista 'remite a la materialidad de este Estado en su separación relativa de las relaciones de producción, y a la especificidad de las clases y de la lucha de clases bajo el capitalismo que esa separación implica'. Un Estado explícitamente ligado a los intereses de ciertas fracciones de capital, que operara exclusivamente a su favor, sería insostenible: encontraría la oposición no solo de las clases dominadas sino también de otras fracciones del capital." Así, se llega al núcleo o nudo de la constitución del Estado y a vislumbrar la posibilidad de su transformación, rompiendo con las intuiciones espaciales que delimitan un adentro y un afuera, un arriba y un abajo, un centro y una periferia, sin comprender la lógica de la sobredeterminación compleja: "El desafío que impone a una teoría del Estado la noción de autonomía relativa es, además de escapar de las clásicas topologías de dentro/fuera o base/superestructura, comprender el vínculo con las clases populares en el que este se sostiene y sin el cual todo el conjunto se desmoronaría. De manera que un cambio en el poder del Estado, a través del cual las clases populares se conviertan en clases gobernantes, no basta para dar lugar a una transición al socialismo. Un proceso de este tipo requeriría *quebrar* la unidad que define a la propia formación social de la que el Estado es una condensación material y transformar radicalmente sus apa-

ratos que, a su vez, cristalizan relaciones de clase." ¿Qué tipo de unidad tiene el Estado para que pueda ser quebrada desde la más *absoluta inmanencia*? Esta pregunta clave solo puede ser articulada si se opera un cambio radical en la modalidad lógica del concepto.

Irreductibilidad del Estado, no-todo es Estado. El Estado es irreductible: aunque las relaciones sociales y luchas de clase lo excedan, no se encuentran fuera de él. No hay comunidad primigenia anterior al Estado, ni comunidad utópica exterior al Estado. Escribe Jacinta Gorriti: "Así como donde hay clases, hay lucha de clases, Poulantzas sostiene que donde hay lucha y poder de clase, hay *ya* Estado; hay un poder político institucionalizado. En este sentido, no habría una realidad social previa al Estado, un núcleo social primigenio e instituyente a partir del cual se conformaría el Estado, sino que este 'señala y codifica [...] toda la realidad social en el marco referencial de una sociedad dividida en clases'. Una vez postulado el Estado, no es pensable una realidad social cualquiera que no esté en relación con él, con su papel constitutivo en las relaciones sociales –que, en las sociedades divididas en clases, están atravesadas siempre por una dimensión de clase." De este modo, la autora llega a formular la concepción materialista del Estado en términos que estenografían de manera original la lógica lacaniana del no-todo; sin necesidad de citar o comentar esta matriz lógica, escribe:

“Esto no significa que *todo sea* Estado para Poulantzas, sino que el Estado capitalista se vincula, o está constitutivamente presente, en todas las esferas de la realidad social. *No todo* forma parte del Estado, pero no hay una realidad social radicalmente exterior a él, que escape de su injerencia –así como no hay realidad que no esté atravesada por las relaciones de producción y por las relaciones ideológicas propias del modo de producción (capitalista, en este caso). A su vez, por su función general de cohesión social, el Estado concentra las diversas luchas y formas de poder, que se integran en su campo estratégico por más que no se agoten en su anclaje material en los aparatos del Estado.” Pensar el Estado desde una inmanencia absoluta es lo que desactiva el mecanismo de excepcionalidad típico de la lógica del Todo y la soberanía, y abre a un pensamiento radical de la democracia.

La vía democrática al socialismo. No obstante, conceptualizada la importancia e irreductibilidad del Estado, ello no conduce a ninguna visión pesimista, reformista o mesiánica; sino al contrario: conduce a pensar cómo es posible una transformación de la sociedad en su conjunto que, orientada en una comprensión material del funcionamiento del Estado, conduzca a su vez al socialismo democrático: “Comprender las condiciones en las que se despliegan las luchas populares y su inscripción en el campo estratégico del Estado no supone para Poulantzas abandonar la apuesta emancipatoria por una transición al socialismo.

Una transición que, desde su concepto relacional del Estado, entiende como un largo proceso a la vez *dentro y a distancia* del Estado. Es decir, como una articulación y una coordinación entre una lucha situada en el terreno estratégico del Estado (no simplemente encerrada en el interior de sus aparatos), para agudizar sus contradicciones internas y modificar la correlación de fuerzas dentro de él, y una lucha a distancia de las instituciones y aparatos estatales que haga lugar a los diversos medios e instrumentos de las organizaciones populares y a las formas de democracia directa de base". *Distancia* e *inmanencia*, son también dos términos que encuentran su anudamiento en un pensamiento materialista consecuente (tal es el caso, aun con sus resistencias a pensar el Estado, de Althusser y Badiou).

La dependencia y la cadena imperialista. Toda la complejidad conceptual desplegada y el modo riguroso de pensar el Estado en cada formación social, es transferido lógicamente al análisis del sistema capitalista mundial, de las relaciones entre Estados, etc. Seguimos en el marco de una teoría materialista del Estado, pero ahora mundializada. Lo cual conduce al examen del imperialismo y las relaciones de dependencia. Este salto de nivel es absolutamente lógico, pues se sigue del ejercicio riguroso del pensamiento materialista. La autonomía relativa es transferida entonces a las relaciones de dependencia: "Poulantzas retoma la imagen de la cadena de eslabones de Lenin y le otorga un

carácter más sistemático: así, la *cadena imperialista* no es otra cosa que el sistema capitalista mundial, de la cual los e*slabones* son las formaciones sociales capitalistas. La cadena imperialista consiste, para Poulantzas, en la reproducción del modo de producción capitalista en las formaciones sociales capitalistas bajo unas condiciones ideológicas, políticas y económicas concretas, siendo estas "los lugares de existencia" del proceso de reproducción ampliada del capitalismo." La lógica de la sobredeterminación compleja es transferida para pensar el modo en que se anudan las distintas formaciones sociales en el sistema capitalista mundializado: "…el estudio de una formación social particular no puede ser separado del estudio de sus interrelaciones con el sistema mundial, porque cada formación social está sobredeterminada por estas. Al analizar los aspectos singulares de una formación social en un momento dado de su historia, esta inevitablemente aparece vinculada con otras en la estructura de relaciones de producción e intercambio mundial. Su posición respecto del conjunto de las formaciones sociales es lo que define el carácter dependiente o dominante de cada una."

Estatismo autoritario. La consecuencia política que anticipa con enorme lucidez Poulantzas, ante el desencadenamiento cada vez más acelerado de los procesos de globalización, es lo que llama "estatismo autoritario"; categoría cuya definición adelanta buena parte de los dilemas políticos actuales y que la autora re-

actualiza de manera pertinente. Según la definición de Poulantzas, el estatismo autoritario se explica por: "el acaparamiento acentuado por el Estado del conjunto de las esferas de la vida económico-social *articulado* con la decadencia decisiva de las instituciones de la democracia política y [con] la restricción draconiana y multiforme de las llamadas libertades 'formales', cuya realidad se descubre ahora que se van, llevadas por la corriente". Los llamados procesos de desdemocratización que hoy parecieran sorprendernos, son algo que anticipaba Poulantzas en vistas del desarrollo del capitalismo (también Lacan alertaba en el 67: "Nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por la expansión cada vez más dura de los procesos de segregación"). Continúa Jacinta Gorriti: "Poulantzas advierte que estas transformaciones no conforman un fenómeno pasajero y fácilmente reversible, sino que se trata de un proceso relacionado con la reproducción del capitalismo a escala mundial; es decir, con las modificaciones en la cadena imperialista y con las nuevas relaciones de dependencia entre las metrópolis imperialistas". Esto tiene una consecuencia política directa en el cuerpo social, cuya sintomatología vemos hoy de manera extendida: "¿En qué consistiría, entonces, aquella modificación del cuerpo social en el estatismo autoritario? Aunque Poulantzas se limita a mencionar esto y no lo elabora, en EPS sugiere que se vincularía con aquella separación creciente de las masas populares respecto de la elaboración de las políticas estatales y con su alejamiento y

desconfianza de las instituciones de la democracia representativa que, justamente, permitirían ejercer un control sobre estas políticas del Estado. Las transformaciones en la democracia política limitarían cada vez más la injerencia y la participación de las masas populares en el Estado, con la instalación de un dispositivo institucional preventivo diseñado para aislar ciertas prácticas institucionales del disenso social y político." Según la autora: "El vaciamiento de la democracia liberal que el neoliberalismo viene produciendo desde hace décadas ya estaba esbozado en la concepción poulantziana de estatismo autoritario, como una forma de Estado que se apoya y legitima en una racionalidad tecnoeconómica y burocrática, desplazando a la soberanía popular."

Transición al socialismo y el cambio social. Un señalamiento típico que se le hace a quienes estudian los mecanismos de poder, como el mismo Foucault, es que no permitirían vislumbrar la posibilidad de un cambio real en las estructuras; sin dudas es un error de lectura y confusión entre las prácticas. Con Poulantzas, como nos advierte la autora, sucede lo mismo: "Si bien la pregunta por el cambio social atraviesa subrepticiamente toda la teoría de Poulantzas, comúnmente se afirma que sus textos indagan más en los aspectos reproductivos del Estado y del ejercicio del poder político, que en sus aspectos transformadores. Como una condensación material de relaciones que excede a

los agentes que ocupan sus estructuras, el Estado aparece como una organización política ambivalente: es a la vez lo que opera en favor de la integración y de la reproducción funcional de las prácticas sociales y, por eso mismo, el punto nodal para su transformación.” Colocar al Estado como objeto específico del pensamiento materialista, es decir abordarlo en el conjunto de las contradicciones que lo constituyen, ya apunta a la posibilidad misma de su transformación; solo que corresponde a la práctica política hacerlo: “el Estado es el objetivo estratégico porque está ubicado en una posición que le permite operar la transición de la dominancia de un modo de producción a otro. En este sentido, se podría decir que el problema de la transición revolucionaria está en el corazón de la teoría poulantziana.” Esta reinvestidura de la práctica política y de las posibilidades ínsitas de la democracia como vía al socialismo, son la única alternativa ante la avanzada del estatismo autoritario: “el camino democrático al socialismo se plantea como la alternativa revolucionaria posible ante el avance del estatismo autoritario.” Por supuesto que no se trata de mero voluntarismo político, ni de una acción de las élites, o de esperar la movilización popular espontánea, sino de una combinación de niveles y prácticas; combinación siempre singular que, en su múltiple temporalidad, es lo que permite atisbar la misma práctica teórica: “Lo que requiere el largo proceso de transición al socialismo es la combinación de la movilización y participación popular de base, con sus orga-

nizaciones autogestionarias y sus modos de lucha específicos, y una intensa actividad en las instituciones y aparatos del Estado que pueda enfrentar las resistencias que las modificaciones en su interior provocan. Así, la toma del poder del Estado es en Poulantzas una estrategia a largo plazo que consiste en modificar la relación de fuerzas en el terreno mismo del Estado, en el cual se sitúan a su vez las luchas populares en sus aspectos políticos, agudizando sus contradicciones internas y quebrando sus mecanismos de reproducción del orden social dominante." Por eso mismo, la concepción de socialismo democrático de Poulantzas permite salir de las encerronas típicas que son la cruz de los movimientos revolucionarios; el deseo político se singulariza por soportar activamente las tensiones y contradicciones que tienden a reducirse a pares dicotómicos y a empobrecer el pensamiento; el deseo político de cambio real exige asumir una distancia que siempre se da en inmanencia a los procesos materiales en curso, y no desde principios trascendentes idealizados: "El socialismo democrático de Poulantzas intenta escapar, entonces, no solo de la dicotomía 'reforma o revolución', sino igualmente de la oposición entre 'estatismo y autonomismo'. En la medida en que se apoya en esa intervención popular, la transformación del Estado del socialismo democrático no sería un proceso estatista conducido desde arriba; pero tampoco una lucha autonomista desde abajo, ya que la inscripción de las luchas populares en el seno del Estado es indispensable. La distancia respecto del

Estado que las posturas autonomistas exigen para la lucha política puede encarnarse dentro del propio Estado para Poulantzas a través de una amplia participación popular que no se agota en la actividad electoral.”

Definición materialista de democracia. Así, nuestra autora, leyendo en filigrana ese deseo político materialista, inscripto en la práctica teórica, llega a formular una excelente definición materialista de democracia: “Una definición materialista de la democracia, en cambio, no se sostiene en una serie de principios formales que rigen desde afuera las relaciones que coexisten en el Estado, sino en prácticas concretas: en medidas de gobierno y en formas de vida específicas que apuntan a y que realizan en acto una ampliación de las condiciones de igualdad y de libertad. En este sentido, más que un conjunto de principios inalterables, indiscutibles y valiosos en sí mismos, desde una perspectiva materialista la democracia constituye un proceso de inscripción de las luchas populares en la universalidad que encarna el Estado; un proceso en movimiento, con avances y retrocesos, cuyos límites históricos son empujados y desplazados por esas luchas. A la democracia no basta con enunciarla, es necesario hacerla cada vez y sostenerla a través de prácticas políticas, económicas, ideológicas, éticas y teóricas que, en su autonomía relativa, se enlacen para producir efectivamente una reducción de las desigualdades. Por eso, resulta clave pensar la

democracia en función del balance de fuerzas en que se apoya, en los actores y fuerzas sociales que pugnan por su expansión. Ante la insistencia de algunas izquierdas en nuestros países por equiparar proyectos de gobierno y de Estado, nunca está de más oponer la insistencia en que no todo es lo mismo.”

Nudo y contradicción principal. Por último, llevando los conceptos poulantzianos más allá de sus límites y componiéndolos con desarrollos contemporáneos, nuestra autora arriba así a un diagnóstico preciso de la situación actual y detecta la contradicción principal en su anudamiento complejo: “Mientras que el Estado nacional encuentra cada vez más obstáculos para regular los circuitos de acumulación y circulación global de capitales, en un momento en que se ha expandido considerablemente la capacidad de los mercados financieros para mover dinero instantáneamente y sin fricciones por todo el mundo, los aparatos estatales transnacionales no están desarrollados en vistas de controlar e imponer su autoridad sobre el capital global para evitar las fugas de capitales y la especulación sobre activos públicos y privados –más bien, todo lo contrario. De esta manera, la capacidad del Estado para funcionar como un factor de cohesión dentro del orden social se desmorona en la medida en que el capital se globaliza y la lógica de la mercantilización se inscribe en todos los ámbitos de la vida social, por lo que esa “cohesión” requiere más control ante la desarticulación del tejido social. Esto explica

en buena medida las derivas autoritarias del capitalismo global, en la que estados de todo el mundo están avanzando hacia tendencias antidemocráticas, sobre la base de historias nacionales y regionales, y condiciones culturales, políticas y económicas particulares, coyunturas específicas y fuerzas sociales propias." Hay que asumir cabalmente que el imperialismo es el "imperativo estructural del sistema capitalista". En términos políticos y filosóficos esto constituye una ontología que tiene su propio emplazamiento, su topología específica; por eso la autora pasa de la cadena al nudo, para mostrar que la dependencia no significa necesariamente dominación; hay juego: "Se podría decir que esto es fundamentalmente lo que Poulantzas entiende por cadena imperialista: el sistema capitalista mundial formado por el conjunto de formaciones sociales capitalistas, que se caracterizan por un desarrollo desigual y que mantienen entre sí relaciones de dominación y dependencia. Sin embargo, para comprender el capitalismo contemporáneo nos parece más adecuado avanzar desde la figura de la cadena hacia una topología nodal: no de cualquier nudo, sino del *nudo borromeo*." Poulantzas lo había expresado así: "Las contradicciones en el seno de las clases y fracciones dominantes, las relaciones de fuerza en el seno del bloque en el poder, que reclaman precisamente la organización de la unidad de este bloque por intermedio del Estado, existen, pues, como *relaciones contradictorias anudadas en el seno*

del Estado. El Estado, condensación material de una relación contradictoria, no organiza la unidad política del bloque en el poder desde el exterior, resolviendo con su simple existencia y a distancia las contradicciones de clase. Muy al contrario, es el juego de estas contradicciones en la materialidad del Estado el que hace posible, por paradójico que pueda parecer, el papel de organización del Estado." La jugada maestra de nuestra autora es llevar esa complejidad nodal, ínsita en el pensamiento materialista del Estado, más acá de sus límites: hacia la posible transformación de la cadena imperialista en función del nudo borromeo; otro modo de plantear la dependencia irreductible que nos constituye.

ROQUE FARRÁN

Introducción

Una semilla de futuro

Una inquietud recorre estas páginas: hoy, quizás más que nunca en América Latina, urge pensar el Estado. Durante más de una década, la oleada de gobiernos progresistas en la región puso en el centro del debate la capacidad de nuestros estados para favorecer procesos de democratización socioeconómica y política y para combatir las desigualdades sociales. Si la ofensiva neoliberal en varios países latinoamericanos demostró lo frágil de estas conquistas y la rapidez con que pueden ser revertidas, también reabrió la disputa en torno a los sentidos del Estado y a los desafíos que supone impulsar un proyecto de transformación social radical. La pregunta por cómo entender al Estado y al poder político, por las relaciones entre Estado y sociedad, y por las posibilidades de transformar nuestras sociedades, vuelve a imponerse a la luz de los acontecimientos recientes. Golpes de Estado, represión violenta de las protestas, operaciones de *lawfare*, persecución de las minorías, y un largo etcétera, encienden la alarma acerca de la configuración de nuestros estados. Lo más frecuente es encontrar análisis en los que se simplifica excesivamente esta cuestión, donde el Estado aparece como un instrumento manejado por los sectores dominantes a su voluntad, o como un bloque homogéneo al que no ingresan las demandas, propuestas y voluntades de los sectores populares; o incluso como una entidad patriarcal, colonial y represiva.

La apuesta de este libro es, por el contrario, mostrar que el Estado puede ser –y que, de hecho, es (o ha sido) en la historia de varios estados latinoamericanos– mucho más que eso. Que el Estado es también un proceso siempre abierto donde, con ritmos singulares, inercias, idas y vueltas, coexisten en un campo de contradicciones tendencias reproductivas y tendencias transformadoras. Y que las posibilidades y los límites del Estado son producto de las propias luchas que se condensan en su campo estratégico. Por eso, este libro revaloriza la teoría del Estado de Nicos Poulantzas (Atenas, 1946 – París, 1979), al mismo tiempo que ensaya una lectura particular de sus tesis.

La obra de Poulantzas suele dividirse en tres etapas[1]: la primera, en la que analiza el sistema axiológico-normativo de las sociedades capitalistas, con una fuerte influencia de Jean-Paul Sartre y Georg Lukács. Su tesis doctoral, *Nature des choses et droit*, publicada en París en 1965, representa el punto final de esta línea de trabajo que se orienta hacia una síntesis, en el estudio del derecho moderno, entre el existencialismo y la fenomenología marxistas con el propósito de superar el dualismo entre hecho y valor para otorgarle una base axiológica a la

1 Bob Jessop, *Nicos Poulantzas. Marxist Theory and Political Strategy*, Londres, Macmillan, 1985 y *The Capitalist State: Marxist Theory and Methods*, Oxford, Blackwell, 1982. Otra periodización de la obra de Poulantzas divide sus textos en tres fases tomando en consideración el contexto intelectual en que fueron escritos, la problemática teórica a partir de la cual fueron pensados y la estrategia política que se deriva de ellos. Así, Poulantzas presentaría tres nociones sucesivas de Estado capitalista: como *estructura*, como *aparato* y como *relación*. Adriano Codato, "Poulantzas, o Estado e a Revolução", en *Revista Critica Marxista*, Nº 27, 2008, pp. 65-86.

práctica política[2]. Aunque sus escritos de este período no tienen específicamente como objeto al Estado capitalista, es ya evidente una preocupación por el estatuto científico de las teorías del derecho y del Estado en el capitalismo y por su relación con consideraciones estratégicas[3]. Una segunda etapa, a la que muchos califican de "estructuralista", cuyos autores de cabecera son Galvano Della Volpe, Louis Althusser y Antonio Gramsci, en quienes encuentra la base y los lineamientos metodológicos para producir una teoría marxista científica y no humanista. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, el libro clave de esta etapa (que fue publicado días antes del estallido del mayo francés del 68), traduce en sofisticados términos teóricos los debates conceptuales y programáticos en el seno de la izquierda europea sobre la naturaleza y las funciones del Estado. Finalmente, una tercera etapa (hasta su trágica muerte), en la que esboza un enfoque estratégico-relacional del Estado[4], donde este se define como una relación social o, más bien, "*como la condensación material de una relación de fuerzas entre clases y*

2 Nicos Poulantzas, *Nature des choses et droit*, París, Librairie Génerale de Droit et de Jurisprudence, 1965.

3 Como se aprecia en los textos "La teoría marxista del Estado y del derecho y el problema de la 'alternativa'" y "Marx y el derecho moderno", publicados en los Cuadernos de Pasado y Presente. Nicos Poulantzas, *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Buenos Aires, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973.

4 Bob Jessop, *Nicos Poulantzas*... op. cit.; Bob Jessop, "El Estado y el poder", *Utopía y praxis latinoamericana. Revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*, año 19, n°66, 2014, pp. 19-35.

fracciones de clase"[5]. Varios comentadores sugieren que en esta etapa Poulantzas revisa su adhesión teórica al estructuralismo y a la corriente "althusseriana" del marxismo, por la influencia de autores como Michel Foucault y Claus Offe.

La lectura de Poulantzas que proponemos en este libro no sigue aquel camino lineal y cronológico de sus obras, que demarca las diferencias de cada etapa respecto de la anterior. Entendemos, en cambio, que la potencia de su pensamiento se puede aprehender mejor si se anudan las distintas torsiones que adquieren sus ideas a lo largo de toda su trayectoria teórica, y si se lo inscribe en una tradición filosófica materialista de corte más amplio, que va más allá de la temática estrictamente marxista en la que se suele confinar a la teoría poulantziana. Esta lectura explora, entonces, la *tendencia materialista* que atraviesa y que caracteriza a su teoría del Estado[6], y que no se reduce solo a una etapa de su obra. Si bien la teoría poulantziana forma parte del marxismo, su modo complejo, sistemático e históricamente situado de entender al Estado lo inscriben en una corriente materialista que excede esa filiación. Ahora bien, antes que dar una definición de materialismo *a priori* con la cual contrastar la teoría de Poulantzas, esa definición se teje en el libro a través de la presentación de las tesis poulantzianas. En este sentido,

5 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Estado, Poder y Socialismo*, México, Siglo XXI, 2005, p. 154.

6 Marcelo Rodríguez Arriagada, *La tendencia materialista de Althusser*, Santiago, Doble Ciencia, 2016.

un ejercicio de pensamiento materialista es aquel que procede "an(u)dando" y cuyos resultados no están dados de antemano, sino que se despliegan en la propia práctica[7].

El camino que trazamos para encontrar el hilo del materialismo de Poulantzas, es por medio de un diálogo con Althusser. La mayoría de los comentadores suele ubicar la influencia althusseriana en la etapa "estructuralista" de la obra del teórico griego. Su primera integración elaborada de las categorías althusserianas llega con la publicación de tres textos. El primero, "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado", discute el concepto gramsciano de hegemonía y examina su aporte para un análisis del Estado y de la lucha de clases. Poulantzas ofrece una lectura crítica de la noción de hegemonía de Grasmci y sugiere pensarla como una práctica política específica de las clases dominantes del modo de producción capitalista en su relación con el Estado[8]. Asimismo, en este texto indaga en el vínculo entre el economismo y el voluntarismo como dos caras de la concepción hegeliana de la idea-totalidad y esboza una comprensión más compleja de la instancia política fundada en una distinción entre el joven Marx y el Marx de las obras de madurez, donde el Estado no aparece reducido a un simple instrumento de la clase dominante.

7 Roque Farrán, *Nodaléctica. Un ejercicio de pensamiento materialista*, Adrogué, La Cebra, 2018, p. 18.

8 Nicos Poulantzas, "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado", en *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Cuadernos Pasado y Presente, n° 48, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

Estas referencias althusserianas se complementan con la publicación de un artículo en la *New Left Review*, en el que Poulantzas ataca el historicismo y el subjetivismo de Perry Anderson y Tom Nairn, que asociarían la hegemonía exclusivamente con una conciencia de clase unificada, lo que los llevaría a confundir la falta de una ideología burguesa diferenciada con el fracaso de esta clase para conseguir propiamente la dominación política[9]. Finalmente, Poulantzas publica en 1967 en *Les Temps Modernes* un ensayo sobre *Pour Marx*[10], donde subraya los aportes de Althusser a la teoría marxista con su crítica del concepto hegeliano de totalidad y su conceptualización de la causalidad estructural.

La publicación de *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista* corona, para muchos comentadores, esta etapa en la que Poulantzas se acerca al "althusserianismo", al que se suele caracterizar como un conjunto más o menos homogéneo de tesis a propósito de ciertos ejes problemáticos: las tensiones entre estructura e historia; la oposición entre teoría y praxis; las disputas en torno a la ciencia y la ideología; la cuestión del sujeto, etcétera. Sin embargo, esta caracterización no solamente pierde de vista la singularidad de cada una de las intervenciones que componían ese agrupamiento heterogéneo y coyuntural, congregado en función de una operación –cuya politicidad es

9 Nicos Poulantzas, "La teoría política marxista en Gran Bretaña", en *Hegemonía y dominación*... op. cit.

10 Nicos Poulantzas, "Towards a Marxist Theory", en Nicos Poulantzas y James Martin (ed.), *The Poulantzas Reader. Marxism, Law and the State*, Londres, Verso, 2008.

indiscutible– de lectura de Marx en clave de una pregunta por la ciencia[11]. Tampoco repara en que, más allá del vínculo personal con Althusser y los jóvenes althusserianos (como Étienne Balibar, Alain Badiou y Pierre Macherey), y de los encuentros y desencuentros políticos entre ellos, el acercamiento de Poulantzas a la problemática abierta por el "althusserianismo" no se limita a la incorporación de ciertas categorías, sino que está en la base del entramado conceptual que el teórico griego elabora durante toda su trayectoria intelectual. Poulantzas desarrolla de manera rigurosa y creativa ciertas premisas elementales de la filosofía althusseriana. Por eso, los tres capítulos que componen la primera parte de este libro indagan los puntos de intersección entre ciertas tesis althusserianas y la teoría del Estado de Poulantzas. Esto no implica restarle especificidad a la teoría de Poulantzas, ni subordinarla a la filosofía de Althusser, desconociendo las demás fuentes teóricas a partir de las cuales el teórico griego compone su propio *corpus*. Se trata, más bien, de situarla en una corriente (en la que aparecen Maquiavelo, Spinoza, Marx, Nietzsche y Freud, entre otros/as) que configura un tipo de pensamiento que no se apoya en principios trascendentes de los cuales se derivaría todo lo demás, sino en una ontología de la inmanencia. Es decir, en una ontología relacional e histórica

11 Natalia Romé, *La posición materialista. El pensamiento de Louis Althusser entre la práctica teórica y la práctica política*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2014.

en la que el orden y las conexiones contingentes de las cosas están en la base de un modo de pensar que trenza de forma rigurosa sus conceptos.

Así, en la primera parte del libro desarrollamos este vínculo a través de tres caminos que se entrecruzan y que enlazan problemas a la vez epistemológicos, ontológicos y políticos: en el primer capítulo, la reconstrucción del materialismo histórico que propone Althusser y la definición poulantziana del Estado como factor de cohesión; en el segundo, enlazamos el antihumanismo teórico que Althusser formula (en su esfuerzo por "deshegelianizar" a Marx) y el concepto de autonomía relativa del Estado por medio del cual Poulantzas concibe tanto el funcionamiento del Estado en el modo de producción capitalista como su carácter de clase; y en el tercero, la primacía de la lucha sobre las clases, que postula Althusser, y su traducción en la idea del Estado como relación social o como condensación de las contradicciones entre clases dominantes y clases dominadas. Se trata de tres cuestiones que constituyen los pilares fundamentales de la teoría poulantziana. De manera que no corresponden a una u otra etapa de su producción teórica, sino que insisten en su pensamiento en torno al Estado: es decir, recorren sus escritos y surcan sus posicionamientos políticos, por lo cual permiten interrogar sus trazos de continuidad, más allá de las rectificaciones y variaciones que en efecto se pueden registrar. En definitiva, a partir de esas tres categorías (el Estado como factor de cohesión, la

autonomía relativa del Estado y el Estado como condensación de relaciones de fuerza entre clases) es posible recuperar la unicidad de la teoría poulantziana y reconocer las operaciones concretas que la singularizan.

Mientras que la primera parte del libro introduce las nociones elementales de la teoría materialista del Estado de Poulantzas, la segunda reconstruye los aportes de esta teoría para pensar dos fenómenos que hoy nos interpelan particularmente: el del imperialismo y el de las derivas autoritarias de los regímenes democráticos. Como el interés en reponer aquí la teoría poulantziana responde a una inquietud por el presente, a la necesidad de encontrar un marco sistemático para comprender la coyuntura latinoamericana, el libro no se limita a resumir las tesis de Poulantzas, sino que pretende llevarlas más allá de sus propios límites para iluminar aspectos de nuestra realidad. Así, el cuarto capítulo indaga en los aportes de Poulantzas para pensar el rol de los estados en un contexto de expansión mundial del capitalismo, las nuevas relaciones de producción y de reproducción del capital que esta expansión trae aparejadas, y la reconfiguración de las relaciones de clase que surge en este contexto; y explora el vínculo entre estas tesis de Poulantzas y las teorías latinoamericanas de la dependencia (en particular, la que elaboran Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto). Un punto en el que aun no se ha insistido lo suficiente en las lecturas de la obra de Poulantzas es precisamente este: cómo el teórico griego integra

y reelabora la cuestión de la dependencia para analizar las relaciones entre las propias formaciones sociales dominantes en el capitalismo, desplazando las clásicas demarcaciones de centro/periferia y dominación/dependencia al interior de las metrópolis. Este acercamiento al problema del imperialismo, cruzando la teoría de Lenin con las tesis del desarrollo y la dependencia, nos ofrece una mirada compleja sobre el entramado de relaciones que caracteriza al capitalismo como un sistema mundial y, a la vez, una aproximación pionera acerca de los desafíos que la internacionalización de las relaciones capitalistas a nivel político, económico e ideológico conlleva para los estados.

Continuando en esta línea, el quinto capítulo presenta un concepto mediante el cual Poulantzas analiza las transformaciones en los regímenes democráticos europeos con la crisis del modelo del Estado de bienestar y el giro hacia una racionalidad técnico-burocrática: el de estatismo autoritario. Un fenómeno que para el teórico griego implica la desaparición de una forma de democracia política –la que se sostiene en una racionalidad nacional-popular basada en la figura del ciudadano y del pueblo-nación– y la introducción de la excepcionalidad en el funcionamiento “normal” del Estado, pero también la posibilidad de una vía democrática al socialismo democrático. Para esclarecer y enriquecer las ideas de Poulantzas, en este capítulo enlazamos sus tesis con la conceptualización del neoliberalismo de Foucault. Más allá de sus diferencias evidentes, considera-

mos que ambos estaban observando e intentado capturar en sus enfoques los cambios sustantivos que se estaban gestando en las sociedades europeas, en particular, pero también en otras regiones del mundo, durante esos años. Por eso, aunque las tesis de Poulantzas y las de Foucault suelen aparecer como opuestas, nuestra apuesta es –en cambio– anudarlas para demarcar los aspectos más significativos del modo de gobierno que empieza a surgir en la década del 70 y que se ha vuelto dominante en los últimos treinta años. Finalmente, el sexto capítulo conecta los diferentes aportes de Poulantzas presentados en los capítulos anteriores –su método, sus conceptos y los problemas que aborda (en definitiva, su perspectiva materialista)– para otorgar una lectura de la actual coyuntura latinoamericana, en la que el autoritarismo de los regímenes neoliberales contemporáneos en la región se enlaza con las desigualdades extremas que aparecen como efecto de las transformaciones globales del capitalismo.

¿Qué sentido tiene, entonces, reactualizar desde una perspectiva materialista la teoría del Estado de Poulantzas? Ante todo, nos otorga un aparato conceptual bastante complejo, pero abierto a su uso en otros contextos diferentes de aquel en que fue elaborado. Poulantzas insiste constantemente en sus escritos en que la pregunta por el Estado no puede hacerse en abstracto, sino atendiendo a la configuración sociohistórica específica de cada Estado. Dicho de otra manera, su crítica del Estado reconstruye el funcionamiento característico del tipo de Estado capitalista, pero

sus modalidades singulares solo aparecen en el estudio de situaciones concretas –es decir, de estados históricamente existentes. Su teoría nos aporta elementos para entender las contradicciones, las tensiones y las tendencias diferenciales que coexisten en los estados y que explican su configuración única en cada sociedad, sus mutaciones y sus límites históricos. Además, nos ayuda a deshacernos de algunas ideas erróneas acerca del Estado que comúnmente circulan en los medios de comunicación, en debates académicos o inclusive en espacios de militancia: por ejemplo, que el Estado es como un árbitro "neutral" que está más allá de los conflictos sociales y por eso puede resolverlos, o que se trata de un simple instrumento manejado por uno o varios sectores para asegurarse sus intereses económicos. También, nos permite considerar el rol y las nuevas funciones que asumen los estados (pluri) nacionales en un mundo globalizado, donde estos se vinculan por múltiples relaciones de dependencia que surgen de los entramados geopolíticos, históricos, económicos e ideológicos en los que están insertos tanto a nivel nacional y regional como global.

Asimismo, esta teoría nos ayuda a salir de las clásicas dicotomías en las que suele caer el pensamiento crítico: estatismo o autonomismo, reforma o revolución, Estado o mercado, micro o macro, etcétera. No solo nos invita a pensar *entre* estas dicotomías, en la articulación problemática que suponen esos términos, sino también a combatir cierta fobia al Estado que muchas veces permea las discusiones políticas latinoamericanas, sin

abandonar un horizonte crítico y transformador. Poulantzas nos demuestra que pensar el Estado no significa asumir la "ilusión estatista" que encuentra en él la solución a todos los males de la sociedad, como si la sola intervención estatal pudiera resolver los problemas históricos y estructurales que definen a las sociedades contemporáneas. Entre el centralismo democrático-republicano y el voluntarismo de las luchas "desde abajo", la teoría poulantziana despeja el camino de una vía transformadora que combina el trabajo en el Estado con la organización autónoma de base. Porque el Estado ocupa una posición paradójica en las sociedades capitalistas, como sugiere Bob Jessop, siguiendo a Poulantzas: "Por un lado, es sólo un conjunto institucional entre otros dentro de una formación social. Por el otro, carga con la responsabilidad general de mantener la cohesión de la formación social de la cual no es más que una parte"[12]. Es decir, que se trata al mismo tiempo de una parte y del todo de la sociedad. Esto hace que, en tanto instancia de representación, unificación social y centralización de las decisiones, el Estado sea irreductible. Sin duda, es posible reforzar los lazos comunitarios y expandir procedimientos democráticos directos; pero necesariamente va a haber ciertas instituciones o enclaves que concentren esas decisiones, que filtren las demandas, que tomen determinadas medidas y que cohesionen las distintas prácticas que habitan ese espacio. La cuestión central, por ende, es pensar qué tipos de

12 Bob Jessop, "El Estado y… op. cit., p. 24.

Estado y qué formas de gobierno pueden mejorar las condiciones de vida de las mayorías y, a la vez, favorecer procesos de democratización en todos los niveles, no en un futuro lejano sino en el presente.

Como sostiene García Linera[13], Poulantzas supo mirar más allá de la derrota temporal que se avecinaba con el ocaso de los procesos revolucionarios y la crisis del marxismo para proponer los puntos nodales del resurgimiento de un pensamiento socialista, emancipatorio. Su teoría nos lega "una semilla de futuro" para empezar a desafiar la ubicuidad geográfica y ontológica del neoliberalismo en la actualidad[14]. Nos permite entender los desafíos políticos de las formaciones sociales periféricas en un mundo crecientemente globalizado, los límites y posibilidades del republicanismo y tensiones entre democracia y capitalismo. Nos muestra que las instituciones del Estado son necesarias (aunque no suficientes) para los procesos de cambio social y que, precisamente porque el horizonte democrático es irrenunciable, tenemos que replantearnos el vínculo entre democracia y capitalismo que permite que muchas veces la democracia funcione como

13 Álvaro García Linera, *Forma valor y forma comunidad. Aproximación teórica-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu universal*, Madrid, Traficantes de sueños, 2015, p.33.

14 En el documental que realizaron Nikos Jurakis y Kostas Jristópoulos a diez años de la muerte de Poulantzas, su amigo Yanis Smaragdis recuerda que él "hablaba como si tratara de alcanzar el tiempo [...] repentinamente arrojaba una semilla de futuro" que lo modificaba todo. El documental, "Nicos Poulantzas. Diez años de ausencia", está disponible en YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=mchAHtQgUL8&t=3s.

el marco legal para formas de esclavitud (no solo) económicas. En tanto teoría materialista, la de Poulantzas abraza las contradicciones, la heterogeneidad, la contingencia y la impureza de los procesos políticos. No impone recetas, ni da garantías. Simplemente, despeja el camino para una comprensión del Estado y del poder político que esté a la altura de la potencia colectiva transformadora que habita cada sociedad y que excede siempre sus traducciones institucionales concretas.

Abreviaturas

CD: *La crisis de las dictaduras*

CSCA: *Las clases sociales en el capitalismo actual*

EPS: *Estado, poder y socialismo*

FD: *Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*

FMI: Fondo Monetario Internacional

OMC: Organización Mundial del Comercio

PCF: Partido Comunista Francés

PPCS: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*

PRIMERA PARTE

POULANTZAS Y EL MATERIALISMO ALTHUSSERIANO[15]

15 Los tres capítulos que conforman esta primera parte surgen de una revisión de las problemáticas abordadas en el libro digital *Estado, clases sociales y democracia. Un estudio crítico del pensamiento de Nicos Poulantzas*, publicado por Estudios Sociológicos Editora en el año 2018.

Capítulo 1.

El Estado como factor de cohesión

I. La reconstrucción althusseriana del materialismo histórico

Durante los años 60, Poulantzas se acerca al trabajo teórico de refundación del marxismo que Althusser y sus jóvenes colaboradores (entre los que se encontraban Étienne Balibar, Pierre Macherey y Alain Badiou) venían desarrollando. Este proyecto de renovación de la teoría marxista se entiende en el marco de la disputa abierta luego de las revelaciones de los crímenes del estalinismo en el XX Congreso del PCUS en 1956. La tendencia que predominaba en esos años era la de un humanismo que rescataba los escritos tempranos de Marx, donde se tematizaban el problema de la libertad, de la alienación y del *hombre*. De cierta manera, a través de esta recuperación de los textos de juventud (como los *Manuscritos*), se pretendía "salvar a Marx" de las "pruebas de la historia", es decir, despegar la filosofía marxista de la experiencia estalinista. Frente a esta tendencia, cuyo exponente principal en Francia era Jean-Paul Sartre, los "althusserianos" se propusieron devolverle al marxismo su carácter científico y revolucionario, por medio de un trabajo meticuloso de relectura de sus obras de madurez, especialmente de *El Capital*[16]. De acuerdo con Althusser y sus colegas, en estas obras Marx realizó un prodigioso trabajo de crítica y de elaboración conceptual que

16 Louis Althusser y Étienne Balibar, *Para leer El Capital*, México, Siglo XXI, 2006.

diferencian su teoría de los sistemas filosóficos precedentes. El dispositivo conceptual elaborado por Marx desde 1845 (es decir, desde *La Ideología Alemana*) produjo, según los "althusserianos", una ruptura epistemológica que abrió al mismo tiempo el campo de dos disciplinas distintas pero unificadas: el materialismo dialéctico y el materialismo histórico. Mientras el objeto de la primera es la estructura y el funcionamiento del proceso de pensamiento (o la "teoría de la práctica teórica"), el objeto de la segunda es el concepto de historia, a través del "estudio de los diversos modos de producción y formaciones sociales, de su estructura, de su constitución y de su funcionamiento, y de las formas de transición de una formación social a otra"[17].

La caracterización de estas disciplinas y, en particular, la reconstrucción de la segunda resulta de suma importancia para Poulantzas, quien dedica la introducción de *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista* (en adelante, PPCS) a esta tarea. Su proyecto teórico consiste en elaborar una teoría marxista del Estado, en el campo de la ciencia política, que esté a la altura del rigor conceptual de *El Capital*. En otras palabras, se trata de fundar una ciencia política marxista; campo en el que (más allá de los escritos de Marx, Engels, Lenin y Gramsci) la teoría marxista no había avanzado considerablemente. Para llevar adelante este trabajo, Poulantzas se apropia de las reflexio-

17 Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1970.

nes metodológicas y epistemológicas de los escritos althusserianos[18], en los que enmarca su propia labor teórica. Así, las primeras páginas de PPCS sitúan el estudio de las superestructuras políticas del modo de producción capitalista en el marco de la comprensión althusseriana del materialismo histórico. Antes de pasar a la teoría poulantziana es preciso, por lo tanto, hacer un rodeo epistemológico.

Si bien el materialismo dialéctico y el histórico son dos disciplinas diferentes, para Althusser su conexión pasa por los principios elementales que la sustentan: la distinción de los procesos reales y de los procesos de pensamiento y la primacía de lo real sobre su conocimiento. Si la segunda es evidente para cualquier pensamiento materialista, que versa sobre objetos reales, la primera distinción merece más atención. Como observa Althusser, Marx propone “como presuposición de todo proceso de conocimiento de un objeto real, la existencia de este objeto real, fuera del pensamiento. Pero esta exterioridad del objeto real se afirma al mismo tiempo que se afirma el carácter propio del proceso de conocimiento, que «produce mediante un trabajo de elaboración» conceptos a partir de la intuición y de la representación”[19]. Aunque el trabajo teórico se sustenta siempre en los objetos reales, se sitúa enteramente en el pensamiento: no parte de lo

18 Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; “Matérialisme historique et matérialisme dialectique”, en *Cahiers Marxistes-Léninistes*, Nº 11, 1966, pp. 89-123.

19 Louis Althusser, *La soledad de Maquiavelo*, Madrid, Akal, 2008, p. 235.

real-concreto sino de una materia prima compuesta por informaciones y nociones sobre ese real, por medio de ciertos útiles conceptuales; y el resultado de ese trabajo es el conocimiento del objeto real[20].

Así, el proceso de pensamiento se dirige de lo abstracto a lo concreto, o de los conceptos más abstractos a los conceptos más complejos y ricos en determinaciones (que conducen al conocimiento de aquellos objetos reales y singulares), como resultado de un trabajo de elaboración teórica. En otras palabras, este proceso "no procede ni de las cosas a las ideas, ni de las ideas a las cosas, sino que va de idea en idea, es decir que liga entre sí actos de pensamiento, según un orden causal necesario que es el mismo que aquél en el cual las cosas se encadenan en la realidad"[21]. No hay, por lo tanto, un criterio para decidir la verdad de un conocimiento[22], sino que este es un producto, es el resultado de

20 En la terminología que Althusser presenta en *La revolución teórica de Marx*, se trata del paso de las Generalidades I (la materia prima del proceso de pensamiento) a las Generalidades III (los conocimientos) mediante las Generalidades II (los útiles o medios de trabajo teórico). Cf.: Louis Althusser, *La revolución teórica*... op.cit.

21 Pierre Macherey, *Hegel o Spinoza*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2014, p. 84.

22 Analogando el famoso *verum index sui et falsi* spinoziano con la primacía de las prácticas en la filosofía marxista, Althusser señala que el problema del "criterio de verdad" debe ser rechazado "porque no es sino la figura de la Jurisdicción o de un Juez que debe autentificar y garantizar la validez de lo Verdadero. […] De hecho, la Verdad y la Jurisdicción del Criterio van siempre a la par; ya que el criterio tiene por función autentificar la Verdad de lo verdadero. Descartadas las instancias (idealistas) de una teoría del conocimiento, Spinoza sugería entonces que "lo verdadero" "se indica por sí mismo", no como Presencia, sino como producto, en la doble acepción del término "producto" (*resultado* del trabajo de un proceso que lo "*descubre*"), como manifestándose en su producción misma. Ahora bien, esta posición no carece de afinidad

una práctica concreta: de una práctica teórica. De esta manera, el conocimiento de lo real no se confunde con lo real: "la idea del círculo no es un círculo, el concepto de perro no babea"[23]. Así como para Spinoza el pensamiento y la extensión son atributos diferentes de una misma sustancia y de lo que se trata es de pensar la singularidad de cada uno sin desconectarlos, para Marx pensar lo real supone no confundir (como hace Hegel) al objeto real con su concepto. Frente a la tendencia humanista en el marxismo, para Althusser la clave estaba en "recordar que si, como dice Lenin, «el alma viva del marxismo es el análisis concreto de la situación concreta», el conocimiento de lo concreto no se halla al comienzo sino *al final del análisis*"[24], y que este análisis solo es posible a partir de los conceptos de Marx, no de las evidencias inmediatas de lo concreto.

Para ilustrar esta distinción entre los objetos formales-abstractos y los objetos reales-concretos, al mismo tiempo que la unidad de los procesos reales y de conocimiento (la mismidad en la diferencia), Poulantzas toma como ejemplo dos nociones fundamentales del materialismo histórico: las de modo de pro-

con el "criterio de la práctica", tesis mayor de la filosofía marxista: porque este "criterio" marxista no es exterior sino interior a la práctica, y como esta práctica es un proceso (Lenin lo ha dicho con insistencia: la práctica no es un "criterio" absoluto: únicamente su éxito tiene valor de prueba), el criterio no es una Jurisdicción, manifestándose los conocimientos en el proceso de su producción". El resaltado es de Althusser. Louis Althusser, *La soledad de...* op.cit. p. 197.

23 *Ídem*, p. 236.

24 El resaltado es de Althusser. *Ídem*, p. 237.

ducción y formación social. Un modo de producción (capitalista, feudal, esclavista, etc.) es un objeto abstracto-formal que, en sentido estricto, no existe en la realidad. "Sólo existe de hecho una *formación social* históricamente determinada, es decir, un todo social –en el sentido más amplio– en un momento de su existencia histórica: la Francia de Luis Bonaparte, la Inglaterra de la revolución industrial"[25]. Pero cada formación social singular presenta una combinación específica de diferentes modos de producción (por ejemplo, la Alemania de Bismark se caracteriza por una combinación particular de los modos de producción capitalista, feudal y patriarcal), uno de los cuales detenta el papel predominante. En el caso de las formaciones sociales capitalistas, el modo de producción predominante es el capitalista. A su vez, cada modo de producción se define por una combinación específica de diversos niveles, instancias o estructuras regionales que, en un esquema indicativo que es preciso enriquecer, se pueden dividir en cuatro: lo económico, lo político, lo ideológico y lo teórico.

En función de este esquema, Poulantzas sitúa su propia investigación, que constituye en objeto de ciencia a una de esas estructuras regionales: a lo político, o a la superestructura política del Estado en el modo de producción capitalista. Conocer cómo se constituye y funciona un Estado real y concreto, el Estado en una formación social capitalista determinada, requie-

25 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit., p. 6.

re primero producir el concepto de esta región en dicho modo de producción y producir conceptos más concretos relativos a lo político en las formaciones sociales capitalistas[26]. Dicho de otra manera, elaborar conceptos más ricos que permitan el conocimiento de un Estado históricamente determinado es posible, en primer lugar, si se construye el concepto de lo político en la combinación particular de instancias que define a un modo de producción dado. No podemos conocer un Estado singular si no es a través del entramado conceptual que va de los conceptos más abstractos a los más concretos. Ahora bien, esta estructura regional de lo político solo puede ser pensada a partir del lugar y de la función que ocupa en el conjunto de regiones que definen a un modo de producción.

Vemos entonces que el esquema que sigue Poulantzas en PPCS responde a un orden riguroso, que va de las nociones de la teoría general del materialismo histórico a los conceptos más concretos que permiten proceder al análisis de una situación singular. La materia prima sobre la que se sustenta este trabajo teórico la constituyen, por un lado, los textos de los clásicos del marxismo (Marx, Engels, Lenin y Gramsci), a los que somete a un trabajo crítico particular. Poulantzas resalta el carácter no sistemático de estos textos relativos al tratamiento de lo político. Más que una teoría sistemática de lo político en el capitalismo, lo que se encuentra en estos textos es: o bien un cuerpo ordenado

26 Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit.

de conceptos "en estado práctico", es decir, destinados a dirigir la práctica política en una coyuntura determinada, aunque no elaborados teóricamente; o bien conceptos elaborados que no están insertos en un discurso teórico metódico. Por otro lado, los textos políticos del movimiento obrero y algunas obras contemporáneas de ciencia política componen la materia prima del trabajo teórico poulantziano. Poulantzas no comienza definiendo a priori el Estado, como si este fuera el principio que permitiría acceder al conocimiento de los demás elementos de lo social, ni tampoco a partir de datos empíricos sobre Estados realmente existentes. Parte de aquellos textos para elaborar los conceptos (más abstractos y más concretos) por medio de los cuales es posible conocer los Estados y las luchas políticas singulares. No se trata de una reconstrucción histórica de los orígenes de los Estados modernos y sus transformaciones a lo largo del tiempo, ni de una tarea politológica de identificación de los grupos que inciden en un escenario político determinado, sino de una producción conceptual que le permite situar el estudio de las formaciones históricas determinadas, donde las formas "puras" no se manifiestan más que a través de articulaciones complejas.

II. La tópica marxista

Poulantzas se ocupa, entonces, de definir la naturaleza y el funcionamiento de lo político en el modo de producción capitalista. Ahora bien, a diferencia de las posturas economicistas

que identifican al modo de producción con las relaciones de producción, para Poulantzas se trata de una combinación específica de diversas estructuras y prácticas que aparecen como niveles, instancias o *estructuras regionales* de aquel modo[27]. Se trata de la conjunción de diferentes niveles (lo económico, lo político, lo ideológico, lo teórico, etc.) que tienen autonomía relativa, una eficacia particular y una efectividad propias. Es decir, que son irreductibles entre sí, que tienen una lógica propia y que producen efectos dispares en el *todo social* que conforman en conjunto. De nuevo, Poulantzas toma de Althusser esta caracterización.

En su intento por "deshegelianizar" a Marx, Althusser distingue la *totalidad* hegeliana del *todo social* marxista. En Hegel, la metáfora del círculo es la que explica la unidad de un principio simple del cual los elementos que lo constituyen no son más que sus expresiones; remiten al centro que, como un principio interno único, es la *verdad* de todas las determinaciones concretas[28]. De esta manera, en la filosofía hegeliana existe, para Althusser, un principio de causalidad lineal en el que la totalidad se fundamenta sobre una instancia central de la cual las demás instancias, *pars totalis*, son una expresión fenoménica. En cambio, la metáfora con la que Marx funda sus análisis de la sociedad en sus escritos de madurez es la de un edificio cu-

27 *Ibíd*, p. 4.

28 Louis Althusser, "Contradicción y sobredeterminación", en *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires, Siglo XXII, 2004.

yos pisos reposan sobre su base, la infraestructura[29]. En lugar de pensar la sociedad como un círculo en el que todo está contenido y remitido a su centro, Marx construye una tópica para ubicar espacialmente los diferentes elementos que la constituyen y que no tienen la misma eficacia en ese todo que conforman; de ahí, la distinción entre base y superestructuras. El todo marxista es complejo y desigual –por eso Althusser lo distingue de la totalidad simple hegeliana–; está marcado por una desigualdad expresada en el principio de la "determinación *en última instancia* de lo económico". Si la determinación de lo económico (solo) aparece *en última instancia* es precisamente, como la fórmula jurídica que utiliza lo sugiere, porque hay otras instancias que también determinan los procesos del todo social. "La mención de la última instancia en la determinación tiene, pues, una doble función: desmarca radicalmente a Marx de todo mecanicismo, y abre en la determinación el juego de diferentes instancias, el juego de una diferencia real en la que se inscribe la dialéctica"[30].

29 Metáfora que aparece por primera vez en el tan comentado prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*: "en la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social". Karl Marx, "Contribución a la Crítica de la Economía Política (Prólogo)", *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 200.

30 Louis Althusser, "Defensa de Tesis en la Universidad de Amiens", en *La soledad de*… op. cit., p. 224.

La tópica marxista supone, entonces, pensar a la sociedad como un todo diferenciado y complejo donde la diferencia real entre las instancias, su autonomía relativa y su eficacia específica se articula en función de esa determinación solo en última instancia de lo económico. Es importante retener que no se trata aquí de instancias preexistentes que en un segundo momento se combinan para formar un modo de producción. Por el contrario, las instancias se constituyen como tales al relacionarse en un modo de producción determinado: es su articulación la que define la extensión y los límites de cada una de ellas.

El desafío teórico que aparecía ante los "althusserianos" era el de explicar este principio de la determinación en última instancia sin caer en una "desviación economicista", es decir, sin reducir todos los procesos sociales a simples expresiones de lo económico. La lucha contra el economismo de cierta tradición marxista (que Althusser y Poulantzas identificaban con la II Internacional y Stalin) implicaba no solo fortalecer el estudio de las superestructuras, sino también dotar a las instancias de una autonomía relativa y mostrar que las relaciones que constituyen cada nivel del todo social están *sobredeterminadas* por las relaciones entre los diferentes niveles y no son nunca la expresión directa de un nivel.

Aunque el propio Engels desestimara las lecturas mecanicistas y economicistas que convertían al factor económico en el

único determinante de la historia[31], no había en la teoría marxista un concepto que permitiera pensar ese juego entre las instancias del todo social. ¿Cómo se sostiene la unidad de este todo complejo con predominio, en última instancia, de lo económico si no es a través de un principio de causalidad simple como el hegeliano? ¿Cómo se puede afirmar al mismo tiempo la determinación de lo económico y la autonomía relativa de las instancias? Althusser sugiere que la determinación en última instancia de lo económico debe ser entendida al modo de la *causa inmanente* spinoziana. La configuración de la tópica marxista en la que uno de los elementos determina toda la estructura social, aunque solo a través de los efectos que tiene en las relaciones del conjunto de esos elementos, tiene un antecedente en la filosofía de Spinoza. Más precisamente, en su esfuerzo por pensar una causalidad no trascendente ni expresiva, "una causalidad que dé cuenta de la eficacia del Todo sobre sus partes y de la acción de las partes sobre el Todo, un Todo sin clausura, que no sea sino la relación

31 En una carta que le escribe a Joseph Bloch en 1890, Engels enfatiza que la producción es el factor determinante, pero solo *en última instancia*. "Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta -las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante; las formas jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas- ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan predominantemente, en muchos casos, su *forma*". Citado de "Contradicción y...", op. cit, p. 92.

activa de sus partes"[32]. Para traducir en la causalidad dialéctica materialista la eficacia de la causa ausente spinoziana, Althusser recurre a una noción del psicoanálisis: la *sobredeterminación*. La sobredeterminación indica aquí la relación que mantiene el todo social con los múltiples procesos que lo determinan, al mismo tiempo que son determinados por ese todo.

Althusser encuentra esta lógica de la sobredeterminación, bajo una formulación práctica, en los escritos de Lenin y de Mao. Lo que la experiencia revolucionaria marxista demuestra para Althusser es que la contradicción entre dos clases antagónicas (que encarna la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas) está sobredeterminada por una *acumulación de determinaciones eficaces*, surgidas de las superestructuras y de las circunstancias particulares (nacionales e internacionales) en las que opera; que "se confunde de tal modo con estas "circunstancias" que no es discernible, identificable ni manuable *sino a través de ellas y en ellas*"[33]. En otras palabras, si se produce una revolución no es porque haya actuado solo la contradicción principal. Por el contrario, esta solamente se vuelve "activa" a través de esa acumulación de contradicciones, radicalmente heterogéneas, que constituyen sus condiciones de existencia. La dialéctica materialista que inauguran los escritos

32 Louis Althusser, "Elementos de autocrítica", en *La soledad de*... op. cit., p. 200.

33 Louis Althusser, "Contradicción y...", op. cit, p. 79.

de Marx funciona, entonces, mediante un principio de sobredeterminación que explica

> que la "contradicción" es inseparable de la estructura del cuerpo social todo entero, en el que ella actúa, inseparable de las condiciones formales de su existencia y de las *instancias* mismas que gobierna; que ella es ella misma *afectada*, en lo más profundo de su ser, por dichas instancias, determinante pero también determinada en un solo y mismo movimiento, determinada por los diversos *niveles* y las diversas *instancias* de la formación social que ella anima; podríamos decir: *sobredeterminada en su principio*[34].

El todo social es, de esta manera, un *todo complejo con predominio* cuya unidad está asegurada por el dominio de una de las instancias (no necesariamente la económica) sobre las demás que, asimismo, está determinado en última instancia por lo económico; solo que esta determinación, como se dijo, no se da de forma mecánica o directa sino en la articulación diferencial entre las instancias. Su eficacia depende en todos los casos del conjunto de circunstancias sociales en las que opera. Así, el todo complejo, sus contradicciones y sus instancias no se pueden pensar unos por fuera de otros. Su independencia (o su autonomía relativa) no es más que una forma de su dependencia respecto del todo. Esto significa que las relaciones entre los diferentes niveles del todo social no pueden explicarse a partir de

34 Louis Althusser, *La revolución teórica*... op. cit. 80-81. El resaltado es de Althusser.

un esquema de causalidad unilineal como una relación externa entre instancias ya constituidas. La sobredeterminación indica, por el contrario, que la especificidad de cada instancia depende de su posición en relación con el conjunto de instancias que conforman el todo complejo. Pero esta posición no es fija, no está definida de antemano. El economicismo es el que identifica por adelantado la determinación de lo económico con la posición dominante. En cambio, en el todo social se producen desplazamientos y permutaciones en la dominancia que pasa de un nivel a otro en función de las interacciones reales entre las instancias.

III. La función general del Estado

El recorrido teórico que realiza Poulantzas para definir la instancia jurídico-política o el Estado en el marco de una teoría del materialismo histórico comienza por un repaso de las definiciones de *lo* político y de *la* política en los clásicos del marxismo[35]. En estos, el problema de la lucha política de clases está enlazado con el problema de la historia. En efecto, la posición marxista en relación con esto se sostiene en dos proposiciones elementales que aparecen en el *Manifiesto Comunista*: por un lado, "toda lucha de clases es una lucha política" y, por otro, "la lucha de clases es el motor de la historia". Ahora bien, Poulantzas enfa-

35 Poulantzas distingue entre la superestructura jurídico-política del Estado (o *lo político*) y las prácticas políticas de clase o la lucha política de clases (es decir, *la política*). Cf. Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit. p. 33.

tiza que estas proposiciones no deben entenderse en un sentido historicista (como habría hecho Gramsci), sino a partir del concepto de modo de producción en cuanto todo complejo con predominio, base del materialismo histórico puesto en evidencia por Althusser. Los diversos niveles de una formación social no están caracterizados solamente por una autonomía relativa, una eficacia particular y una especificidad propia sino también por un desarrollo desigual, por ritmos diferenciales[36]. Siguiendo a los clásicos del marxismo, Poulantzas le otorga un lugar central en la formación social a la práctica política. Como cualquier práctica, esta es "un trabajo de transformación sobre un objeto (materia prima) determinado" que tiene por resultado "la producción de algo nuevo (el producto) que constituye, o por lo menos puede constituir, una ruptura con los elementos ya dados del objeto"[37]. Pero lo específico de esta práctica es que tiene por objeto el "momento actual", es decir, "el *punto nodal en que se condensan las contradicciones* de los diversos niveles de una formación en las relaciones complejas regidas por la sobredeterminación, por sus diferencias de etapas y su desarrollo desigual"[38]. Ese punto estratégico sobre el que opera la práctica política es la *coyuntura*, el lugar donde se condensan las contradicciones de los distintos niveles de una formación social y donde, por lo tanto, aparece

36 Louis Althusser, *Para leer*... op.cit., Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit.

37 Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit, p. 39.

38 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 39.

más explícitamente la unidad de la estructura del todo. Al ser el lugar donde es posible descifrar esta unidad de la formación social, es asimismo el punto en el cual es posible actuar sobre ella para transformarla. Poulantzas resignifica, de esta manera, aquellas proposiciones desde una perspectiva antihistoricista: si la práctica política es el motor de la historia es "en la medida en que su *producto* constituye finalmente la *transformación* de la unidad de una formación social"[39].

Aunque el *objeto* de la práctica política (o de la lucha política de clases) sea el momento actual, su *objetivo* son las estructuras políticas de una formación social. No todo lo que "transforma" una unidad dada es *político*. Solo la lucha que tiene como objetivo particular al Estado en cuanto nivel estructural específico de una formación social es una lucha política aquí. Así, la definición general de la política que Poulantzas encuentra en los clásicos del marxismo sitúa al Estado como el objetivo estratégico central. Poulantzas cita a Marx y Lenin a este respecto: en una carta de 1871, Marx subraya que "el movimiento político de la clase obrera tiene... como *objetivo final* [*Endzweck*] la toma del poder político"[40]. Frase que Poulantzas enriquece con la siguiente cita de Lenin:

> No basta decir que la lucha de clases no llega a ser una verdadera lucha, consecuente, desplegada, sino el día en que

39 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 39.

40 Carta a Bolte del 29 de noviembre de 1871. Citado de Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit. p. 41.

abarca el dominio de la política... Para el marxismo, la lucha de clases no se convierte en una lucha totalmente desplegada del conjunto de la nación más que el día en que no sólo abarca la política sino que se dirige al dominio de lo esencial: *la estructura del poder del Estado*[41].

En los escritos políticos de Marx, Engels, Lenin y Gramsci el problema político decisivo es la toma del poder del Estado. A diferencia de las tendencias economistas, que asignan a la lucha política la transformación de las relaciones sociales económicas, y de las tendencias utópico-idealistas, que tienen como objetivo a lo ideológico, lo característico de su concepción relativa al paso al socialismo es para Poulantzas que exige que el Estado sea radicalmente cambiado. En esto consistiría la clásica teoría de la dictadura del proletariado: en la ruptura del antiguo aparato estatal. Sin embargo, esta idea no había sido desarrollada teóricamente. Para esclarecer por qué el Estado constituye en el pensamiento político del marxismo el objetivo estratégico de la lucha política de clases, Poulantzas le asigna al Estado la función particular de constituir el *factor de cohesión* de los distintos niveles de una formación social:

Esto es precisamente lo que el marxismo expresó al concebir el Estado como factor del "orden", como "principio de organización", de una formación, no ya en el sentido corriente de

41 V.I. Lenin, *Ouvres complètes*, Éd. Sociales, t.19. Citado de Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit. p. 42.

> orden político, sino en el sentido de la cohesión del conjunto de los niveles de una unidad compleja, *y como factor de regulación de su equilibrio global en cuanto sistema*[42].

El Estado tiene, entonces, una función global de organización (en sentido amplio) de la unidad de una formación social. Como las distintas instancias tienen temporalidades diferenciales, es decir que no se desarrollan de manera homogénea, necesitan una estructura que les permita mantener una cierta cohesión. Si bien la unidad de un modo de producción está determinada en última instancia por el nivel económico, para Poulantzas solo a través del Estado es posible asegurar su funcionamiento como una unidad. El Estado ocupa una posición paradójica como parte y como todo de la sociedad en esta teoría, como sugiere Bob Jessop: por un lado, "es sólo un conjunto institucional entre otros dentro de una formación social" pero, por otro lado, carga "con la responsabilidad general de mantener la cohesión de esa formación social de la cual no es más que una parte"[43]. El equilibrio global que el Estado se encarga de mantener no está dado de antemano: por el contrario, se trata de un equilibrio inestable que debe ser continuamente regulado.

Esta función general del Estado como factor de cohesión se comprende si se advierte que una formación social se caracteriza

42 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit, p. 43-44.

43 Bob Jessop, "El Estado y… op. cit., p. 24.

por la imbricación de distintos modos de producción entre los cuales se establecen relaciones de fuerza, en la medida en que uno se vuelve predominante. Aunque tiene un rol fundamental en los períodos de transición de un modo de producción a otro, este papel del Estado no se limita a estos momentos, sino que designa su función general en cualquier formación social. Frente a las definiciones weberianas del Estado, que reducen su especificidad exclusivamente al "monopolio de la fuerza legítima", Poulantzas acentúa ese papel de lo político como factor de cohesión de la unidad de una formación. Aquí se vuelve palpable el hecho de que Poulantzas pretende elaborar una especie de "manual" de teoría política marxista en PPCS, cruzando una relectura de los clásicos del marxismo con una discusión con las principales corrientes de la ciencia política de la época.

Poulantzas encuentra en Engels una formulación equivalente de esta función de regulación de una formación social entendida como un sistema. En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels sostiene que

> [El Estado] es más bien un producto de la sociedad en una etapa determinada de su desarrollo: *es la confesión de que aquella sociedad se enreda en una contradicción insoluble consigo misma*, habiéndose escindido en oposiciones inconciliables que no puede conjurar. Mas para que los antagonistas, las clases con intereses económicos opuestos, no se consuman, *ellas y la sociedad*, se impone la necesidad de un poder que,

situado en apariencia por encima de la sociedad, debe amortiguar el conflicto, mantenerlo en los límites del "orden": ese poder, *salido de la sociedad*, pero que se sitúa por encima de ella y le es cada vez más extraño, es el Estado[44].

En este pasaje Poulantzas encuentra la idea de que el poder del Estado surge para mantener el "orden"; pero lo que se trata de mantener en este "orden" es precisamente el antagonismo social de la lucha de clases. Ya los clásicos del marxismo pensaban al Estado como un tipo de poder que interviene en el conflicto irreductible entre las clases para regularlo e impedir que explote haciendo estallar a la vez la unidad de la formación social. De modo que la dominación política de clase que se ejerce a nivel del Estado condensa las contradicciones de todas las instancias de una formación social. Engels precisa esa función de "orden" del Estado señalando que se trata del modo de "organización que se da la sociedad burguesa para mantener las *condiciones externas* de la producción"[45]. Sin caer en la visión mecanicista de las relaciones entre la base y las superestructuras, Poulantzas rescata esta formulación del Estado como organización para la conservación de las condiciones de la producción y, por ende, de las condiciones de existencia y de funcionamiento de un modo de producción y de una formación social. Esta función del Estado

44 Friedrich Engels, *L'origine de la famille, de la proprieté privée et de l'État*, Éd. Sociales, pp. 156ss. Citado de Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit. p. 48-49.

45 Friedrich Engels, *L'origine de la famille, de la proprieté privée et de l'État*, Éd. Sociales, pp. 156ss. Citado de Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit. p. 51.

permite dilucidar la relación del Estado y de la articulación de instancias que especifica a una formación social. El Estado cumple aquí una doble función: por un lado, una función de orden de los conflictos políticos de clase y, por otro lado, una función de orden global en cuanto factor de cohesión de la unidad social. Como remarca Poulantzas, "[e]l Estado impide, pongamos por caso, el estallido del conflicto político de clase en la medida en que ese conflicto *refleja* –y no en una relación de fenómeno a esencia– la unidad de una formación"[46].

A partir de esta definición del Estado como factor de cohesión social y como la estructura en la que se condensan las contradicciones de las diferentes instancias de una formación, Poulantzas redefine la práctica política en su vínculo con el Estado. De acuerdo con cómo se sitúe en relación con el Estado, la práctica política puede tender o bien hacia la conservación de la unidad de una formación social, o bien hacia su transformación. En otros términos, la práctica política que tiene como objetivo al Estado en tanto factor de conservación de la cohesión de aquella formación, va a garantizar que la unidad de esta no se transforme. Mientras que esta práctica "produce transformaciones cuando tiene por objetivo el Estado como estructura nodal de ruptura de la unidad, en la medida en que es el factor de su cohesión: en ese contexto, al Estado podrá [...] considerársele

46 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit, p. 51.

factor de producción de una unidad nueva, de nuevas relaciones de producción"[47].

Si los clásicos del marxismo presentaban el Estado solo bajo su función conservadora del orden social, Poulantzas le da un giro a esta misma concepción y sugiere que en ella radica también la clave de una transición revolucionaria. El Estado puede tener una función revolucionaria en la medida en que, al hacer inteligible el anudamiento complejo entre las diferentes contradicciones de una formación social, vuelve posible actuar sobre ella para desmembrar esa unidad. Sin embargo, lejos de todo reformismo –que no busca transformar esa unidad social sino producir modificaciones secundarias que no ataquen ese anudamiento complejo– esa función revolucionaria solo es posible para Poulantzas a condición de transformar radicalmente el Estado como "lugar de condensación de las contradicciones de instancias separadas con temporalidades propias"[48]. Sin embargo, rearticular los niveles de una formación social bajo otras relaciones de producción no puede ser una decisión arbitraria. Sin duda, Poulantzas no está pensando aquí en una especie de voluntarismo o de práctica espontánea. La lucha política que tiene por objetivo el Estado condensa, para Poulantzas, las contradicciones del resto de los niveles de la lucha de clases. Por más que la lucha de clases no se reduzca a la lucha política, esta

47 *Ibíd*, p. 44.

48 *Ibíd*, p. 45.

última tiene primacía en la teoría poulantziana precisamente por tener al Estado como objetivo estratégico específico. Y esa lucha solo deviene revolucionaria cuando existe una *acumulación de determinaciones eficaces* –en los términos de Althusser–, en un contexto de exacerbación de aquel antagonismo y de las contradicciones en todos los niveles de una formación. Como señala Julien Pallotta, es preciso preguntarse si una teoría que define al Estado por esta función de cohesión de instancias desiguales no es, *ante todo*, una teoría de la transición revolucionaria[49]. Aunque pocas veces es evocada explícitamente esta cuestión en PPCS, se trata de un problema que orienta la teoría poulantziana y su interés por reformular rigurosamente la teoría política marxista. Si el Estado es el objetivo estratégico de la lucha política revolucionaria es porque está en una posición donde puede operar la transición de la dominancia de un modo de producción a otro. Por lo tanto, la teoría del Estado resulta imprescindible para pensar el paso al socialismo.

IV. El tipo de Estado capitalista

Sin embargo, a Poulantzas no le interesa producir una teoría del Estado *en general* sino una teoría del Estado en el modo de producción capitalista. En las formaciones sociales capitalistas el

49 Julien Pallotta, "Rétour sur l'Intervention de Poulantzas au sein de l'Althussérisme: la Tentative de Constitution d'une Théorie Marxiste de l'État dans le Champ de la Science Politique", en *Décalages*, vol. 2, Iss. 2, 2018, p. 8.

Estado tiene la función, entonces, de garantizar la unidad de la formación social sobre el fondo de un antagonismo de clase irreductible, para impedir que haga estallar el sistema de relaciones de producción sobre el cual reposa: las relaciones de explotación capitalistas. Como lugar de condensación de las contradicciones de los diferentes niveles, el Estado tiene un rol específico en la tópica: el de mantener esas contradicciones dentro de los límites de las relaciones de producción existentes. Dicho de otra manera, el Estado tiene por función la reproducción de las relaciones de producción, que son relaciones de clase. La cuestión es determinar cómo realiza el Estado capitalista esta función general.

El modo de producción capitalista está caracterizado, para Poulantzas, por dos aspectos: por un lado, por la separación de los trabajadores directos de sus medios y objetos de trabajo; y, por otro lado, por una autonomización (relativa) específica de lo político y lo económico –donde este es dominante y determinante al mismo tiempo. Al no tener el control de los medios de producción, que pertenecen al propietario, ni el dominio sobre el proceso de trabajo que solamente puede ser puesto en marcha con la intervención de este último, los trabajadores solo poseen su fuerza de trabajo, a la que están obligados a vender como a cualquier mercancía. Esta separación explica para Poulantzas la autonomía específica de lo político y de lo económico en el modo de producción capitalista, en la medida en que el trabajo se convierte en un elemento mismo del capital y no requiere,

por ello, de una coerción directa para lograr la apropiación de sus productos en el espacio económico. En otras palabras, en el modo de producción capitalista la dominación y la explotación se presentan mediatizadas por el Estado, que aparece como el representante del interés general y abstracto de toda la sociedad. Como sugiere el teórico griego en un ensayo anterior a PPCS,

> [a] diferencia de los tipos de Estado esclavista y feudal, el Estado político no se presenta como la simple ratificación por la fuerza de los intereses económicos sociales, en el sentido estricto del término, de las clases o fracciones de clase dominantes. En sus relaciones con las estructuras objetivas del Estado, estos intereses no están traspuestos bajo su forma "inmediata" de intereses privados sino que deben revestir una forma mediatizada *verdaderamente política* y presentarse como encarnando el interés general de toda la sociedad. El propio Estado se presenta no ya como el lugar de constitución de la dominación "pública" de un "privado" privilegiado, sino como la expresión de lo universal y, a través de la constitución política de las clases dominantes, como la garantía del interés general[50].

Aunque el proceso de reproducción ampliado de las relaciones de producción esté determinado principalmente por la razón económica de producción de la plusvalía, y no por razones polí-

50 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado", en: *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Cuadernos Pasado y Presente n.48, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 53. El resaltado es de Poulantzas.

ticas, el tipo de Estado capitalista tiene una estructura que vuelve posible esa reproducción desde un marco jurídico-político específico. El proceso de reproducción del modo de producción capitalista se fundamenta en una serie de precondiciones (derechos de propiedad y las regulaciones institucionales) que solamente pueden ser establecidas y aseguradas por una autoridad desvinculada del proceso inmediato de la valorización y la explotación capitalistas: esta autoridad no es otra que el Estado moderno. De esta manera, es por medio del derecho que la superestructura jurídico-política del Estado se vincula con las relaciones de producción a las que contribuye a reproducir. El Estado capitalista moderno se distingue de las formas precedentes de Estado por la originalidad y la centralidad del derecho que implementa: un derecho privado, que reposa sobre las categorías de personas libres e iguales –una condición clave para el funcionamiento de la economía capitalista porque permite, por ejemplo, el contrato de trabajo y los títulos de propiedad privada–, y un derecho público, que afirma el principio de la soberanía del pueblo-nación –conformado por sujetos-ciudadanos cuya unidad no existe sino a través de la representación de la unidad del Estado[51].

La novedad que presenta este tipo de Estado respecto de los precedentes es que su poder no se funda ni está controlado por ninguna autoridad superior o ley divina. Se trata de un poder centralizado que se ejerce sobre un territorio nacional, en el cual

51 Julien Pallotta, “Rétour sur... op.cit.

hace emerger un "pueblo" o una "nación" a través de la unificación de los sujetos en el "interés general" encarnado por el Estado. El Estado capitalista se presenta como un Estado "popular-de-clase" en el que, sin embargo, el dominio propiamente político de clase "no está presente en ninguna parte bajo la forma de una *relación* política *clases* dominantes-*clases* dominadas, en sus instituciones mismas. Todo ocurre, en esas instituciones, como si la "lucha" de clases no existiese"[52]. Así, el Estado capitalista está organizado como la unidad política de una sociedad, no de clase, sino de intereses económicos divergentes de "individuos privados", a los que instaura y reconoce como "sujetos de derecho". A diferencia de los Estados esclavista y feudal en los que la jerarquía social se justificaba como "natural" o "sagrada", en la representación jurídica del poder del Estado capitalista la dominación política y el antagonismo estructural de clase están ausentes.

Para Poulantzas, la función general del Estado de cohesión de la unidad de una formación social tiene modalidades específicas de funcionamiento, propiamente económicas, ideológicas y políticas; pero estas modalidades están *sobredeterminadas* por su función propiamente política en relación con el campo de la lucha política de clases. Con respecto a las funciones económicas, como ya se dijo, el Estado tiene un rol fundamental

52 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit, p. 238.

en la reproducción de las relaciones de producción e interviene de manera decisiva en el ciclo económico (de producción, circulación y consumo). En cuanto a las funciones ideológicas, el Estado produce para Poulantzas verdaderos efectos ideológicos en su funcionamiento, si por ideología se entiende el modo en que los agentes *viven* sus condiciones de existencia[53]. Como indica Poulantzas, la ideología tiene por función, al contrario que la ciencia, "ocultar las contradicciones reales, *reconstruir*, en un plano imaginario, un discurso relativamente coherente que sirva de horizonte a lo "vivido" de los agentes, dando forma a sus representaciones según las relaciones reales e insertándolas en la unidad de las relaciones de una formación"[54]. Los efectos ideológicos que produce el Estado funcionan ocultando las contradicciones de clase que singularizan a una sociedad a través de dos mecanismos.

Por un lado, Poulantzas explica que en las formaciones sociales capitalistas los valores jurídicos burgueses (de libertad e igualdad) producen un efecto de atomización o individualización de los agentes de la producción. Las relaciones sociales

53 Louis Althusser, "Marxismo y Humanismo", en *La revolución teórica*... op.cit.; Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit.

54 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit, p. 265. La idea de que el funcionamiento del Estado reposa en un ejercicio ideológico que tiene efectos sobre el campo de la lucha de clases, anticipa una tesis que Althusser desarrolla en *Sobre la reproducción* y en su célebre ensayo "Ideología y aparatos ideológicos del Estado". Cf. Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003 y *Sobre la reproducción*, Akal, Madrid, 2015.

económicas no son vividas por estos agentes como relaciones entre clases antagónicas sino bajo la lógica de una competencia individual, local y aislada (no solamente entre obreros asalariados y capitalistas; también entre los propios obreros y capitalistas, entre los de una rama de la industria y los de otra, entre campesinos y obreros, etc.). De este modo, al aislar a los agentes de la producción, individualizando sus conductas y designándolos como sujetos portadores de derechos individuales independientemente de su lugar en el proceso productivo, el Estado capitalista garantiza el funcionamiento y la continuidad de las relaciones de producción existentes. Este papel del Estado sobre la lucha económica de clases es inseparable, por lo tanto, de una estrategia de dominación de las clases dominantes: funciona desorganizando a las clases dominadas, minando su cooperación y reduciendo sus luchas a conflictos interindividuales.

Por otro lado, las estructuras jurídicas y políticas del Estado producen igualmente un *efecto de representación* de la unidad social, en la medida en que este se presenta como la encarnación del interés general del pueblo-nación, que no se compondría de los agentes de la producción divididos en clases sino de una masa de individuos-ciudadanos libres e iguales entre sí. De esta forma, el Estado "se da por representante del "interés general" de intereses económicos competidores y divergentes que ocultan a los agentes tal como éstos los viven, su carácter de clase"[55].

55 Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit, p. 163.

Dicho de otra manera, el Estado une a los agentes separándolos. Los individuos “privados” y aislados de sus relaciones de clase son reunificados y reconocidos como sujetos de derecho de una misma comunidad política nacional. El Estado produce un efecto imaginario de cohesión entre los integrantes de esta comunidad a partir de su aislamiento.

El Estado capitalista funciona, por lo tanto, a través de un mecanismo doble, de aislamiento (de los agentes de sus relaciones como relaciones entre clases antagónicas) y de representación de la unidad social (de estos agentes despojados de su pertenencia de clase) que se refleja en contradicciones internas en sus estructuras. Este mecanismo es el que le permite operar como una instancia universalizante por sobre y por fuera de la instancia económica. La idea que subyace aquí es precisamente que el modo de producción capitalista facilita y, sobre todo, necesita un Estado nacional, democrático y representativo como su forma “normal” para mantener y extender las condiciones para la explotación de clase. Parece que solo este tipo de Estado sería capaz de definir las condiciones “exteriores” para la reproducción del capital, no determinables ni realizables desde el punto de vista limitado de los capitalistas individuales. El Estado se establece como el lugar de lo universal porque se supone que no representa tales o cuales intereses privados (o su suma) sino el conjunto político unitario del pueblo-nación. Por consiguiente, se organiza como la unidad institucional del poder propiamente

político (público) en la medida en que se presenta como la "unidad de un conjunto de elementos (ciudadanos) cuya determinación económica, y por lo tanto, su pertenencia de clase, está sistemáticamente ausente de sus instituciones"[56].

Entre las condiciones de posibilidad de la unidad de la formación social, la unión de los sujetos jurídico-políticos bajo el interés general que encarna el Estado tiene un papel esencial puesto que solo a través de esa articulación ideológico-política se constituye aquella unidad imaginaria del pueblo-nación. Forzando un poco los términos, se podría decir que "el pueblo" no preexiste su constitución imaginaria por medio del Estado y que esta constitución es siempre singular y precaria –es decir, que necesita ser constantemente renovada. La tarea del Estado es, entonces, producir esa cohesión; pero se trata de una tarea que solamente es efectiva en la medida en que borra sus huellas, en que produce una unidad que se presenta como anterior y constitutiva.

Ahora bien, el Estado capitalista tiene además para Poulantzas una función propiamente política que presenta una ambivalencia característica según se trate de las clases dominantes o de las dominadas y que se vincula con su función ideológica de aislamiento y de representación. Si en el caso de las clases dominadas este doble mecanismo del Estado impide su organización política, en el caso de las clases dominantes es precisamente lo

56 *Ibíd*, p. 364.

que permite su organización en el nivel político. Para Poulantzas, es por medio del Estado que se constituye una unidad relativa de las clases y fracciones dominantes y que sus intereses políticos son instituidos como el interés general del pueblo-nación. Por eso, Poulantzas define a este Estado popular-de-clase también como un Estado *con dirección hegemónica de clase*, donde el término gramsciano de hegemonía hace referencia a la operación de transformación de los intereses políticos de aquellas clases en el interés general. Sin embargo, esto no significa que el Estado sea simplemente una máquina al servicio de las clases dominantes, ni tampoco un agente con voluntad propia que, desde una posición de exterioridad del antagonismo de clase, impone una ideología (la de la clase dominante) y sus propios intereses como si fuera el interés general. Más bien, aquella dirección hegemónica del Estado supone que las clases y fracciones dominantes necesitan tejer alianzas no solo entre ellas, sino igualmente con las clases dominadas, para poder constituirse como tales y para que el Estado pueda cumplir sus funciones reproductoras del orden social existente. En el capítulo siguiente reconstruimos la conceptualización poulantziana de las clases sociales para analizar dos conceptos elementales en esta teoría materialista: el de hegemonía y el de autonomía relativa del Estado.

Capítulo 2.

La autonomía relativa del Estado

I. Un concepto antihumanista de las clases sociales

Como dijimos anteriormente, la función principal del Estado para Poulantzas es producir y mantener la unidad y la cohesión de una formación social, reproduciendo las relaciones sociales, que no son sino relaciones de clase. Ahora bien, si el Estado funciona de esta manera es porque no se encuentra en una posición de exterioridad respecto de esas relaciones de clase. A diferencia de las tesis que definían al modelo de análisis marxista del Estado en esa época –como la del capitalismo monopolista de Estado del PCF– en el que este aparece como un aparato completamente capturado por *una* clase dominante, es decir, como una entidad ya constituida y separada de la sociedad, Poulantzas piensa las relaciones entre el Estado y la sociedad de forma *inmanente*. En efecto, para Poulantzas las diversas funciones (económicas, políticas e ideológicas) que el Estado desempeña en la reproducción de las relaciones sociales no son neutras, ni existen primeramente como tales para luego ser "desviadas" por una o varias clases en su voluntad de dominación. En cambio, los aparatos del Estado concentran y materializan las relaciones de clase. Esto significa que las formas que adoptan los aparatos del Estado (que para Poulantzas, además de la clásica dupla de aparatos ideológicos y represivos, comprenden también los aparatos

económicos) están siempre sobredeterminadas por el balance de fuerzas de clases.

Esta operación de inmanentización del vínculo Estado–clases sociales se sostiene en la teoría de Poulantzas en una comprensión de las clases sociales que se puede definir como *antihumanista*. Antes de justificar esta definición son necesarias algunas precisiones. Primero, al igual que respecto del Estado, en los clásicos del marxismo no existe una teoría sistemática de las clases sociales, más allá de sus valiosos e indispensables aportes. Sin lugar a duda, tanto en los textos "políticos" de Marx (como *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*) como en *El Capital* están los fundamentos para una comprensión rigurosa de las clases sociales que permita pensar la cuestión política clave: la de las alianzas. Es decir, qué capas y fracciones de clases pueden aliarse en una coyuntura específica con la clase obrera –que en la tradición política marxista tiene el papel dirigente– para producir transformaciones. Si Poulantzas se esfuerza por darle un sustento teórico al problema de las clases sociales es precisamente porque su teoría del Estado está atravesada por una reflexión estratégica: por el compromiso de pensar una política revolucionaria. De manera que elaborar una concepción rigurosa de las clases sociales es elemental para Poulantzas, ya que es la que le permite situar su teoría en relación con los conflictos sociales que definen a la fase del capitalismo en la que se encuentra (el capitalismo monopolista) y, al mismo tiempo, sugerir

las posibles alianzas para una estrategia política de izquierda. Porque, como sugiere en su libro de 1974, *Las clases sociales en el capitalismo actual* (en adelante, CSCA), donde dedica dos ensayos a analizar diferentes capas y fracciones de la burguesía, "el hecho de *conocer bien al enemigo* y de saber establecer *alianzas precisas* [...] me parece un punto esencial de la estrategia revolucionaria"[57].

Segundo, que esa revisión del tratamiento marxista de las clases sociales que Poulantzas propone se entiende en el marco de una discusión más amplia, a la vez teórica y política, a la que hicimos alusión en el capítulo anterior: la relectura althusseriana de la teoría marxista. De acuerdo con Althusser, la ruptura epistemológica que Marx produjo en su inmenso trabajo teórico desde 1845 y que abrió el campo de la ciencia de la historia, supuso el rechazo de viejas nociones pertenecientes a una problemática anterior y la fundación de un dispositivo teórico nuevo. Ante todo, implicó un quiebre con el humanismo teórico "que desempeña una función *teórica* esencial en las filosofías clásicas premarxistas"[58]. Para Althusser, en sus obras de madurez Marx postula un *antihumanismo teórico* (que lo acerca más a Spinoza que a Hegel), que se basa en el rechazo a fundar los análisis de la sociedad y de la historia en un concepto de *hombre* como un

57 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI, México, p. 9.

58 El resaltado es de Althusser. Louis Althusser, "Defensa de Tesis… op.cit., p. 241.

sujeto libre de autodeterminarse. El corte epistemológico que Marx produce solo puede darse en la medida en que pone en entredicho "la pretensión *teórica* de una concepción humanista de explicar la sociedad y la historia, partiendo de la esencia humana, del sujeto humano libre, sujeto de necesidades, del trabajo, del deseo, sujeto de la acción moral y política"[59]. De esta manera, los análisis marxistas de la sociedad y de la historia no parten de un sujeto humano sino de una relación de producción que trata a los individuos concretos como *agentes* [*Trägger*] de la producción, es decir, como portadores de funciones en el proceso de producción. Contra todo humanismo teórico, Marx demostraría "que esta relación no es una relación entre los hombres, una relación entre las personas, ni intersubjetiva, ni psicológica, ni antropológica, sino una relación doble: una relación entre grupos de hombres concerniente a la relación existente entre estos grupos de hombres y las cosas, los medios de producción"[60]. El descubrimiento de Marx es, en definitiva, que las relaciones sociales no involucran exclusivamente relaciones entre *hombres* o entre grupos de hombres, sino que involucran también a las *cosas*, a los medios de producción.

Poulantzas traduce este antihumanismo teórico en su comprensión de las clases sociales, que no piensa a partir de las relaciones interpersonales entre los agentes que las componen sino

59 El resaltado es de Althusser. *Ibíd*, p. 243.

60 Louis Althusser, "Defensa de Tesis... op. cit., p. 243.

desde el lugar que ocupan en el conjunto de las prácticas sociales. El análisis poulantziano no parte de las acciones de tales o cuales agentes sino de los lugares objetivos ocupados por estos agentes en la división social del trabajo; lugares que son independientes de su voluntad. Dicho de otra manera, las clases sociales no se constituyen como tales a partir de un agrupamiento entre agentes con ciertas características, como si los segundos fuesen el principio genético de las primeras. La operación es la inversa: las clases determinan las funciones objetivas de los agentes en el todo social. ¿En qué sentido se puede decir que *determinan* (o más bien, *sobredeterminan*) a los agentes? Para Poulantzas, las clases son el lugar en el que las diferentes estructuras (niveles o instancias) del todo social delimitan las prácticas de los agentes. Si el lenguaje es sofisticado, la idea es simple: la configuración singular de las clases sociales en cada formación social es producto de la articulación propia de los niveles del todo social que caracteriza a una formación dada. De manera que, contra toda una tradición economicista en el marxismo, las clases no se definen para Poulantzas exclusivamente en función de su determinación económica: lo político y lo ideológico tienen también un papel fundamental. A su vez, como las clases sociales cubren *prácticas de clase*, no se dan más que en oposición, en un antagonismo irreductible: "las clases sociales significan para el marxismo, en un *único* y *mismo* movimiento, contradicciones y *lucha de clases*: [...] no existen *primero*, como tales, para entrar

después en la lucha de clases, lo que haría suponer que existen clases *sin* lucha de clases"[61].

El concepto de clase social se refiere, entonces, a un efecto estructural sobre el conjunto de las prácticas de clase. En los términos de Poulantzas, este concepto "indica los efectos del conjunto de las estructuras, de la matriz de un modo de producción o de una formación social sobre los agentes que constituyen sus apoyos: ese concepto indica, pues, los efectos de la estructura global en el dominio de las relaciones sociales"[62]. En PPCS Poulantzas establece una distinción (analítica, no ontológica) entre el dominio de las estructuras y el de las relaciones (o prácticas) sociales. No hay que confundir, advierte, la estructura social y sus diferentes instancias (lo económico, lo político, lo ideológico) con las relaciones sociales. Las relaciones de producción, por caso, no son las prácticas económicas de las clases; así como tampoco el Estado se reduce a las prácticas políticas si no que tiene una materialidad, una organización y una lógica específicas. No obstante, esta distinción (que contiene implicaciones políticas importantes que analizamos a continuación), "diseñada para demostrar la importancia de la lucha de clases en el proceso mismo de definición de las clases […] fue percibida como el otorgamiento de una posición de superioridad a estructuras de las que se decía que eran externas o que estaban fuera de

61 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*... op. cit., p. 13.

62 Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op. cit., p. 75.

la lucha de clases”[63]. Esta distinción entre estructuras y prácticas le permite a Poulantzas insistir en que, si bien el ámbito de las relaciones sociales está objetivamente determinado por el conjunto de las estructuras del todo social, esas prácticas se encuentran en relación con las demás prácticas y solo pueden ser definidas en su mutua implicación. En otras palabras, una clase social no se define solamente por la distribución de sus soportes en las estructuras del todo social (lo económico, lo político, lo ideológico); también se delimita en función de sus relaciones con las demás clases sociales. De nuevo, no hay clases sociales sin lucha de clases. La distinción entre estructuras y prácticas le sirve a Poulantzas, a su vez, para diferenciar dos campos conceptuales: el de la división social del trabajo (es decir, el de las estructuras propias de las formaciones sociales capitalistas) y el de las estrategias. En el primer campo, entrarían los conceptos de clase social, fracciones y capas de clase, categorías sociales, entre otros; mientras que, en el segundo, los conceptos de fuerzas sociales, pueblo y bloque en el poder –que abordamos más adelante.

En base a esto, Poulantzas plantea otra distinción: entre aquella *determinación estructural de clase* y la *posición* que una clase adopta en una coyuntura. Contra una noción voluntarista

63 Nicos Poulantzas, “El Estado capitalista: una réplica a Miliband y Laclau”, en Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*, Buenos Aires, Imago Mundi, p. 182.

de las clases sociales, que las reduce a las posiciones que los agentes adoptan en determinadas situaciones, Poulantzas sostiene en CSCA que "[u]na clase social, o una fracción o capa de clase, puede no tener una posición de clase correspondiente a sus *intereses* circunscritos ellos mismos por su *determinación* de clase como horizonte de lucha"[64]. El ejemplo clásico de esta distancia entre la determinación y la posición de clase es el de la aristocracia obrera que, si bien tiene posiciones de clase burguesas, no pertenece a la burguesía. Los conceptos de clase, práctica e interés están íntimamente vinculados, como se desprende de la distinción que Poulantzas marca. Si la noción de práctica comprende un trabajo ejercido en los límites impuestos por las estructuras, los intereses delimitan el horizonte de acción de una clase social en el campo de las relaciones de poder. El grado en el que cada clase social puede realizar esos intereses depende del poder de las otras clases. Más que una suma cero, en la que todo el poder que no tiene una clase se traslada a otra como si fuera una cantidad determinada que puede dividirse, el poder es aquí una relación y, a su vez, una capacidad diferencial que delimita lugares de dominio y de subordinación. Para Poulantzas, en el caso de las clases sociales, el poder remite a emplazamientos objetivos anclados en la división social del trabajo. Por eso, designa "la capacidad de cada una de realizar sus intereses específicos en relación de oposición con la capacidad de las otras clases para

64 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*... op. cit., p. 15.

realizar los suyos"[65]. En tanto capacidad de clase, el poder está determinado asimismo por las estructuras del todo social y por la capacidad de las otras clases para realizar sus intereses.

No obstante, como observa Poulantzas, esta capacidad de una clase para realizar sus intereses no necesariamente coincide en todos los niveles de las prácticas (ideológicas, económicas, políticas, etcétera) ya que una clase determinada bien puede tener la capacidad para perseguir sus intereses económicos, pero no sus intereses políticos al carecer de una organización política autónoma. Igualmente, una clase puede ser políticamente dominante sin serlo ideológica o económicamente. A diferencia de toda una corriente en el marxismo –presente, por ejemplo, en el PCF– que identifica la clase económicamente dominante (el capital monopolista) con la clase políticamente dominante (y por eso supone que existe una *fusión* entre el Estado y el capital monopolista), Poulantzas da cuenta de la autonomía relativa de los distintos niveles de prácticas. Y sobre este argumento desarrolla una idea central: que la presencia de la burguesía como una fuerza política específica depende de la función organizadora que el Estado ejerce.

Se entiende ahora por qué Poulantzas elabora una noción *antihumanista* de las clases sociales: no parte de los agentes que las componen para definirlas sino de la configuración específica de los niveles del todo social y, al mismo tiempo, distingue esta

65 Nicos Poulantzas, *Estado, Poder*... op. cit., p. 36.

determinación estructural de la voluntad y de la posición que los agentes asumen en una determinada coyuntura. Ni subjetivista, ni voluntarista, ni economicista, el concepto poulantziano de clase social rompe con algunas definiciones tradicionales en el marxismo, como la de la *clase en sí* y *clase para sí* de Lukács, de indudables raíces hegelianas. Si a primera vista puede parecer que el esquema de Poulantzas de determinación y posición de clase repite o reconfigura esa otra definición, sucede todo lo contrario. Mientras que Lukács contrapone la situación económica de la clase o su determinación objetiva (únicamente) por el proceso de producción (la *clase en sí*) a la "conciencia de clase" y la organización política autónoma en la lucha de clases (*clase para sí*), Poulantzas sostiene que la determinación de clase comprende el conjunto de los niveles estructurales (tanto lo económico como lo político y lo ideológico) y que la propia noción de clase social envuelve la de lucha de clases (como ya se dijo, no hay clases sin –o antes de la– lucha de clases). La lucha de clases no se despliega, entonces, solo a nivel político o ideológico, sobre una realidad de clase preexistente, cuando existen una organización política autónoma y una "conciencia de clase" propias. Aunque estas no tengan lugar en una coyuntura, la lucha de clase se sigue desplegando en todos los dominios de la realidad social.

La distinción entre determinación y posición de clase le permite a Poulantzas hacer hincapié en la idea de que no es posible establecer *a priori* qué clases existen en una formación social

dada, sino solo en una coyuntura particular, a la que define como el lugar en el que se concentra la *situación concreta* de la lucha de clases[66]. Para aclarar esto, quizás sea útil revisar la diferencia entre formación social y modo de producción. El concepto de modo de producción es un objeto abstracto-formal que no existe más que representado en formaciones sociales históricamente determinadas: por ejemplo, Francia o Alemania en tal o cual momento de su proceso histórico. Una formación social está constituida por la articulación de diferentes modos (y formas) de producción, de los cuales uno es *dominante*: en las formaciones sociales capitalistas, el modo de producción capitalista domina. Esa articulación no es la simple concretización de modos de producción "puros"; más bien, es el anudamiento específico de formas siempre singulares de existencia de esos modos de producción en su vinculación en conjunto. Cada modo de producción "implica *dos clases*, presentes ya en el conjunto de su determinación económica, política e ideológica: la clase explotadora, política e ideológicamente dominante, y la clase explotada, política e ideológicamente dominada; amos y esclavos (modo de producción esclavista); señores y siervos (modo de producción feudal); patronos y obreros (modo de producción capitalista)"[67]. Sin embargo, una sociedad concreta, es decir, una formación social determinada, implica más de dos clases en la medida en

66 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*... op. cit., p. 13.

67 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 23.

que supone varios modos y formas de producción. A nivel de la formación social, el análisis de las clases se complejiza ya que no es posible *deducir* del conjunto de modos de producción que la constituye la existencia de unas clases sociales *puras*. Si una formación social combina, por ejemplo, elementos del modo de producción feudal, de la forma de producción mercantil y la manufactura, y del modo de producción capitalista en su fase monopolista, no se puede derivar directamente de eso la existencia de amos y siervos, burgueses y obreros. Porque la lucha de clases en su existencia concreta produce variaciones en estos términos: las distintas clases establecen alianzas, se polarizan, se convierten en fuerzas sociales autónomas, etc. Pero, además, entender el juego de las clases sociales en una formación social supone entender las relaciones que las clases de esa formación mantienen con las clases de las demás formaciones sociales con las que se vinculan (el problema de la *cadena imperialista*, en los términos de Poulantzas).

Al mismo tiempo, Poulantzas sostiene aquella distinción para subrayar que las posiciones que una clase, o bien o una capa o fracción de clase, asume en una coyuntura, no disuelve su determinación de clase. En otras palabras, las alianzas que una clase establece en una situación particular no borran su carácter de clase, o el lugar específico que una clase ocupa en las relaciones económicas, ideológicas y políticas. Todas las alianzas son precarias e inestables porque suponen un equilibrio inestable de

fuerzas, una negociación constante entre intereses contradictorios e incluso antagónicos. Si no es posible saber de antemano qué clases existen en una formación social dada, tampoco se puede definir más que *en* la propia lucha en qué terrenos y bajo qué formas se despliega la lucha de clases.

II. Hegemonía y alianzas en el Estado

Como lugar en el que se condensan y materializan las contradicciones de una sociedad el Estado es el escenario privilegiado de la lucha de clases en la transformación o conservación de una formación social. Poulantzas especifica aquella función general del Estado –que comentamos en el capítulo anterior– al explicar cómo se configura su carácter de clase, incluso cuando el antagonismo de clase no parece estar reflejado en sus estructuras, y cómo contribuye a la reproducción de las relaciones sociales. Poulantzas señala, en primer lugar, que el Estado capitalista no representa directamente los intereses económicos de las clases y fracciones dominantes sino sus intereses políticos: es el centro del poder político de estas clases y tiene por función su organización política. La función organizadora del Estado es fundamental para la burguesía, en la medida en que no se trata de una clase políticamente homogénea. Al contrario, está constituida por capitales individuales en competencia, que están profundamente fraccionados entre sí. Asimismo, como ya sugerían los clásicos del marxismo, para volverse clase dominante la burguesía nece-

sita del consenso de las demás clases: no puede dominar solo a través de la fuerza y la coacción. En esto, la mediación del Estado resulta elemental. Para Poulantzas, la burguesía solo puede constituirse en clase dominante a través del Estado; o lo que es lo mismo, no es dominante antes de su organización política en el Estado.

El poder político institucionalizado en el Estado aparece, entonces, como un *equilibrio inestable de compromisos* (en términos gramscianos) porque, aunque corresponde a un dominio hegemónico de clase, debe tener en cuenta los intereses de algunas clases dominadas y de las propias clases dominantes, que están en constante tensión. El campo de fuerzas en el que se sostiene el Estado no crea un equilibrio permanente sino móvil, que depende de cada coyuntura. Más que el monopolio exclusivo de una clase o una fracción determinada el Estado es, así, un campo relacional fundado en aquel equilibrio inestable de compromisos entre fuerzas de clase. Poulantzas explica, además, que la autonomía específica de lo económico y lo político en el capitalismo supone la posibilidad de una política "social" del Estado y de sacrificios económicos en provecho de ciertas clases dominadas, según el balance específico de fuerzas; pero que esa misma autonomía del poder político institucionalizado es "lo que permite a veces atacar el poder económico de las clases dominantes, sin llegar nunca a amenazar su poder político"[68]. Lo que no significa

68 Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales*... op.cit., p. 245.

que para Poulantzas todas las conquistas sociales que emergen de las luchas populares sean, en definitiva, una herramienta de desorganización política o de dominación. En todo caso, para Poulantzas se trata de una posibilidad inscrita en las estructuras del Estado capitalista –por la autonomía relativa de sus instancias y de las distintas prácticas– que va a depender de la configuración de las fuerzas en cada coyuntura y de las estrategias que se adopten.

Aunque la lucha de clases esté ausente de las estructuras del Estado, o se la intente ocultar en su funcionamiento, para Poulantzas el Estado capitalista es un Estado con *dirección hegemónica* de clase. Esto es, un Estado en el que las clases y fracciones dominantes constituyen (con más o menos éxito, con más o menos resistencia) su propio interés como si representara el interés general del pueblo-nación. En los términos de Poulantzas, su contradicción principal está en que "se presenta como un Estado de la clase burguesa, subentendiendo que todo el "pueblo" forma parte de esa clase"[69]; es decir, en que a pesar de funcionar organizando políticamente a aquellas, aparece como organizador de una sociedad no dividida en clases. El término hegemonía reviste aquí un significado particular, diferente del que le dio Gramsci en sus *Cuadernos*: mientras que él lo aplicaba a la estrategia de la clase obrera y al Estado, Poulantzas lo circunscribe a determinadas "prácticas políticas de las clases dominantes en

69 *Ibíd*, p. 240.

las formaciones capitalistas desarrolladas"[70]. Es un concepto que pertenece al campo de la lucha de clases y la estrategia política, de modo que no es aplicable al Estado en cuanto tal sino a las clases que ocupan los lugares de dirigencia en él. Esta noción tiene dos sentidos para Poulantzas: por un lado, indica el proceso de "constitución de los intereses políticos de las clases sociales en su relación con el Estado capitalista, como representantes del "interés general" del cuerpo político que es el "pueblo-nación" y que tiene como sustrato el efecto de aislamiento en lo económico"[71]. Es decir, que se refiere a la característica mencionada en el capítulo anterior de representación de las relaciones sociales tal como se muestran atomizadas y fragmentadas en el nivel económico. Por otro lado, denota las relaciones que mantienen las clases dominantes en el seno del Estado capitalista en lo que Poulantzas denomina *bloque en el poder*. Se trata de una relación orgánica a largo plazo, de una unidad contradictoria entre diferentes clases y fracciones dominantes en la que una predomina y polariza los intereses de las demás. La clase hegemónica es, por lo tanto, la que concentra en el nivel político "la doble función de representar el interés general del pueblo-nación y de detentar un dominio específico entre las clases y fracciones dominantes" en el seno del Estado capitalista[72]. La lógica de la

70 *Ibíd*, p. 173.

71 *Ibíd*, p. 173.

72 *Ibíd*, p. 175.

hegemonía es, de esta manera, una lógica política que se vuelve posible por las estructuras de lo político en el capitalismo y que, para Poulantzas, solo designa las prácticas de las clases y de las fracciones dominantes, pero no de las clases dominadas.

Con esto, Poulantzas se diferencia de una tradición gramsciana que planteaba como la estrategia revolucionaria del proletariado la construcción de una hegemonía que pudiera competir y contrarrestar la hegemonía burguesa, antes de la toma del poder del Estado. En un mismo movimiento, Poulantzas critica las posiciones culturalistas de la hegemonía que la conciben como una imposición de la propia concepción ideológica del mundo y las posiciones reformistas que retoman los planteos gramscianos de la hegemonía, pero abandonan la tesis de la toma del poder del Estado en favor de una construcción gradual de la hegemonía de la clase obrera en las instituciones de la sociedad civil. Poulantzas refuerza, en cambio, la noción de hegemonía como la forma particular de dominación burguesa en las sociedades capitalistas avanzadas y considera que la transformación radical del Estado es un momento necesario de la destrucción de aquella hegemonía en la medida en que las estructuras estatales son el punto nodal de constitución de la lógica hegemónica.

El Estado capitalista hace posible, entonces, la unificación del poder político bajo un bloque en el poder, que está compuesto de distintas clases, capas y fracciones dominantes. El Estado opera como la instancia, formalmente separada de estas fraccio-

nes de clase, que organiza la cohesión y la capacidad de acción política de un bloque en el poder marcado por contradicciones internas y por relaciones de hegemonía. Al diferir los intereses de cada una de las clases y fracciones del bloque en el poder, éstas no coexisten en una unidad armónica sino en una unidad contradictoria regida por la fracción hegemónica. Esto no implica, sin embargo, que las clases y fracciones dominantes se *fusionen* en esa unidad y que sus contradicciones se esfumen, porque sus intereses divergentes conservan su carácter antagónico aun en esa alianza (lo que Poulantzas remarcaba con la diferencia entre determinación y posición de clase). La rivalidad y la lucha están allí siempre presentes y deben ser manejadas a través del liderazgo de aquella fracción hegemónica. En este punto, Poulantzas discute con la tesis del capitalismo monopolista de Estado (defendida por varios partidos comunistas en la época), que afirma que este es un instrumento del capital monopólico en la fase imperialista del capitalismo. De acuerdo con Poulantzas, si bien la fracción hegemónica en esta fase corresponde efectivamente a los intereses del capital monopolista, la dominación política en el Estado capitalista es mucho más compleja puesto que el bloque en el poder se compone también de otras fracciones de clase correspondientes a otros intereses capitalistas e incluso a otros modos de producción que coexisten en las formaciones sociales capitalistas. No existe, entonces, una fusión entre el Estado y

el capital monopolista; las contradicciones de clase atraviesan siempre al bloque en el poder.

Así, existen para Poulantzas dos tipos de hegemonía concentrados en la misma clase o fracción: uno que se ejerce sobre las clases y las fracciones dominantes (bloque en el poder) y otro que se ejerce sobre el conjunto de la formación social (pueblo-nación). Esta diferencia constituiría, por consiguiente, la línea de demarcación de los lugares de dominio y de subordinación que ocupan las clases sociales en una formación social. En cuanto al bloque en el poder, el interés general que la fracción hegemónica representa respecto de las clases dominantes reposaría, en último análisis, en el lugar de explotación que ocupan en el proceso de producción. Mientras que en el caso de las clases dominadas y en general del conjunto de la sociedad, esa hegemonía dependería de su función ideológica, es decir, de cómo logra representar su interés propio como el interés general del pueblo-nación. Ahora bien, el éxito de esta representación no está garantizado, sino que requiere de una continua negociación de intereses en un equilibrio inestable de compromisos y concesiones materiales a las clases dominadas. De esta manera, la hegemonía opera para Poulantzas a través de la capacidad de la clase o de la fracción hegemónica para presentar sus intereses y objetivos particulares como los únicos compatibles con el funcionamiento del todo social, como aquellos que vuelven posible la realización de los objetivos universales del conjunto del pueblo-nación.

El bloque en el poder no es un conjunto monolítico que posee y maneja el aparato del Estado de manera racional, planificada y sin conflictos, puesto que está conformado por diferentes fracciones de clase con intereses divergentes y en competencia. Sin embargo, este aspecto caótico del Estado no aparece como tal: esa diversidad se materializa en instituciones que cuentan con una unidad propia. Las distintas ramas y órganos del Estado (desde las oficinas gubernamentales y los "poderes" ejecutivo, legislativo y judicial hasta los aparatos represivos e ideológicos), con frecuencia *cristalizan* el poder de esta o aquella fracción del bloque en el poder. Las relaciones que mantienen entre sí las clases y fracciones dominantes no son igualitarias: no hay en el Estado capitalista un reparto equivalente del poder político entre ellas, y menos aún entre ellas y las clases dominadas. A diferencia de las perspectivas pluralistas del poder político, en las que este aparece parcelado en una multiplicidad de contrapoderes, de grupos de veto y de centros de decisión que vuelven irrelevante la idea de una dominación política, para Poulantzas el Estado presenta una cohesión interna específica que se organiza a partir del predominio de una rama, aparato u órgano del Estado sobre los demás. El proceso por el cual se establece el interés político general del bloque en el poder (unificando a las clases y fracciones dominantes) y se preserva la legitimidad de la dominación de clase es, de esta manera, el resultado de un proceso contradictorio.

Ahora bien, si cada rama y aparato del Estado condensa el poder político de una clase o de una fracción determinada, ¿cómo es posible que este se presente como el Estado del conjunto del pueblo-nación? La respuesta de Poulantzas se articula en torno a la noción de *autonomía relativa*, que ocupa una posición central en su teoría. Para Poulantzas las clases sociales no son exteriores al Estado: este no es una instancia exterior a las clases sobre las que estas construirían su dominio, ni una herramienta neutral manipulada a voluntad por las clases dominantes. En cambio, el Estado representa y organiza el interés político a largo plazo del bloque en el poder, en su relación conflictiva tanto entre las distintas clases y fracciones que lo componen como respecto de las demás clases sociales. Este papel concierne al conjunto de sus aparatos y ramas, aunque en distintos grados y bajo diferentes formas. No obstante, como observa el autor, si el Estado puede cumplir ese papel es en la medida en que posee una autonomía relativa con respecto a tales o cuales intereses particulares, es decir, con respecto a tal o cual fracción o clase del bloque en el poder.

Si bien en el modo de producción capitalista, "lo político y lo económico son inescindibles", ya que "es su vínculo singular el que constituye las relaciones de producción y de reproducción"[73], este vínculo está caracterizado por una autonomía

73 Aurora Romero y Pedro Sosa, "Poulantzas y el Estado. La materialidad estatal en la tensión entre estructuras y relaciones de poder", en VVAA, Emmanuel Biset y Roque Farrán (comps.), *Estado: Perspectivas posfundacionales*, Buenos Aires, Prometeo, 2017, p. 205.

relativa específica[74]. Las relaciones de producción propias del capitalismo solo pueden ser establecidas y garantizadas por una autoridad que esté desvinculada del proceso inmediato de valorización capitalista: es decir, por el Estado. Así, este está constituido por una cierta distancia respecto de las fracciones de capital (nacional, extranjero, bancario, monopolista, etc.) o, lo que es lo mismo, no representa directamente ninguno de estos intereses económicos (ni tampoco su sumatoria) sino que organiza y representa el interés político del conjunto de aquellas fracciones de clase burguesa (la clase dominante en el modo de producción capitalista), bajo la hegemonía de una de ellas. Por eso Poulantzas señala que esta autonomía propia del Estado capitalista "remite a la materialidad de este Estado en su separación relativa de las relaciones de producción, y a la especificidad de las clases y de la lucha de clases bajo el capitalismo que esa separación implica"[75]. Un Estado explícitamente ligado a los intereses de

74 A grandes rasgos, el término autonomía relativa aparece en la teoría poulantziana en tres niveles teóricos. Por un lado, hace referencia a las relaciones entre los distintos niveles o *estructuras regionales* (en los términos del autor) del todo social y a la posibilidad de producir una teoría regional de cada una de ellas dentro de la teoría particular de cada modo de producción. Esta formulación ya se encontraba en Althusser como una exigencia epistemológica: solo si se atribuye formalmente una relativa autonomía a las instancias del todo social se vuelve posible fijarlas como objetos teóricos diferenciados y elaborar los conceptos referentes a ellas. Por otro lado, indica la forma específica que asumen las relaciones entre lo económico y lo político en el modo de producción capitalista: aquí la autonomía relativa se deriva de la separación de los productores directos de los objetos y medios de trabajo que caracteriza al capitalismo y a la configuración específica de las relaciones de producción que surgen de esa separación. Por último, alude a las relaciones entre el Estado y el bloque en el poder.

75 Nicos Poulantzas, *Estado, poder...* op. cit., p. 152-3.

ciertas fracciones de capital, que operara exclusivamente a su favor, sería insostenible: encontraría la oposición no solo de las clases dominadas sino también de otras fracciones del capital.

De esta manera, el Estado capitalista únicamente puede cumplir su función general de cohesión e integración social en tanto se reviste de una autonomía relativa respecto de los intereses económicos particulares. Para Poulantzas, este planteo ya se encontraba en los textos políticos de Marx a propósito del bonapartismo, que pondría en evidencia los rasgos teóricos constitutivos del tipo capitalista de Estado (por eso, lo caracterizaría como la *religión* de la burguesía). Así, en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte,* Marx indica, a propósito de la burguesía, que la república parlamentaria es "la condición inevitable para su dominación *en común*, la única forma de gobierno en que su interés general de clase podía someter a la par las pretensiones de sus distintas fracciones y las de las otras clases de la sociedad"[76]. Poulantzas traduce esta noción de bonapartismo en la tesis de que el Estado capitalista necesita revestirse de una autonomía relativa respecto de las clases y fracciones dominantes para realizar su interés político y para poder intervenir, según la coyuntura concreta, en contra de los intereses económicos de alguna de esas fracciones para asegurar el compromiso con las clases dominadas –que de una u otra manera terminaría resultando útil

76 Karl Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, p. 83.

incluso para aquellos mismos intereses económicos. La paradoja del Estado capitalista es que solamente al mantener la apariencia de neutralidad de clase puede el gobierno político ser ejercido como dominio de clase. La autonomía relativa es lo que le permite al Estado llevar a cabo el tipo de regulación política que permite garantizar la reproducción de las relaciones de clase.

Es preciso aclarar aquí una serie de malentendidos que pueden derivarse del término autonomía relativa; malentendidos que, de hecho, marcaron el célebre debate entre Poulantzas y Ralph Miliband[77]. El primero de ellos concierne a la noción de poder en la que se sostiene este término. Para Poulantzas el poder no es una cantidad determinada que se divida entre los distintos actores sociales, como si fuera una suma cero. Tampoco consiste

77 En 1969, un año después de la aparición de PPCS, Miliband publica en Londres *El Estado en la sociedad capitalista*, un ensayo sociológico, con importante documentación empírica, que aborda el problema del Estado en función de la realidad económica, política y cultural concreta de las sociedades capitalistas avanzadas. La publicación de la reseña crítica de esta obra que Poulantzas escribe para la *New Left Review* ese mismo año inicia un célebre debate entre esos dos autores, al que se sumaron los aportes de otros pensadores, como el argentino Ernesto Laclau. Un debate que se desarrolló a lo largo de siete años, desde 1969 hasta 1976. Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre...* op. cit.; Horacio Tarcus, "Estudio premilimar", en Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre...* op. cit., pp. 10-50; Clyde Barrow, "The Miliband-Poulantzas Debate: An Intellectual History", en Stanley Aronowitz y Peter Bratsis (eds.), *Paradigm Lost. State Theory Reconsidered*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1993, pp. 3-52; John Holloway y Sol Picciotto, *State and Capital. A marxist debate*, Londres, Edward Arnold, 1978; Bob Jessop, "Dialogue of the Deaf: Some Reflections on the Miliband-Poulantzas Debate", en Paul Wetherly, Clyde Barrow y Peter Burnham (eds.), *Class, Power and State in Capitalist Society: Essays on Ralph Miliband*, Palgrave, Basingstoke, 2007, pp. 132-157; Simon Clarke, *The State Debate*, Londres, Macmillan, 1991; Mabel Thwaites Rey, *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

en la idea según la cual “A presiona para obligar a B a hacer algo que no habría hecho sin la presión de A”[78]. En cambio, para Poulantzas el poder es una *relación* (desigual). A su vez, en la teoría poulantziana el Estado no es ni un instrumento manejado por las clases dominantes a su voluntad, ni un sujeto con poder propio que se relaciona de manera externa con las clases sociales. En este sentido, la noción de autonomía relativa no hace referencia a un poder propio del Estado que se enfrentaría con el poder de las clases dominantes, de modo que sería más o menos autónomo según cuanta influencia de las clases dominantes tenga en su seno. Tampoco se refiere al poder de un grupo de agentes en el Estado que lo controlarían de manera autónoma como si fuese un instrumento. Por el contrario, la autonomía relativa del Estado es para el teórico griego una resultante de las relaciones de poder entre las distintas clases sociales de las formaciones sociales capitalistas. “Al rechazar la aplicación del concepto de poder al aparato de Estado y a sus instituciones –escribe Poulantzas–, uno rechaza también explicar la autonomía relativa del Estado en términos de un grupo formado por los agentes del Estado y en términos del poder específico de este grupo”[79], ya sea la capa de la burocracia estatal, las élites políticas o cualquier otro grupo. Como la autonomía relativa hace referencia a la relación entre el Estado y las clases dominantes en las formaciones so-

78 Nicos Poulantzas, “El Estado capitalista: una réplica... op. cit., p. 169.

79 *Ibíd*, p. 169.

ciales capitalistas, y el Estado es la condensación material de la lucha de clases en una formación social dada, no es posible determinar de manera general y para todos los casos qué formas adquiere esa autonomía. Dentro de los límites generales que la teoría marxista del Estado establece a esa autonomía, porque el Estado capitalista solo puede corresponder (a largo plazo) a los intereses políticos de la(s) clase(s) dominante(s),

> el grado, la medida, las formas, etc. (*en qué medida* es relativo, y *cómo* es relativo), de la autonomía relativa del Estado pueden ser examinados únicamente [...] con referencia a un Estado capitalista dado y a la *coyuntura* precisa de la lucha de clases correspondiente (la configuración específica del bloque en el poder, el grado de hegemonía dentro de este bloque, las relaciones entre la burguesía y sus diferentes facciones, por una parte, y las clases trabajadoras y las de apoyo, por otra, etc.)[80].

Ni simple mecanismo estructural, ni mera expresión directa de los intereses económico-corporativos de una clase, la autonomía relativa del Estado remite para Poulantzas al campo complejo y variable de la lucha de clases en las formaciones sociales históricamente determinadas.

Un segundo malentendido está vinculado, no ya con el concepto de poder, si no con la propia noción de clase social. Una de las críticas que Poulantzas dirige a Miliband tiene que ver con la

80 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 167.

manera en que este entiende a las clases sociales y a su relación con el Estado desde una concepción deudora de una "problemática del sujeto", según la cual los individuos autodeterminan sus prácticas, siendo estas el origen de todas las instituciones sociales; entre ellas, del Estado. En lugar de entender las clases sociales y el Estado "como *estructuras objetivas*, y sus relaciones como un *sistema objetivo de conexiones regulares*, como una estructura y un sistema cuyos agentes, "los hombres", son en palabras de Marx "portadores" (*träger*) de la misma"[81], Miliband caería en un *subjetivismo* al tomar como punto de partida de sus análisis sobre el carácter capitalista del Estado a los agentes que ocupan sus estructuras. Lo que conduciría, según el teórico griego, no a las coordenadas objetivas de la lucha de clase "sino a la búsqueda de explicaciones *finalistas* basadas en las *motivaciones de la conducta* de los actores individuales"[82]. Esta comprensión llevaría a entender al Estado en términos instrumentales, en la medida en que estaría bajo el control externo de un grupo de agentes (las élites económicas y políticas que Miliband analiza en su libro). Justamente, esa presencia sería lo que vuelve capitalista a este Estado. Aunque tanto Miliband como Poulantzas intentan pensar la posibilidad de una transición al socialismo en los países del capitalismo avanzado, su distancia es abismal

81 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, "El problema del Estado capitalista", en Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre*... op. cit., p. 77.

82 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 78.

porque los separan diferencias epistemológicas y metodológicas fundamentales. Sin entrar en esta cuestión[83], nos interesa señalar las consecuencias políticas que se siguen de aquel enfoque, así como lo que permite pensar en términos estratégicos la tesis poulantziana de la autonomía relativa del Estado.

Si el Estado es una herramienta neutral, como supone la concepción "subjetivista" de Miliband, cuya orientación política

83 En efecto, más que en la naturaleza propia del Estado, la disputa entre estos dos autores se concentró en una discusión epistemológica en torno al método más adecuado para darle un soporte riguroso a las investigaciones sobre lo político y sobre las luchas en desarrollo en esa época. Miliband aseguraba que la estructura conceptual de la teoría política marxista ya había sido elaborada por los clásicos, de manera que no era necesario reformularla sino realizar un estudio histórico comparativo a partir de Estados existentes en el capitalismo avanzado que diera contenido concreto a esas tesis. Poulantzas, por el contrario, cercano a Althusser, insistía en la importancia de la producción de conceptos, pues consideraba que la teoría marxista no se ocupa de objetos reales y concretos (o de hechos) sino de objetos formales-abstractos (o de conceptos). Por eso, pretendía construir teóricamente la noción de Estado capitalista como parte de la teoría particular del modo de producción capitalista. Desde el comienzo, Poulantzas enfocó el debate en el problema del método en la teoría política marxista. Por lo cual, una de las críticas al libro de Miliband era que en ningún momento trataba la teoría marxista del Estado como tal, sino que atacaba concepciones burguesas del Estado y del poder político acomodando rigurosamente datos empíricos para combatir las afirmaciones de la ideología liberal pluralista-democrática. De manera que el texto de Miliband funcionaría como una crítica ideológica que desmitificaría las pretensiones de la ciencia social burguesa, pero que no elaboraría propiamente hablando la teoría marxista del Estado. Para Poulantzas no es suficiente yuxtaponer hechos empíricos contra conceptos teóricos; más bien, los conceptos de la ciencia social burguesa deben ser desplazados en un nivel filosófico y teórico por otros conceptos situados en una problemática diferente, en tanto aquellos hechos solo se vuelven concretos al tener un nuevo significado conferido por su lugar en una teoría alternativa. De acuerdo con esto, la construcción teórica debe preceder la crítica ideológica por dos razones: por un lado, porque la segunda emplea conceptos teóricos del adversario ideológico, legitimándolos y permitiendo que persistan a pesar de exponer su inconsistencia con la realidad empírica; por otro lado, porque existe un riesgo de contaminar subrepticiamente los propios conceptos con los principios epistemológicos del adversario al colocarse en su terreno.

depende únicamente del uso que se hace de ella, pierde toda autonomía. Esto no solo implica descuidar su propia materialidad. Además, el Estado pierde su pertinencia política al ser considerado como un instrumento que puede cambiar de acuerdo con qué grupos y clases sociales lo manejen. La definición instrumentalista del Estado, que borra la autonomía relativa en virtud de la cual este puede construir hegemonía, conduce a errores en cuanto a la estrategia para una transición al socialismo porque implica que esa misma herramienta (aunque con algunas modificaciones secundarias) podría utilizarse de otro modo por la clase obrera para alentar esa transición. Frente a esto, Poulantzas insiste en la distinción que Lenin señalaba entre aparato de Estado y poder de Estado. El primero hace referencia a la armazón material propia del Estado, mientras que el segundo se refiere al poder de la clase o fracción dominante en su seno (es decir, al bloque en el poder). Si el primero se redujera al segundo, si el Estado no fuera más que una dictadura de clase o un aparato de dominación de arriba abajo por las clases dominantes, entonces no se entendería el problema central que los clásicos del marxismo han formulado respecto de su "naturaleza de clase", a saber: "¿por qué la burguesía ha recurrido generalmente, para los fines de su dominación, a este Estado nacional-popular, a este Estado representativo moderno con sus instituciones propias, y no a otro?"[84]. No solo existen una serie de funciones (como la segu-

84 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 7.

ridad social) que no se pueden reducir de ninguna manera a la simple y llana dominación política. Tampoco se puede pensar el Estado sin la presencia de las clases dominadas en su seno, como si estas existiesen por fuera o por debajo suyo. El desafío que impone a una teoría del Estado la noción de autonomía relativa es, además de escapar de las clásicas topologías de dentro/fuera o base/superestructura, comprender el vínculo con las clases populares en el que este se sostiene y sin el cual todo el conjunto se desmoronaría. De manera que un cambio en el poder del Estado, a través del cual las clases populares se conviertan en clases gobernantes, no basta para dar lugar a una transición al socialismo. Un proceso de este tipo requeriría *quebrar* la unidad que define a la propia formación social de la que el Estado es una condensación material y transformar radicalmente sus aparatos que, a su vez, cristalizan relaciones de clase.

Finalmente, un tercer malentendido se relaciona con la distinción conceptual que Poulantzas, en PPCS, establece entre el campo de las prácticas (o de las relaciones sociales) y el de las estructuras. Se ha pensado de forma rígida esta distinción, como si supusiera dos niveles ontológicos diferenciados. Tal es el caso de Miliband, quien sostiene que el énfasis excesivo del teórico griego en el "momento estructural" de esa tensión entre estructuras y prácticas lo llevarían a un *superdeterminismo estructural* porque las fuerzas estructurales del sistema serían tan determinantes que convertirían a los miembros del Estado en

meros funcionarios ejecutores de la política que el sistema les impone[85]. Miliband devuelve a Poulantzas, por lo tanto, la crítica del instrumentalismo: este determinismo llevaría al pensador griego a un rodeo teórico en el que el Estado no es "manipulado" por la clase dominante para que cumpla sus órdenes si no que las lleva a cabo automáticamente debido a las relaciones objetivas que impone el sistema.

La autonomía relativa enlaza en la teoría de Poulantzas los conceptos referidos a las prácticas (o a las relaciones sociales) y los referidos a las estructuras, que funcionan como en un juego de espejos, en el que "la estructura debe definirse como un *sistema de relaciones*, al mismo tiempo que el ámbito de las relaciones debe entenderse como un *sistema estructurado*"[86]. La determinación estructural de las relaciones sociales es evidente en la propia noción de clase social con la que trabaja Poulantzas. El otro aspecto de esta tensión entre estructuras y prácticas, el de la posibilidad de una cierta intervención de las prácticas de clase sobre las estructuras, a menudo es pasado por alto. En PPCS, el teórico marxista sostiene que la matriz del modo de producción delimita el campo en el que se despliegan las prácticas de clase. Estas operarían, por lo tanto, en un espacio definido por la autonomización relativa de las instancias, por la eficacia propia de

85 Ralph Miliband, "Réplica a Nicos Poulantzas", en Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre*... op. cit.

86 El resaltado es de los autores. Aurora Romero y Pedro Sosa, "Poulantzas y el Estado... op. cit., p. 197.

cada una de ellas en el todo social y por el carácter determinante en última instancia de lo económico. Sin embargo, las prácticas de clase no se pueden reducir a las contradicciones entre las distintas instancias. El énfasis de Poulantzas en el momento estructural solamente indica que esta zona de indeterminación donde se juegan las prácticas de clase no está definida por una contingencia radical, puesto que la reproducción funcional del sistema lleva a que, mientras se trate del modo de producción capitalista (dominante en formaciones sociales capitalistas), la dominación de clase sea garantizada. En ese sentido, "*el margen de autonomía* de las prácticas, de las relaciones sociales, su capacidad de *afectar* a las estructuras, son, ellos mismos, *efectos* de las estructuras"[87]. Las clases sociales no se constituyen solamente por su determinación estructural sino por los efectos que producen en estas mismas estructuras como fuerzas sociales específicas en la coyuntura. Son las relaciones de poder las que le otorgan un carácter incierto o indeterminado al campo limitado estructuralmente de las prácticas de clase.

Como la capacidad de cada clase social para realizar sus intereses objetivos (es decir, su poder) está en tensión con la capacidad de las otras clases, la acción de estas fuerzas sociales se despliega en el campo complejo y variable de las relaciones de poder. El cálculo estratégico de cada una de ellas en una coyuntura singular está afectado por la estrategia que las

87 El resaltado es de los autores. *Ibíd*, p. 197.

demás despliegan. De ahí la importancia que el teórico griego le otorga a la práctica política como el "punto nodal del proceso de transformación"[88] de una formación social, en la medida en que condensa las contradicciones de las demás prácticas de clase y en que tiene como objetivo al Estado en tanto factor de cohesión del todo social. El Estado es aquí a la vez un conjunto de estructuras y un campo estratégico de continuas negociaciones, alianzas, rupturas y tensiones entre las fuerzas de clase en el que la dominación política no se encuentra nunca del todo establecida. La tensión entre necesidad y contingencia, o entre determinación e indeterminación causal, que atraviesa toda la obra de Poulantzas encuentra en la noción de autonomía relativa cierta legibilidad porque se sitúa *entre* esos dos polos que a menudo aparecen como opuestos en el pensamiento político. Si el Estado capitalista se encuentra inextricablemente ligado con el proceso de producción capitalista, necesariamente reproduce la dominación política, ideológica y económica de la burguesía, más allá del carácter específico que esa dominación tenga en cada formación social. Pero esto no quiere decir que en el análisis de Poulantzas la lucha de clases funcione solo como "un ballet de sombras evanescentes excesivamente formalizado" al que no se le concede ningún papel relevante, como sostiene Miliband[89]. Aunque la autonomía relativa asegure la estabilidad de

88 Nicos Poulantzas, *Poder político*... op. cit., p. 88.

89 Ralph Miliband, "Poulantzas y el Estado capitalista", en Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre*... op. cit., p. 110.

las estructuras del Estado al establecer un límite a la acción de las clases sociales en ellas, esa frontera no está trazada de una vez por todas. Más bien, se trata de un límite histórico producto de la lucha de clases; un límite formado por el encuentro entre las diferentes prácticas de clase que se ha cristalizado de un modo determinado a lo largo del tiempo, pero que puede ser transformado. En otras palabras, estructura y coyuntura son para Poulantzas "dos caras de una misma moneda, dos modos de leer una misma realidad hecha de relaciones y de encuentros, de necesidad y contingencia"[90].

IV. Coyuntura y tiempo histórico

La autonomía relativa se sitúa, entonces, en aquella tensión entre estructura y coyuntura evitando caer en un dualismo, para pensar la posibilidad y los límites de la intervención de las fuerzas sociales en una formación social, en vistas de su conservación o de su transformación. Aparece aquí un problema clave en la tradición materialista de corte althusseriano, que es el del *tiempo histórico*. Si se trata de pensar *entre* para escapar de las dicotomías clásicas (como las de esencia/fenómeno y necesidad/contingencia), no tendría sentido postular la existencia de algo así como dos tiempos: el tiempo estático y lento de las estructuras y el tiempo fugaz y pleno de la coyuntura. Se hace preciso aquí, otra vez, un rodeo por Althusser y su comprensión del

90 Vittorio Morfino, *El materialismo de Althusser*, Santiago de Chile, Palinodia, 2014, p. 7.

materialismo histórico. Uno de sus aportes más significativos en *Para leer El Capital* es su insistencia en elaborar un concepto de tiempo histórico adecuado a la teoría de las formaciones sociales o a la ciencia de la historia que Marx produjo. Como en la tópica marxista la sociedad no aparece como una totalidad uniforme y centralizada, sino como un sistema de instancias sin centro cuya relación conflictiva las constituye en tanto tales, la unidad compleja del todo social requiere un nuevo concepto de tiempo diferente del tiempo hegeliano. Mientras que este último estaría fundado sobre la idea de contemporaneidad y de sucesión, de manera que la historia aparecería como un devenir lineal simple, Althusser se propone construir el concepto específico de tiempo marxista desde la noción de una “no contemporaneidad estructural, donde por estructural se entiende el rechazo de un tiempo fundamental respecto al cual los otros tiempos estarían adelantados o atrasados”[91]. Althusser piensa, así, un concepto de historia que pueda dar cuenta de la especificidad de cada formación social, en la que las distintas instancias tienen un desarrollo desigual, fruto de su especificidad, de su autonomía relativa y de su eficacia propia. En cada formación social se articularían diferentes temporalidades (de las relaciones de producción, del Estado, de las producciones artísticas, de los desarrollos científicos, etc.), de manera que el tiempo específico que la singulariza no sería un tiempo unitario. “El tipo de existencia histórica de estos

91 *Ibíd*, p. 8.

niveles no es el mismo", advierte Althusser. Por eso, "a cada nivel debemos asignarle un *tiempo propio* relativamente autónomo, por lo tanto, relativamente independiente en su dependencia de los "tiempos" de los otros niveles"[92]. De este modo, no habría un tiempo central o una instancia central de la que se derivarían los demás tiempos, ni una yuxtaposición de diferentes temporalidades históricas: "no basta decir [...] que *hay* periodizaciones diferentes según diferentes tiempos, que cada tiempo posee sus ritmos, los unos lentos, los otros largos, también es necesario pensar estas diferencias, de ritmo y de cadencia en su fundamento, en el tipo de articulación, de desplazamiento, y de torsión que enlaza entre sí estos diferentes tiempos"[93].

Althusser discute aquí con una comprensión empírica de la historia como una periodización de acontecimientos vacíos sobre una misma línea temporal ("el simple tiempo de la continuidad"[94], como le llama). Comprensión sobre la que se sostienen conceptos como el de *subdesarrollo*, *retraso*, *desigualdad de desarrollo* y *sobrevivencia*, al igual que algunos problemas, como el de la acción del individuo en la historia, que tanto peso han tenido (y en alguna medida siguen teniendo) en las ciencias sociales. Para Althusser, la historia no es, entonces, una "ciencia de lo concreto" que deba recabar hechos empíricos, opuesta a la teoría

92 El resaltado es de Althusser. Louis Althusser, *Para leer*... op. cit., p. 108.

93 El resaltado es de Althusser. *Ibíd*, p. 111.

94 *Ibíd*, p. 114.

"abstracta" de la historia. Más bien, de lo que se trata para el autor es de producir un concepto de historia diferencial a partir del cual se puedan conocer las relaciones de articulación y de dependencia de los distintos elementos del todo social que conforman un sistema, un todo orgánico. Conviene citar completo el pasaje de *Para leer El Capital* donde se condensa esta concepción del tiempo histórico:

> el sentido último del lenguaje metafórico del retraso, del adelanto, etc., debe ser buscado en la estructura del todo, en el lugar propio a tal o cual elemento, propio a tal nivel estructural en la complejidad del todo. Hablar de temporalidad histórica diferencial es, pues, obligarse absolutamente a situar *el lugar* y a pensar en su propia articulación *la función* de tal elemento o de tal nivel en la configuración actual del todo; es determinar la relación de articulación de este elemento en función de los otros elementos, de esta estructura en función de otras estructuras, es obligarse a definir lo que ha sido llamado su *sobre-determinación* […], es obligarse a definir lo que, en otras palabras, podríamos llamar el *índice de determinación, el índice de eficacia* en el cual el elemento o la estructura en cuestión están actualmente afectados en la estructura de conjunto del todo. Por *índice de eficacia* podemos entender el carácter de determinación más o menos dominante o subordinado, por lo tanto, siempre más o menos "paradójico", de un elemento o de una estructura dada, en el mecanismo actual del todo. Y esto no es otra cosa que la teoría de la coyuntura, indispensable para la teoría de la historia[95].

95 El resaltado es de Althusser. *Ibíd*, p. 117.

Lo que el concepto de historia diferencial permite observar, por lo tanto, son las relaciones que mantienen las distintas instancias del todo complejo con predominio en su sobredeterminación que son las que definen el *momento actual* de una formación social dada. Por eso el problema del tiempo histórico es, asimismo, el problema de la coyuntura: porque de lo que se trata es de explicar cómo en la estructura de una sociedad determinada coexisten simultáneamente y se sostienen mutuamente las relaciones entre todas las instancias. Pues, solamente entendiendo cómo se articulan es posible plantear una intervención que pueda transformar esa unidad que conforman en conjunto. Dicho de otra manera, ver por donde pasa el punto nodal de su entrelazamiento es una condición necesaria (aunque no suficiente) para quebrar su unidad.

No sería otra cosa lo que Lenin plantea, con fines prácticos, en sus textos sobre la revolución rusa de 1917 donde analiza la estructura de la coyuntura en la que se produjo la situación revolucionaria en la que coexistían múltiples contradicciones y temporalidades heterogéneas que convertían a la Rusia zarista en el *eslabón más débil* de la cadena imperialista, es decir, del conjunto de las formaciones sociales. Contradicciones económicas, entre el grado de desarrollo de los métodos de producción capitalistas en las ciudades y el estado feudal del campo; al igual que políticas, debido a las guerras interimperiales y a la exacerbación de la lucha de clases en todo el país (con la presencia

de campesinos, pequeños nobles, grandes propietarios feudales, burgueses y obreros, entre otras fuerzas sociales); e ideológicas, debido al descontento de las masas campesinas ante su situación de explotación, a lo que se sumaba la formación "avanzada" de los líderes revolucionarios rusos que, en el exilio, recogieron la herencia de la experiencia política de las clases obreras de la Europa occidental y la transmitieron a las masas obreras rusas[96]. Estas condiciones de existencia de la formación social rusa, con su temporalidad plural, se fusionaron en una *unidad de ruptura* en su encuentro con la lucha de las masas populares, que lograron tensar a su favor esas circunstancias únicas y quebrar la articulación de contradicciones característica de la Rusia zarista. Así, la noción althusseriana de tiempo histórico como temporalidad plural

> permite pensar conjuntamente estructura y coyuntura, ya que la articulación de la temporalidad plural de la estructura se revela como coyuntura, las relaciones no son paralizadas por un instante temporal que las petrifica haciendo impensable el devenir sino como irrupción de un tiempo totalmente otro, el tiempo del mesías secularizado, de la revolución, sino que se manifiestan como constituidas por encuentros y prácticas, por tramas complejas que ofrecen a la *virtú* la ocasión de la acción política[97].

96 Louis Althusser, *La revolución teórica*... op. cit.

97 Vittorio Morfino, *El materialismo*... op. cit., p. 9.

Para volver al problema señalado al comienzo de este apartado, el de la relación entre estructura y coyuntura que atraviesa la noción poulantziana de autonomía relativa del Estado, aquella teoría de la temporalidad diferencial sitúa la contingencia en el corazón mismo de la estructura, que no es aquí otra cosa que el resultado de la trama compleja de elementos que tienen una historia propia. La coyuntura ya no aparece como contrapuesta a la estructura (la contingencia frente a la necesidad): si esta última no se entiende como algo estático e inmutable sino como una relación de fuerzas en continuo movimiento, la contingencia aparece en su propia constitución. En lugar de una distinción tajante entre las estructuras y las relaciones sociales, que presentarían el problema de la acción de los individuos en la estructura, la teoría de Poulantzas desplaza la discusión hacia el terreno de una ontología relacional. A diferencia del historicismo, que piensa aquella acción según una causalidad mecánica y cronológica o lineal, el teórico griego intenta pensar la simultaneidad de la relación respecto de los términos cuya existencia garantiza. No es que los individuos, como sujetos preexistentes al campo de poder en el que operan, actúen sobre unas estructuras ya constituidas en tanto tales; lo que hay, más bien, es un tipo de causalidad estructural (o de causa inmanente) en la que las fuerzas sociales –no los individuos en sentido estricto– afectan las estructuras en la medida en que están constituidas por ellas.

Tanto para Althusser con su concepto de tiempo histórico marxista, como para Poulantzas con la noción de autonomía relativa, lo que se intenta pensar es la estrategia política que puede intervenir de manera eficaz en la coyuntura para transformar las condiciones de existencia. En este punto, aparece el nombre de Maquiavelo, a quien Althusser presenta como el primer teórico de la coyuntura[98], aquel que se ha preguntado por la especificidad de la acción política, incluso antes que los clásicos del marxismo. Si bien en la teoría poulantziana prácticamente no se encuentran referencias explícitas a Maquiavelo, es posible hacer una lectura maquiaveliana de su manera de entender la coyuntura que se desprende de su proximidad con Althusser. La estrategia que las clases, presentes en la coyuntura como fuerzas sociales, despliegan está íntimamente afectada por la práctica política de las otras clases en presencia. El campo de las relaciones de poder es estrictamente relacional para Poulantzas: la capacidad de una clase social para realizar sus intereses, es decir, su horizonte de acción e intervención política (*virtú*) en lo imprevisto de la coyuntura (*fortuna*), está circunscrito por la capacidad de las demás clases y fuerzas sociales. Así, en su oposición estratégica de intereses, tienen que saber "leer" en el momento actual las posibilidades que se les ofrecen: qué alianzas es apropiado establecer, qué tipo de organización puede inclinar el balance de fuerzas a su favor, cómo implantar un enfrentamiento ideológico

98 Louis Althusser, *La soledad de*... op. cit.

eficaz, etc. El carácter singular de la coyuntura (la *ocasión*, en los términos de Maquiavelo) residiría en la manera en que las fuerzas sociales se comprometen en la lucha política disputándose el terreno conflictivo abierto por las determinaciones estructurales e irreductible a ellas.

Capítulo 3.

El Estado como relación social

I. La materialidad del Estado

Una de las tesis por las que más se ha popularizado la teoría poulantziana es la del Estado como relación social que, si bien estaba sugerida desde sus primeros textos –en la idea de que el Estado "no traduce al nivel político los "intereses" de las clases dominantes, *sino la relación de esos intereses con los de las clases dominadas*"[99]–, solo a partir de CSCA es enunciada explícitamente. La fórmula que Poulantzas usa es la siguiente: el Estado no debe ser pensado como una sustancia o como una entidad intrínseca sino, del mismo modo que el capital para Marx, "*como una relación, más exactamente como la condensación material de una relación de fuerzas entre clases y fracciones de clase, tal como se expresa, siempre de forma específica, en el seno del Estado*"[100]. Esta formulación del principio relacional que define al Estado capitalista le permite al teórico griego profundizar en su comprensión del vínculo entre Estado y lucha de clases en el capitalismo, que en el capítulo anterior definimos en términos de una relación de inmanencia. En efecto, si para Poulantzas es la naturaleza de clase del Estado la que debe ser explicada, es preciso evitar dos formas de abordar ese vínculo,

99 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado", *Hegemonía y dominación*.... op. cit., p. 50.

100 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 154.

que tienen en común el pensar la relación entre Estado y clases sociales como una relación de exterioridad: la del Estado entendido como "cosa" y la del Estado entendido como "sujeto". La primera es la concepción instrumentalista del Estado, que no le reconoce ninguna autonomía al pensarlo como un instrumento exclusivamente al servicio de una clase. A la inversa, la segunda le confiere un grado tan absoluto de autonomía al Estado, que este aparece como un sujeto con poder propio enfrentado a las clases. Si en la primera el Estado no desempeña ningún papel en la organización de la clase dominante o del bloque en el poder, en la segunda –en cambio– impone "su" política (la de la burocracia o la de las élites políticas) a la sociedad civil. Por el contrario, pensar al Estado como una *condensación material* de relaciones de fuerza entre clases supone que este no puede ser entendido como una entidad monolítica manejada por una sola clase (ni por un conjunto de clases de forma unilateral), ni como un sujeto con poder propio.

Lo que la tesis de Poulantzas subraya, entonces, son las *contradicciones internas* del Estado, el modo en que este está atravesado y constituido por las contradicciones y la lucha de clases –que, por lo tanto, no aparecen en un segundo momento sobre un Estado ya constituido, sino que tienen un papel esencial en su misma conformación. No basta con afirmar que las contradicciones de clase atraviesan al Estado, como si se tratase de una sustancia horadada por ellas, sino de asumir que estas con-

tradicciones de clase "están presentes en su armazón material, y estructuran así su organización: la política del Estado es el efecto de su funcionamiento en el seno del Estado"[101]. Ahora bien, siguiendo el hilo de lo comentado en los capítulos anteriores, puede surgir una inquietud: ¿cómo es posible que las contradicciones y la lucha de clases constituyan al Estado si es el Estado (y el conjunto de las estructuras económicas, ideológicas y políticas) el que circunscribe a las primeras? Se trata solo de una aparente paradoja ya que la teoría de Poulantzas se apoya, como ya sugerimos, en una ontología relacional.

Una lectura corriente de la obra de Poulantzas tiende a contraponer dos momentos de esta, encarnados en sus dos libros más conocidos: PPCS y EPS, su primer y su último libro sobre el Estado y el poder político en el capitalismo. Mientras que el primero se situaría en un momento "estructuralista", donde la tensión entre estructuras y prácticas se resolvería a favor del polo estructural, en el segundo se favorecería el polo relacional, porque se trataría de un momento en el que el autor asumiría posiciones "postestructuralistas". Sin embargo, el principio relacional atraviesa todos sus escritos. Sus principales conceptos (desde el poder y las clases sociales hasta su noción de Estado) se sostienen en la afirmación del primado de la relación sobre sus elementos. Es decir, en la tesis según la cual la relación no se trama entre dos (o más) términos preexistentes, sino que supone

101 *Ibíd*, p. 159.

la constitución de los elementos que se ponen en juego en la relación. Desde esta ontología relacional, no se trata de determinar cuál de los elementos es primigenio o cronológicamente anterior (como en la clásica paradoja de "la gallina o el huevo"); más bien, se trata de pensarlos en simultaneidad y de entender cómo se afectan y constituyen conjuntamente.

En el caso de la relación entre Estado y clases sociales, es la relación lo que prima y aquello que Poulantzas intenta esclarecer: no cada término por separado y sus conexiones exteriores. Asumir que el Estado es una condensación de relaciones contradictorias supone, entonces, no imaginarlo a distancia o por fuera de las luchas y de los poderes de clase. Si el Estado organiza políticamente en el bloque en el poder a las clases dominantes a la vez que desorganiza y polariza hacia los intereses de este bloque a las clases dominadas, es porque en la materialidad de sus aparatos están inscritas estas contradicciones, por paradójico que pueda parecer. Poulantzas advierte que no hay que subestimar la materialidad propia del Estado y que concebir al Estado en términos relacionales no implica que el Estado se agote simplemente en una relación. Una proposición que tiene consecuencias estratégicas relevantes, en la medida en que se seguiría de ello que es cambiando el poder del Estado o alterando el balance de fuerzas a favor de las clases dominadas que es posible una transformación del Estado y de la sociedad. Contrariamente, para Poulantzas el Estado presenta una opacidad y una resisten-

cia propias, en virtud de su materialidad. Por lo cual, un cambio en la relación de fuerza entre las clases no se traduce de forma directa e inmediata en el Estado: "se adapta a la materialidad de sus diversos aparatos y solo se cristaliza en el Estado bajo una forma refractada y diferencial según sus aparatos"[102].

Como un entramado institucional relativamente constante y consolidado en el tiempo, el Estado tiene una inercia específica que hace que sus procesos asuman una cierta temporalidad, distinta de la de otros procesos (como los económicos) y otras prácticas. Aunque Poulantzas no defina específicamente en términos procesuales al Estado, de su teoría se desprende la idea del Estado como un proceso, como "un conglomerado de relaciones sociales que se institucionalizan, se regularizan y se estabilizan"; pero con la particularidad que "se trata de relaciones y de procesos sociales que institucionalizan vínculos de dominación político-económico-cultural-simbólica para la reproducción y naturalización" específica de esta dominación[103]. Una dominación que, sin embargo, no se establece de arriba abajo por parte de las clases dominantes sino a través del vínculo contradictorio entre las distintas fracciones del bloque en el poder y entre estas y las clases dominadas. Esta explicación puede parecer excesivamente abstracta si no se especifican algunos mecanismos a través de

102 *Ibíd*, p. 157.

103 Álvaro García Linera, *Forma valor y forma comunidad*… op. cit., Madrid, Traficantes de sueños, 2015, p. 12.

los cuales se produce e institucionaliza la dominación de clase en el Estado. Como ya dijimos, para Poulantzas cada rama, aparato y red estatal (desde los distintos ministerios y dependencias, hasta los aparatos ideológicos, represivos y económicos del Estado), suele representar los intereses divergentes de los distintos componentes del bloque en el poder, cristalizando tal o cual interés específico o una alianza de intereses particulares. De lo que se trata es de un inmenso mecanismo de *selectividad estructural* inscrito en "la materialidad y la historia propias de cada aparato [...] y por la representación específica en su seno de tal o cual interés particular, en suma, por su lugar en la configuración de la relación de fuerzas"[104].

Desde una perspectiva cercana a la de Claus Offe[105], Poulantzas observa que el Estado capitalista funciona sobre un amplio mecanismo de selección de decisiones y de *no decisiones*, "que no son un dato coyuntural, sino que están inscritas en su estructura contradictoria y constituyen uno de los resultados de dichas contradicciones"[106]. Como se sigue de la comprensión relacional del Estado de Poulantzas, no se trata de que ciertos agentes estatales dirijan a voluntad ese mecanismo, seleccionando exclu-

104 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 161.

105 Quien, en un artículo publicado en 1974 propuso la noción de *selectividad estructural* para analizar el funcionamiento del Estado capitalista en favor de los intereses de las clases dominantes. Cf: Claus Offe, "Structural Problems of the Capitalist State: Class Rule and the Political System. On the Selectiveness of Political Institutions", en Von Beyme (ed.), *German Political Studies*, Vol. I, 1974, Sage, pp. 31-54.

106 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 161.

sivamente aquellas políticas que favorezcan sus intereses, pues este interés de clase no precede a aquel proceso de selectividad estructural, sino que es elaborado a través de este proceso. En función de la historia de las luchas pasadas que han sido cristalizadas y estabilizadas en los aparatos y ramas estatales, ciertas orientaciones son posibles en un período dado –de acuerdo con el balance de fuerzas de la coyuntura– y otras no. La intuición de Offe que Poulantzas sigue aquí revela algo que ya Marx y Engels señalaban a propósito del Estado capitalista: que la lógica de la competencia (que está en el centro del análisis de Marx del proceso de acumulación) porta un elemento de anarquía, tanto a nivel de las relaciones de producción como a nivel del Estado, que debe garantizar que un interés de clase común sea filtrado de los intereses divergentes de las fracciones heterogéneas del capital. Más que de los intereses anticapitalistas (que son sistemáticamente excluidos del campo político), el Estado capitalista debe protegerse de la propia lógica de acumulación y competencia desintegradora del capitalismo. Así, las distintas instancias del Estado retendrían preferentemente no solamente aquellas decisiones que no se oponen abiertamente a la lógica de valorización de ciertas fracciones del capital, sino aquellas que permiten la emergencia de un interés de clase común entre esas fracciones.

Además de un mecanismo de selección de decisiones y no decisiones, Poulantzas identifica en el Estado una selección de

prioridades y de contraprioridades y una filtración escalonada "de las medidas propuestas por los otros o de la ejecución efectiva, en sus diversas modalidades, de las medidas tomadas por los otros"; en definitiva, "un conjunto de medidas puntuales, conflictivas y compensatorias frente a los problemas del momento"[107]. Aunque Poulantzas no explicite que este sistema de filtros y de barreras tenga específicamente un carácter de clase, todo parece indicar que para el teórico griego la selectividad estructural trabaja transformando las demandas y los intereses de las diferentes clases con el objeto de evitar exigencias que atenten contra la conservación de la dominación burguesa y de formular el interés político de la burguesía en conjunto. Mediante la selectividad estructural, y en función de la autonomía relativa respecto del bloque en el poder, el Estado elaboraría políticamente las medidas fundamentales a favor de la acumulación ampliada del capital en un juego variable de compromisos provisorios con las clases dominadas. Las distintas fracciones del capital tienen, respecto de las clases dominadas, diferentes estrategias políticas e ideológicas; no siguen una estrategia unívoca y para todos los casos.

Esto pone de manifiesto una comprensión de la política como cálculo estratégico sin un sujeto calculador. Si bien la unidad de la dominación política de clase se establece a través de esta codificación estratégica de las relaciones de poder, ya que ningún poder puede ser ejercido en este campo sin metas y objetivos

107 *Ibíd*, p. 162.

específicos, no sería correcto suponer que alguno de los sujetos (individuales o colectivos) que participan del proceso decide racionalmente el desenlace de estos conflictos al interior del Estado. Más bien, el liderazgo hegemónico que emerge de aquellas luchas micropolíticas sería un efecto del cálculo estratégico de las diferentes clases y fracciones en coyunturas concretas, de acuerdo con cómo actúan las otras clases dentro de los límites estructurales, y no de la voluntad racional y sistemática de cada una de ellas.

La política del Estado que privilegia a una fracción específica del bloque en el poder en la lucha por la hegemonía no conlleva, por lo tanto, una decisión racional y medida, sino que es efecto de lo que sucede en el mismo Estado, es decir, de aquellas luchas micropolíticas entre clases, fracciones y alianzas. Para Poulantzas, entonces, pensar al Estado como una condensación material de relaciones de fuerza

> significa que hay que captarlo también como un *campo y un proceso estratégicos*, donde se entrelazan nudos y redes de poder, que se articulan y presentan, a la vez, contradicciones y desfases entre sí. De ello derivan tácticas cambiantes y contradictorias cuyo objetivo general o cristalización institucional toman cuerpo en los aparatos estatales. Este campo estratégico está atravesado por tácticas frecuentemente muy explícitas al nivel limitado de su inscripción en el Estado, tácticas que se entrecruzan, luchan entre sí, encuentran puntos de impacto en ciertos aparatos, son cortocircuitadas por otras y perfilan final-

> mente lo que se llama "la política" del Estado, línea de fuerza general que atraviesa los enfrentamientos en el seno del Estado. A tal nivel esta política puede ser, ciertamente, descifrable como cálculo estratégico, pero más como resultado de una coordinación conflictiva de micropolíticas y tácticas explícitas y divergentes que como formulación racional de un proyecto global y coherente[108].

La imagen del Estado que devuelve este tratamiento de la selectividad estructural puede parecer caótica: el Estado se presenta como un conjunto dispar de aparatos, ramas y redes que condensan una multiplicidad contradictoria de micropolíticas, a partir de las cuales se va delineando la línea política del Estado en favor de una u otra fracción del capital. Sin embargo, Poulantzas no se queda en esta imagen caótica: intenta conciliarla con la imagen de un conjunto unitario, pero descentrado, de campos y redes de poder. Que el Estado sea una organización social compleja no quita que tenga una unidad simbólica y real. Definir al Estado como una *relación social* no socava en la teoría poulantziana el carácter necesario de la dominación burguesa de clase en las sociedades capitalistas. Si bien la hegemonía emerge a través de conflictos micropolíticos entre las distintas clases y fracciones, que tienen un desenlace contingente, independientemente de cuál de ellas asegure su liderazgo hegemónico en una coyuntura dada, todas las disposiciones adoptadas por el Estado

108 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 163-4.

capitalista, inclusive aquellas impuestas por las masas populares, "se insertan finalmente a la larga, en una estrategia a favor del capital o compatible con su reproducción ampliada"[109]. La hegemonía no puede reducirse para Poulantzas al nivel de los conflictos micropolíticos, como si se tratara solo de conquistar posiciones políticas e ideológicas hasta alcanzarla, porque tiene un fundamento material específico: la separación relativa de lo económico y lo político propia del modo de producción capitalista, que reviste formas distintas en cada estadio y fase de este. De manera que, aunque el Estado no tenga una racionalidad propia que establezca la dominación de clase, ésta surge de la propia materialidad del Estado cuyo fundamento es aquella separación relativa entre lo económico y lo político.

El Estado no constituye, por lo tanto, un simple acoplamiento de piezas heterogéneas: presenta, a través de sus fisuras, una unidad propia que se traduce en su política global en favor de la clase o de la fracción hegemónica. Esta unidad-centralización del Estado no se establece por el dominio físico de los aparatos estatales por parte de esta clase o fracción hegemónica, sino que está inscrita en el entramado burocrático jerarquizado del Estado capitalista, vinculado con la separación relativa de las relaciones de producción y la división social del trabajo. La unidad del Estado se constituye, entonces, a través de un proceso complejo: mediante ciertas transformaciones institucionales del Estado

109 *Ibíd*, p. 225.

que hacen que algunos centros de decisión, dispositivos y nudos dominantes solo sean permeables a los intereses de esa clase o fracción hegemónica y se conviertan en "centros de maniobra de la política del Estado"[110]. Se trata de un proceso que establece toda una cadena de sobredeterminación de algunos aparatos por otros, donde el poder real y el poder formal (es decir, el poder –aparente– de la escena política) están frecuentemente desfasados.

II. Un campo estratégico desbordado de luchas

El concepto de selectividad estructural le permite a Poulantzas profundizar su explicación de la lógica de la hegemonía porque indica cómo se constituye en el Estado la hegemonía de una clase o fracción determinada, cómo su propia configuración institucional favorece a esta en la tensión con las demás clases y fracciones del bloque en el poder y, a su vez, la resistencia que el Estado ofrece a las clases no privilegiadas estructuralmente. Para Poulantzas, a diferencia de las clases dominantes, las clases dominadas no existen en el Estado por medio de aparatos que condensen un poder *propio* de estas, sino "bajo la forma de focos de oposición al poder de las clases dominantes"[111]. Las tácticas y las estrategias políticas de las clases y fracciones del bloque en el poder respecto de las masas populares no siempre son idénticas

110 *Ibíd*, p. 165.

111 *Ibíd*, p. 172.

ni siguen una misma dirección. De hecho, Poulantzas considera que estas diferencias son uno de los factores más importantes de conflictos al interior del bloque en el poder. Incluso en aquellas formas de régimen que no tienen una base popular sólida porque establecen una brecha considerable entre los centros de poder en el Estado y las masas populares (por ejemplo, las dictaduras militares que Poulantzas analiza a mediados de los años 70)[112], estas no están *por afuera* del Estado sino *dentro* de su campo estratégico.

El mismo término *condensación* indica esto: son las contradicciones entre las clases dominantes y las clases dominadas (es decir, la propia lucha de clases) las que constituyen los aparatos e instituciones del Estado. Contradicciones que, por consiguiente, no son externas al Estado, sino que expresan siempre, en última instancia, las modalidades diferenciales de dominación en las formaciones sociales capitalistas. Las luchas populares están inscritas en la materialidad del Estado, en su configuración estratégica. Esto no significa que las luchas de las clases populares estén necesariamente integradas en una estrategia de dominación o que "le hagan el juego" a las clases dominantes. Simplemente significa, para Poulantzas, que se encuentran materializadas también en los aparatos estatales, en sus divisiones internas, pero no bajo un poder propio. Aunque *desborden* con

112 Nicos Poulantzas, *La crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España*, México, Siglo XXI, 1976.

mucho al Estado, las luchas populares "no están, por ello, "fuera del poder" sino inscritas siempre en aparatos de poder que materializan esas luchas y condensan una relación de fuerzas"[113]. Al no ser un sujeto, el Estado no ejerce por sí mismo poder; sin embargo, al no ser tampoco un instrumento de las clases dominantes, la realización de los poderes que condensa depende de la interacción de las fuerzas sociales específicas, localizadas dentro y *a distancia* de este en coyunturas particulares. Lo que sucede en las organizaciones de base, en las distintas luchas populares y en los movimientos sociales tiene efectos –aunque no inmediatos ni directos– en el Estado.

En su comprensión relacional del Estado, Poulantzas articula dos ideas que pueden parecer, a simple vista, contradictorias: que las luchas y las relaciones de poder exceden al Estado, pero que no se sitúan por fuera de él. La tesis de la primacía de la relación sobre los elementos se traduce en este punto en la tesis de la primacía de las luchas sobre los aparatos que las cristalizan. Primacía que no significa anterioridad cronológica (ni ontológica), sino que las diferentes luchas (económicas, ideológicas, políticas, etc.), cuyo campo no es otro que el de las relaciones de poder, no se reducen ni se identifican con los aparatos del Estado y que, en esta relación compleja, tienen el papel principal. Los poderes relativos a las clases y a la lucha de clases no se circunscriben al Estado: por ejemplo, el campo de poderes que se

113 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 170.

emergen de las relaciones de producción no se reduce al Estado, a pesar de sus intersecciones con el poder político. Lo mismo con el poder ideológico, que no se agota nunca en los aparatos ideológicos del Estado; estos, así como no crean la ideología dominante, no son los factores exclusivos de su reproducción. A su vez, las luchas y las relaciones de poder rebasan en otro sentido al Estado: en tanto desbordan a las relaciones de clase. Las relaciones de poder pueden tener un fundamento diferente que el de la división social del trabajo, en la que se apoya la división entre las clases sociales; tal es el caso de las relaciones de género o de las relaciones étnico-culturales. Sin embargo, y aquí aparece la segunda parte de aquella proposición, en las sociedades de clase todo poder reviste una significación de clase, aunque la división en clases no sea el terreno exhaustivo de constitución de todo poder. Y esta significación de clase es, precisamente, lo que otorga el Estado capitalista.

Aunque desborden al Estado, las luchas y las relaciones de poder no se encuentran por fuera de él porque el Estado tiene un papel decisivo en las relaciones de producción y en la lucha de clases, ya que está presente en su constitución y reproducción[114]:

114 Un punto elemental que despejar para entender esta cuestión es el vínculo entre el Estado y las relaciones de producción. Desde sus escritos más tempranos, Poulantzas se sitúa críticamente frente a la tendencia, corriente en una cierta tradición marxista, a pensar la estructura económica como una instancia externa a las luchas y a las relaciones de poder; como una instancia compuesta de elementos invariantes a través de los diferentes modos de producción. Para Poulantzas, esta concepción oculta el papel de las luchas que están presentes en el corazón mismo de las relaciones de

las relaciones políticas (al igual que las relaciones ideológicas) están constitutivamente presentes en las relaciones de producción y en el campo de poder del espacio económico. Así como donde hay clases, hay lucha de clases, Poulantzas sostiene que donde hay lucha y poder de clase, hay *ya* Estado; hay un poder político institucionalizado. En este sentido, no habría una

producción y de explotación, pues supone que lo económico es una instancia dotada de límites intrínsecos, como si tuviera una esencia inmutable previa a su relación con las demás instancias en un modo de producción. La relación es aquí algo secundario, un agregado *a posteriori* sobre una instancia ya constituida como tal. En función de esto, esta concepción tiende a pensar el vínculo entre el Estado y las relaciones de producción desde la topología de la *base* y la *superestructura*; una topología que, como ya se dijo, concibe al Estado como apéndice de lo económico, sin atender a su especificidad. A partir de la comprensión althusseriana del modo de producción y de la noción de *sobredeterminación*, Poulantzas entiende –en cambio– que lo económico no constituye un nivel hermético y autorreproducible, ni en el capitalismo ni en ningún otro modo de producción. Puesto que un modo de producción no es el producto de una combinatoria específica entre elementos constituidos como tales antes de esa relación, sino que "el establecimiento de su relación y su articulación es lo que los constituye, *en primer lugar*". Es la unidad del conjunto de determinaciones económicas, ideológicas y políticas lo que asigna el espacio de cada una de las instancias y define sus fronteras. De manera que lo político y lo ideológico están *constitutivamente presentes* en las relaciones de producción y, por lo tanto, en su reproducción. Aunque en el modo de producción capitalista el Estado y las relaciones de producción están caracterizados por una separación o una autonomía relativa, esto no significa que exista entre los dos una exterioridad real, como si el Estado interviniese solo desde afuera en la economía. Paradójicamente, para Poulantzas la autonomía relativa de las instancias (y particularmente de lo económico y lo político) no es sino la otra cara de la presencia constitutiva de lo político y lo ideológico en las relaciones de producción. El concepto a través del cual se enlazan estas dos ideas aparentemente contraintuitivas es el de clase social, entendido como efecto de la delimitación objetiva (en el conjunto de la división social del trabajo) de las relaciones de producción y de las relaciones de dominación y de subordinación políticas e ideológicas. Para Poulantzas, las clases sociales constituyen espacios objetivos que se traducen en poderes de clase y que consisten, ya en el nivel de las relaciones de producción, en prácticas y en lucha de clases. Por consiguiente, las relaciones de producción y la división social del trabajo no pertenecen a un campo exterior al poder y a las luchas. *Ibíd*, p. 13. El resaltado es de Poulantzas.

realidad social previa al Estado, un núcleo social primigenio e instituyente a partir del cual se conformaría el Estado, sino que este "señala y codifica [...] toda la realidad social en el marco referencial de una sociedad dividida en clases"[115]. Una vez postulado el Estado, no es pensable una realidad social cualquiera que no esté en relación con él, con su papel constitutivo en las relaciones sociales –que, en las sociedades divididas en clases, están atravesadas siempre por una dimensión de clase.

Por eso, Poulantzas critica dos modos de aproximarse al vínculo entre Estado y sociedad (o bien entre el Estado y las luchas): por un lado, uno que postula a la sociedad como el principio instituyente del Estado, donde este último aparece como un apéndice de lo social; por otro lado, uno que concibe al Estado como el principio fundador de toda relación social, como el fundamento-origen de todo. A esta *metafísica de los orígenes*[116], Poulantzas le opone un tipo de *historización no historicista* del Estado, en función de la cual

> [n]o hay una historia de luchas de la que el Estado sería, en un momento dado, el resultado y el fruto: esa historia no es pensable sin Estado. No es que a partir del momento en que apareció el Estado se entró en un tiempo irremediable (la Historia), en el que mientras haya Hombres habrá siempre Estado, sino que –como decía Marx– el fin de la división de clases significa el fin

115 *Ibíd*, p. 40.

116 *Ibíd*, p. 43.

del Estado y, por consiguiente, el fin de un cierto tiempo que no es el fin de los tiempos sino el fin de una cierta historia[117].

Esto no significa que *todo sea* Estado para Poulantzas, sino que el Estado capitalista se vincula, o está constitutivamente presente, en todas las esferas de la realidad social. *No todo* forma parte del Estado, pero no hay una realidad social radicalmente exterior a él, que escape de su injerencia –así como no hay realidad que no esté atravesada por las relaciones de producción y por las relaciones ideológicas propias del modo de producción (capitalista, en este caso). A su vez, por su función general de cohesión social, el Estado concentra las diversas luchas y formas de poder, que se integran en su campo estratégico por más que no se agoten en su anclaje material en los aparatos del Estado. Las relaciones de poder, como cualquier relación social, requieren de aparatos y de instituciones que las materialicen y reproduzcan. El Estado, como "un *lugar* y un *centro* de ejercicio del poder pero sin poder propio"[118], sería el encargado de otorgarles este soporte. Ahora bien, al tratarse de un Estado de clase cuya función principal es sostener el sistema de dominación de las clases dominantes, para Poulantzas le da a todo poder una significación política de clase para convertirlo en eslabón y apoyo de los poderes (económicos, ideológicos, políticos) de estas clases. De este modo, la matriz estructurante del modo de

117 *Ibíd*, p. 41.

118 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 178.

producción capitalista –justamente, la dominación y la explotación de clase– se insinuaría en todas las relaciones sociales, correspondiendo al Estado la tarea de investir los diferentes lugares de poder de un rol de clase.

Esta comprensión del vínculo entre el Estado y las relaciones de poder acerca a Poulantzas con Foucault y su analítica del poder, al mismo tiempo que constituye un importante punto de desacuerdo entre ambos. Más allá de la afinidad que Poulantzas reconoce entre sus análisis y de las críticas que hace de las tesis foucaultianas[119], sin duda estas tuvieron un impacto significativo en sus escritos; sobre todo, en su último libro. Tanto Poulantzas como Foucault presentan una comprensión relacional del poder, al que piensan no como una sustancia o como una cualidad inherente a un determinado grupo social (de la que carecerían otros grupos), sino en términos inmanentes: como una multiplicidad de relaciones de fuerza inmanentes al campo en el que se ejercen y que son constitutivas de su propia organización. El poder, más que prohibitivo o meramente negativo, produce la realidad social sobre la que opera. Esto es lo que Foucault observa res-

119 Hay que tener presente que las críticas de Poulantzas se dirigen a dos textos de Foucault, publicados –respectivamente– dos y tres años antes que EPS: *La voluntad de saber* y *Vigilar y castigar*. Poulantzas no conoció (o no pudo conocer, porque se publicaron luego de su muerte) los seminarios de Foucault dedicados al problema de la gubernamentalidad. Para un análisis de los puntos de convergencia entre las teorías de Poulantzas y de Foucault, más allá de las críticas del primero al segundo, ver: Bob Jessop, “Pouvoir et stratégies chez Poulantzas et Foucault. Traduit de l’anglais par Luc Benoît”, *Actuel Marx*, 2004/2, n° 36, pp. 89-107.

pecto de los dispositivos de saber-poder disciplinarios en *Vigilar y castigar*, y de la sexualidad en *La voluntad de saber*; y es lo que Poulantzas sostiene con su concepto de Estado como relación social. Así, para estos dos pensadores no hay un centro del cual emanarían todas las relaciones de poder sino diferentes cristalizaciones institucionales producto del encuentro entre una multiplicidad de relaciones de fuerza. Por eso, Poulantzas no asume al Estado capitalista como el punto de partida de sus análisis, como si este fuera una entidad ya constituida como tal y el núcleo de todas las relaciones de poder; por el contrario, todo su esfuerzo teórico está puesto en captar la inscripción de las luchas en el Estado, en la medida en que son estas las que lo configuran –en otros términos, las que tienen primacía. El Estado no es para Poulantzas el núcleo del cual se derivan las relaciones de poder sino el campo que, en las sociedades capitalistas, concentra e integra diversas formas de poder (y no solo poderes de clase) a las que fija institucionalmente. Algo similar sostiene Foucault cuando afirma que eso que se entiende como "el" poder (en este caso, sería el poder del Estado), "en lo que tiene de permanente, de repetitivo, de inerte, de autorreproductor, no es más que el efecto de conjunto que se dibuja a partir de todas esas movilidades, el encadenamiento que se apoya en cada una de ellas y trata a su vez de fijarlas"[120]. Cuando Poulantzas describe

120 Michel Foucault, *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 89.

cómo emerge, a partir de los procesos de selectividad estructural y de las luchas en los propios aparatos y ramas estatales, la línea política general del Estado es una comprensión del poder de este tipo la que aparece: intencional y no subjetiva a la vez. No hay una instancia distinta que, desde fuera, explique la racionalidad del poder: en cambio, esta surge –como explica Foucault– a partir de las tácticas "que encadenándose unas con otras, solicitándose mutuamente y propagándose, encontrando en otras partes sus apoyos y su condición, dibujan finalmente dispositivos de conjunto"[121].

Ahora bien, la diferencia fundamental entre ambos es que para Poulantzas las relaciones de clase tienen una cierta primacía en las sociedades capitalistas. Poulantzas no define al Estado solamente como una condensación material de relaciones de fuerza: aclara que se trata de relaciones de fuerza *entre clases*. Son las relaciones de clase las que estructuran y conforman el campo estratégico-relacional del Estado; y es esta primacía de las relaciones de clase frente a las demás relaciones de poder la que los distancia en sus apuestas teórico-políticas. El problema con la noción foucaultiana de poder, para Poulantzas, es que no permite pensar la resistencia, en tanto esta no tiene otro fundamento más allá de la misma relación de poder: el poder aparecería como un polo esencializado y absolutizado, de manera que las resistencias no serían sino secundarias respecto del poder.

121 *Ibíd*, p. 91.

Estas se explicarían para Foucault a partir de una especie de espíritu plebeyo de resistencia que busca escapar de las relaciones de poder, pero que termina siendo integrado al mismo desde el momento en que *la plebe* se fija una estrategia[122]. Si bien la plebe no es aquí algo exterior al poder –ya que, como sostiene Foucault, "donde hay poder hay resistencia, y no obstante (precisamente por eso), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder"[123]–, el problema para Poulantzas es que esa resistencia carece de un fundamento preciso y no permite concebir más que una serie de microrrevueltas dispersas[124]. "No deja de ser notable que este discurso, tendente a hacer invisible el

122 En una entrevista para la revista *Les Révoltes Logiques*, Foucault define a la plebe como una forma de resistencia local, concreta y situada a un ejercicio de poder. La plebe no sería una realidad sociológica sino una falla en las identidades dadas conformada por todo aquello que se resiste a ser capturado en los regímenes de saber y de poder; algo que escapa en cierto modo a las relaciones de poder, pero que no constituye un elemento exterior a las mismas sino su reverso, su contrapunto; algo que responde a cualquier avance del poder con un movimiento que intenta deshacerse de él. Michel Foucault, "Pouvoir et stratégies. Entretien avec Michel Foucault.", en *Les Révoltes Logiques*, n° 4, invierno 1977, p. 92.

123 *Ibíd*, p. 91.

124 Se trata de una crítica recurrente de las tesis foucaultianas de esa época, a las que el autor responde de esta manera: "Muchas veces se dijo -los críticos me hicieron este reproche- que yo, al poner el poder por doquier, excluyo cualquier posibilidad de resistencia. ¡No, es todo lo contrario! Me refiero a que las relaciones de poder suscitan necesariamente, exigen a cada instante, abren la posibilidad de una resistencia, y porque hay posibilidad de resistencia, y resistencia real, el poder de quien domina trata de mantenerse con mucha más fuerza, con mucha más astucia cuanto más grande es esa resistencia. De modo que lo que trato de poner de manifiesto es la lucha perpetua y multiforme, más que la dominación lúgubre y estable de un aparato unificador". Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, p. 77.

poder, al pulverizarlo en la capilaridad de microrredes moleculares, tenga el éxito sabido en un momento en que la expansión y el peso del Estado alcanzan un grado sin precedentes”[125], advierte Poulantzas.

Este fundamento de la resistencia Poulantzas lo encuentra en la división social del trabajo: en las sociedades de clase, todo poder reviste una significación de clase; es decir, remite al lugar objetivo que ocupan las diferentes clases en las relaciones económicas, políticas e ideológicas, o a sus prácticas en las relaciones no igualitarias de dominio y subordinación ancladas en la división del trabajo. Por lo tanto, en cuanto a la lucha de clases, el poder se basaría en la explotación, en el lugar que ocupan las clases en los diversos dispositivos de poder y en el aparato del Estado. Aunque no todo poder sea un poder de clase, para Poulantzas la lucha de clases les permite a las luchas populares desplegarse al ofrecerles una base objetiva. Esto no significa que la división social del trabajo sea el núcleo primigenio de todo poder; más bien, lo que Poulantzas sostiene es que la división en clases que se articula en torno a ella constituye el sostén de las relaciones de poder porque en sus límites se dirime el equilibrio, siempre inestable y móvil, de compromisos de las fuerzas sociales que tiene una expresión material en los aparatos e instituciones del Estado. Para Poulantzas, el problema de las tesis foucaultianas es que dejan librado el terreno de la disputa

125 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 47.

política en el Estado, que resulta fundamental para alentar una transformación social profunda; en definitiva, una revolución.

III. El Estado y la lucha de clases

La clásica topología conceptual de base/superestructura y de interior/exterior, es desarticulada en la teoría poulantziana, lo que habilita una comprensión más compleja del Estado con consecuencias políticas significativas. Mediante su comprensión relacional del Estado, Poulantzas se sitúa de un modo singular en el clásico debate que atraviesa todo el pensamiento político de la tradición marxista y que se suele simplificar en el dilema "reforma o revolución". Es decir, conquistar progresiva y gradualmente los distintos aparatos del Estado y promover reformas secundarias que no afecten significativamente la estructura del Estado (la estrategia de la socialdemocracia) o la construcción de un contrapoder externo al Estado a partir del cual tomarlo por asalto y destruirlo (la estrategia leninista). Para Poulantzas, si se considera al Estado como un campo estratégico y una condensación de relaciones de fuerza, se trata de un falso dilema. Dada la complejidad de la articulación entre los distintos aparatos y ramas del Estado, entre los que operan relaciones de sobredeterminación y de subordinación, que las clases populares ocupen uno o varios aparatos del Estado no garantiza que controlen efectivamente el poder real que se condensa en esos aparatos. Primero, porque en la materialidad de sus aparatos el Estado cristaliza las luchas

pasadas y "la correlación de fuerzas dominante de esas luchas pasadas que [...] funcionan como estructuras de dominación sin aparecer como tales estructuras de dominación"[126]. Esa condensación de un balance de fuerzas no se transforma de un día para el otro, porque está profundamente inscrita en las instituciones y en los aparatos estatales: por ejemplo, en el sistema legal y constitucional que rige el funcionamiento del Estado. Segundo, porque la organización institucional del Estado permite a las clases dominantes permutar los lugares de poder real, desplazarlos de tales o cuales aparatos a otros, si la izquierda logra ocupar el aparato del Estado. El Estado capitalista no se organiza como una pirámide cuyo vértice bastaría ocupar para asegurarse el control de todo el aparato central.

El problema con ambas estrategias para Poulantzas es que piensan en términos instrumentales y esencialistas al Estado: o bien este aparece como un bloque monolítico sin fisuras que hay que derrocar desde fuera –siendo el principal (si no el único) objetivo de la lucha centralizar las fuerzas populares y construir el contrapoder que pueda desplazar al Estado capitalista burgués–; o bien, como un conjunto neutral de aparatos en el interior de los cuales hay que montar la lucha, tomando un aparato tras otro. Si Poulantzas dedica tantas páginas a analizar el problema de la naturaleza de clase del Estado capitalista es porque estas po-

126 Álvaro García Linera, *Forma valor y forma comunidad*... op. cit., Madrid, Traficantes de sueños, 2015, p. 12.

siciones estaban profundamente arraigadas en el pensamiento político de izquierda y en la tradición marxista. Incluso en el propio Althusser que, en *Marx dentro de sus límites*, concibe al Estado como una máquina o un instrumento separado de la lucha de clases:

> Con total seguridad *el Estado está separado de la lucha de clases, porque está hecho para eso*, y por eso es un instrumento. ¿Imagináis un instrumento, utilizado por la clase dominante, que no estuviera "separado" de la lucha de clases? ¡Correría el riesgo de estallarles entre las manos a la primera ocasión! Y no pienso solo en ese "atravesamiento" del Estado por la lucha de clases *popular* […], lucha popular que, sin duda, no ha "atravesado" el Estado a lo largo de la historia más que para desembocar en la política burguesa (como en 1968). Hablo sobre todo de la misma lucha de clases burguesa. Si los grandes aparatos del Estado debieran estar a merced de los "atravesamientos" del Estado por la lucha de clases burguesa, eso podría perfectamente significar el final de la dominación burguesa[127].

En los escritos de Althusser el Estado aparece, entonces, como un instrumento separado de las clases, que solo de esta manera puede intervenir mejor en la lucha de clases en favor de la clase burguesa y en contra tanto de la lucha de la clase obrera como –eventualmente– de la lucha de clases de la propia clase dominante. Así, un atravesamiento del Estado por parte de la lu-

127 El resaltado es de Althusser. Louis Althusser, *Marx dentro de sus límites*, Madrid, Akal, 2003, p. 90.

cha de clases no acarrearía más que su destrucción porque haría insostenible la reproducción de la dominación burguesa. Esto no quita para Althusser que existan contradicciones en el aparato de Estado; pero de ninguna manera estas sacuden seriamente su estructura, que justamente está hecha para no ser afectada por la lucha de clases, más allá de las dificultades que eventualmente pueda tener para lograrlo. En una clara referencia a Poulantzas, Althusser advierte que "[s]ostener por ello que el Estado está "atravesado por definición por la lucha de clases" es tomar los propios deseos por la realidad. Es tomar los efectos, incluso profundos, o las trazas de la lucha de clases (burguesa y obrera) por la lucha de clases misma"[128].

Antes de retomar la crítica de Poulantzas a las estrategias políticas para las luchas populares que, como en el caso de Althusser, se apoyan en una comprensión instrumentalista del Estado, nos permitimos una breve digresión aquí. La teoría poulantziana del Estado parece mucho más consecuente en algunos puntos con las tesis althusserianas comentadas en los capítulos anteriores que la propia concepción del Estado de Althusser. En efecto, en cuanto a la lucha de clases, Poulantzas no la sitúa en una relación de exterioridad respecto del Estado porque por definición esta está atravesada por las estructuras políticas, económicas e ideológicas de una formación social dada. Donde hay clases – efectos objetivos sobre los agentes de la producción del conjun-

128 *Ibíd*, p. 99.

to de las determinaciones económicas, políticas e ideológicas–, hay prácticas y lucha de clases. Así, la lucha de clases está sobredeterminada por la combinación específica de instancias que caracteriza a una determinada formación social; asimismo, no hay para Poulantzas una realidad social que no esté atravesada por la lucha de clases: ni las relaciones de producción constituyen un espacio ajeno a la lucha de clases. Poulantzas no opone la lucha de clases a los niveles del todo social como si cada uno fuera una sustancia que entra en relación con otra sustancia. Por el contrario, desde la concepción althusseriana del todo social y desde la ontología relacional en la que esta se apoya, entiende que estos elementos se afectan mutuamente. La relación de causalidad va en dos sentidos: de la lucha de clases a las instancias y de las instancias a la lucha de clases.

Además, la lucha de clases no podría ser exterior al Estado para Poulantzas porque el Estado es el lugar donde se condensan las relaciones conflictivas que atraviesan toda la estructura social: es, por lo tanto, el lugar privilegiado de inscripción y cristalización de la lucha de clases. Entender cada uno de los términos –lucha de clases y Estado– supone para Poulantzas atender a la relación entre ambos, que es la que los constituye como tales. Como señala en EPS, la urgencia teórica es "*captar la inscripción de la lucha de clases, y más particularmente de la lucha y de la dominación políticas, en la armazón institucional del Estado* (en este caso, la de la burguesía en la armazón material del

Estado capitalista) *de manera que logre explicar las formas diferenciales y las transformaciones históricas de este Estado*"[129]. Si la lucha de clases se situara en una relación de exterioridad con el Estado, ¿de qué manera se explicarían las diferentes formas que este adquiere en las distintas formaciones sociales y sus modificaciones a lo largo del tiempo en cada una de ellas? Aquella urgencia (que, en buena medida, resume todo su trabajo) se plantea para Poulantzas como un programa teórico con una inscripción política específica: pensar la estrategia política a seguir para una transición al socialismo. Comprender la especificidad de la dominación política en cada formación social, en función del balance de fuerzas sociales y de la configuración propia de una formación dada, resulta elemental en este caso para delinear una estrategia política adecuada.

Por eso, Poulantzas sostiene que en este punto Althusser sigue atado a la lectura simplificadora de la III Internacional, en la que el Estado capitalista no es otra cosa que una dictadura de la burguesía; una lectura que tuvo consecuencias políticas desastrosas en la estrategia del Komintern frente al avance del fascismo en el período de entreguerras[130]. El problema con las perspectivas instrumentalistas, como la de Althusser, es que a las clases dominadas no les queda más opción que *integrarse* al

129 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 150.

130 Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, México, Siglo XXI, 2016.

Estado y, por lo tanto, a la estrategia de dominación de la burguesía, o construir una política proletaria fuera del Estado. En definitiva, penetrar en la fortaleza del Estado y *contaminarse* o permanecer en su pureza por afuera de sus fronteras. Para Poulantzas no puede haber una política popular exterior al Estado porque, en tanto se trate de una lucha política necesariamente va a estar inscrita en el terreno estratégico del Estado, por más que se despliegue a distancia de sus aparatos. Sin embargo, no toda política situada en el terreno del Estado es indefectiblemente burguesa: hacerle el juego o no a la burguesía va a depender de la estrategia que se adopte en cada coyuntura particular. Así, para Poulantzas son las luchas populares inscritas en el Estado, pero que lo desbordan constantemente, las que limitan su expansión en los demás dominios de la realidad social[131]. No solo Foucault le recordó al marxismo que los poderes y las luchas no se reducen al Estado ni a la política: la tesis poulantziana de la primacía de las luchas sobre los aparatos apunta a esto. Lo que no quiere decir que estas luchas no tengan, en tales o cuales ocasiones, cierta pertinencia política o que el Estado no tenga efectos sobre ellas. Poulantzas considera que las estrategias de doble poder como la que Althusser suscribe y las estrategias reformistas son implausibles dadas las condiciones del capitalismo avanzado. El rol activo del Estado en la gestión de las crisis para evitar que

131 Nicos Poulantzas, *Repères: Hier et aujourd'hui. Textes sur l'État*, París, Dialectiques Interventions, Maspero, 1980.

estas se conviertan en verdaderas crisis de Estado, así como sus nuevas funciones económicas, dificultarían aún más una estrategia revolucionaria clásica. A su vez, las revueltas populares ya no se presentarían como parte de un proyecto global alternativo sino de forma difusa, en innumerables protestas y movimientos articulados en torno a diferentes reclamos. Y estos movimientos (estudiantiles, feministas, ecologistas, regionalistas, etc.) tienen para Poulantzas una especificidad propia que no puede reducirse a la forma-partido: no son secundarios en relación con los movimientos de la clase trabajadora.

IV. Hacia un socialismo democrático

Comprender las condiciones en las que se despliegan las luchas populares y su inscripción en el campo estratégico del Estado no supone para Poulantzas abandonar la apuesta emancipatoria por una transición al socialismo. Una transición que, desde su concepto relacional del Estado, entiende como un largo proceso a la vez *dentro y a distancia* del Estado. Es decir, como una articulación y una coordinación entre una lucha situada en el terreno estratégico del Estado (no simplemente encerrada en el interior de sus aparatos), para agudizar sus contradicciones internas y modificar la correlación de fuerzas dentro de él, y una lucha a distancia de las instituciones y aparatos estatales que haga lugar a los diversos medios e instrumentos de las organizaciones populares y a las formas de democracia directa de base. Así,

una vía democrática al socialismo democrático consiste en "desarrollar, reforzar, coordinar y dirigir los centros de resistencias difusos de que las masas siempre disponen en el seno de las redes estatales, creando y desarrollando otros nuevos, de tal forma que estos centros se conviertan, en el terreno estratégico que es el Estado, en los centros efectivos del poder real"[132]. Más que en términos de adentro y de afuera del Estado, Poulantzas razona en términos de nudos y focos de poder real en el terreno estratégico del Estado: en sus aspectos políticos (porque no toda lucha es política, ni lo político es la única dimensión de existencia de lo social), las luchas populares se sitúan siempre en el campo de poder del Estado y son las que limitan su poder (que, como ya se dijo, no es sino el poder de la clase o fracción hegemónica). Lo que aquellas estrategias de doble poder y reformistas pierden de vista es que el Estado es también el soporte material de las luchas populares y que la configuración de las instituciones democráticas es igualmente efecto de estas luchas; no simplemente una creación e imposición de las clases dominantes.

Una modificación del balance de fuerzas que conforma al Estado no es suficiente para impulsar una transición al socialismo: como advierte Poulantzas, no basta que las clases populares gobiernen, que ocupen los distintos aparatos del Estado, porque el simple relevo del personal del Estado no transforma las estructuras del Estado. Es necesaria, igualmente, la transforma-

132 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 316.

ción profunda de los aparatos y de las instituciones del Estado, en un largo proceso que extienda y garantice las libertades políticas (que, como recuerda el autor, lejos están de ser meramente *formales*). Poulantzas sostiene que esta cuestión ha sido desestimada con frecuencia en la tradición marxista, lo que ha impedido formular un concepto positivo de derechos humanos y de libertades políticas, así como una articulación entre las formas democráticas representativa y directa[133]. Desde *La Cuestión Judía* y el debate Luxemburgo-Bernstein hasta la discusión en los partidos comunistas occidentales a propósito del mantenimiento o la erradicación de la categoría de *dictadura del proletariado*, el marxismo tuvo siempre una tensión crítica con la democracia: sobre todo, con su forma representativa que, en una transición al socialismo, se supone que debe ser destruida a la par que el Estado. En esto consistiría, precisamente, la dictadura del proletariado: en la eliminación del Estado como aparato separado que impide una genuina autodeterminación colectiva de las masas y que reproduce la dominación burguesa en sus aspectos políticos, económicos e ideológicos.

La experiencia soviética había demostrado que la estrategia leninista de destrucción del Estado burgués no había dado lugar a una sociedad más democrática (a la verdadera dictadura del proletariado imaginada por Marx y Lenin) y que este proyecto de desaparición del Estado necesariamente tenía que articular-

133 Nicos Poulantzas y James Martin (ed.), *The Poulantzas Reader*... op. cit.

se con una defensa de la democracia. Esta situación llevó a los partidos comunistas europeos a revisar su adhesión al proyecto político encarnado en la dictadura del proletariado y a intentar conciliar el proyecto de destrucción del aparato de Estado burgués con un horizonte democrático. En el marco de estos debates, la posición singular de Poulantzas constituyó un aporte fundamental que todavía sigue resonando en el pensamiento político de izquierda. Para el teórico griego, la categoría de dictadura del proletariado ha consagrado en la tradición marxista una falsa dicotomía: o bien atenerse exclusivamente a la democracia representativa y mantener, con algunas modificaciones secundarias, al Estado existente; o bien aferrarse únicamente al movimiento autogestionario o a la democracia directa de base. Es decir, que habría anclado aquellas discusiones en la tradicional oposición entre reforma o revolución y habría ocultado la cuestión más importante para una vía democrática al socialismo, que sería "*cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades* (que fueron también una conquista de las masas populares) *con el despliegue de las formas de la democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios*"[134].

Poulantzas no intenta dar una receta para todos los casos de cómo debería ser esta articulación entre democracia representa-

134 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 313.

tiva y democracia directa, elemento central para un proyecto de socialismo democrático, precisamente porque esa articulación se juega en cada coyuntura, en cada formación social históricamente determinada. Sin embargo, previene contra dos formas ineficaces de articulación: por un lado, la que establece una coexistencia paralela entre ellas en una disputa por el dominio sobre el modo de ordenación social. Por otro lado, la que subordina e integra una forma a la otra (que históricamente ha tendido a ser la democracia directa a la democracia representativa). Más allá de la forma efectiva para cada caso de esta articulación, lo importante para Poulantzas es mantener un cierto orden que garantice las libertades, el pluralismo político e ideológico, la alternancia en el gobierno, el sufragio universal y la representación en todos los niveles del Estado de las clases populares. Poulantzas rechaza, así, tanto las corrientes más ortodoxas del marxismo que identificaban democracia y dominación burguesa (como si la democracia fuese solo una emanación de la voluntad de dominación de la burguesía y no el resultado de procesos históricos de lucha de clases), como a aquellas que contraponían esos dos términos (desde una noción puramente procedimental de la democracia). Ni mero instrumento-creación de la burguesía ni algo bueno y deseable en sí mismo: las instituciones de la democracia representativa expresan para el teórico griego las tensiones y los antagonismos irreductibles de la lucha de clases en el capitalismo, pero siempre bajo la constante de la primacía

y el privilegio estructural de la burguesía. Si estas instituciones son la resultante de relaciones de fuerza, entonces es al interior de ellas donde es necesario intensificar las luchas de las clases populares a fin de inclinar el balance de fuerzas a su favor. Aunque siempre de la mano de los instrumentos de autogestión y de democracia directa de base que portan los movimientos sociales.

Más que una síntesis entre las tradiciones estatista y de autogestión, la apuesta pasaría por una transformación que reúna la potencialidad revolucionaria de la participación y la movilización populares desde la base, con la necesaria articulación democrática y plural desde la conducción política del Estado. El desafío que Poulantzas identifica en el proceso de transición al socialismo es el de defender, a través de una poderosa movilización y autoorganización popular, las transformaciones y rupturas que se lleven a cabo en el aparato de Estado para cambiar radicalmente las condiciones sociales de existencia. Ahora bien, Poulantzas no minimiza los riesgos de esta estrategia: como la experiencia de Salvador Allende en Chile había demostrado, "si la vía democrática al socialismo garantiza las libertades, ofrece también a la burguesía […] mayores posibilidades para el sabotaje económico de una experiencia de la izquierda en el poder"[135]. En este sentido, para Poulantzas no se trata solamente de defender la democracia política: un proyecto socialista tiene que plantearse igualmente la transformación de las estructuras eco-

135 *Ibíd*, p. 243.

nómicas y sociales del capitalismo en sí mismo. Y aquí la cuestión se complica todavía más, puesto que las transformaciones en el aparato económico del Estado no pueden tener el mismo ritmo ni las mismas formas que las de los otros aparatos. Como el aparato económico realiza funciones esenciales para la reproducción de las relaciones de producción y la acumulación capitalista en su conjunto, una destrucción total del mismo llevaría a una crisis económica tal que estaría en peligro la continuidad de esa experiencia de la izquierda en el poder. Así, esta no podría transgredir ciertos límites sin correr el riesgo de un hundimiento de la economía. Independientemente de las rupturas que pueda provocar en el espacio de valorización del capital, la economía seguirá siendo capitalista durante mucho tiempo.

A pesar de estos reparos, para Poulantzas la democracia constituye el horizonte irrenunciable de todo proyecto político emancipatorio que se enfrente con las condiciones cada vez más desiguales del capitalismo. Su último libro publicado un año antes de su intempestiva muerte concluye de la siguiente manera:

> ya no tenemos la fe milenarista, basada en las leyes de bronce de una revolución democrática y socialista inevitable, ni el apoyo de una patria del socialismo democrático. Pero una cosa es segura: el socialismo será democrático o no será tal. Lo que es más: ser optimista en lo que respecta a la vía democrática al socialismo no equivale a considerarla como una vía regia, fácil y sin riesgos. […] Riesgos del socialismo democrático que no

> se podrían evitar con certeza más que de una sola forma: mantenernos tranquilos y marchar derechos bajo los auspicios y la dirección de la democracia avanzada[136].

En una modulación singular de la clásica fórmula gramsciana: "pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad", la propuesta poulantziana desliza la necesidad de un realismo político para comprender los procesos que atraviesan las sociedades en cada etapa de su historia y las fuerzas que pugnan por su transformación a partir de las condiciones dadas. Hacer política, disputar el terreno del Estado, como el lugar donde se condensan las relaciones de fuerza específicas de una determinada sociedad, constituye el núcleo de la propuesta teórico-política de Poulantzas. No porque el Estado sea el punto de llegada o el botín a conquistar –para luego dormirse en los laureles– sino porque es, al mismo tiempo, el lugar de integración de las sociedades contemporáneas y el punto nodal para su transformación.

136 *Ibíd*, p. 326.

SEGUNDA PARTE

POULANTZAS, FUERA DE SUS LÍMITES

Capítulo 4.

Imperialismo, dependencia y clases sociales[137]

I. Imperialismo y dependencia: de Lenin a Cardoso y Faletto

> "es el que no quiere hablar de *imperialismo* el que debería también callarse en lo que al fascismo se refiere"
>
> (Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*)

Como vimos en la primera parte del libro, Poulantzas sistematiza y elabora, dentro de la tradición marxista, una teoría materialista del Estado. Sin embargo, su teoría va más allá del Estado: sus análisis no se agotan en una revisión del concepto de Estado capitalista ni en una comprensión novedosa del poder político. De hecho, uno de los temas medulares en su obra pocas veces se subraya: el problema del imperialismo. Al tomar como objeto al Estado capitalista, sus análisis se inscriben en una teoría más amplia del capitalismo y de su expansión en formaciones sociales de todo el mundo. La cuestión de la reproducción singular del modo de producción capitalista en cada formación social no es algo accesorio o irrelevante: es el fundamento de su propia conceptualización del Estado, que tiene como una de sus premisas atender a las transformaciones históricas de su objeto. Si actualmente hablar de *imperialismo* puede sonar un tanto anacrónico, la revisión poulantziana de esta cuestión arroja nueva

137 Una versión previa de este capítulo fue enviada a la Revista Encuentros, de la Universidad Autónoma del Caribe, bajo el título "De la cadena imperialista al nudo de la dependencia: apuntes para un diálogo entre Nicos Poulantzas y Fernando Henrique Cardoso" (en prensa).

luz a un problema que lejos está de ser insignificante en nuestros países: el de las relaciones entre imperialismo y dependencia. Un problema que la coyuntura actual latinoamericana ha puesto de nuevo sobre el tablero.

El problema del imperialismo atraviesa prácticamente toda la elaboración teórica de Poulantzas durante los años 70: desde *Fascismo y dictadura* (FD, en adelante) hasta *Estado, poder y socialismo* (EPS), en los que analiza las modificaciones en el modo de producción capitalista en su fase imperialista-monopolista. En 1970, examina el fascismo y el nazismo como formas de Estado de excepción propias de esta fase; en 1973, se pregunta por el rol y la pertinencia del Estado-nación en el contexto de la internacionalización de las relaciones capitalistas, en el que las empresas multinacionales tienen un papel central, y por las nuevas relaciones de dependencia que se establecen entre las "metrópolis imperialistas" y la potencia hegemónica: Estados Unidos. Una cuestión que retoma en 1975 cuando aborda el tema de la dependencia característica, entre los países europeos, de Portugal, Grecia y España, y la "industrialización dependiente" que promovieron sus regímenes dictatoriales. En 1976, Poulantzas indaga las transformaciones del Estado en el contexto de crisis mundial del capitalismo y, finalmente, en 1978, advierte sobre las derivas autoritarias en las democracias europeas como efecto de estas transformaciones.

Para Poulantzas, no es posible comprender fenómenos como el fascismo o el proceso de transformación autoritaria de los Estados europeos desde la crisis del acuerdo keynesiano de posguerra, más que atendiendo al imperialismo "como estadio del conjunto del proceso capitalista"[138]. Sin embargo, no se trata de elaborar un análisis abstracto del imperialismo, sino de estudiar situaciones concretas en el marco de la fase imperialista del capitalismo. Por eso, todos aquellos ensayos están históricamente situados. El antecedente teórico más importante aquí es, sin lugar a duda, Lenin y su insistencia en producir un análisis concreto de situaciones concretas. La teoría leninista del imperialismo es una fuente clave para cualquier investigación en torno a esta cuestión, en la medida en que supone la articulación entre una mirada general de la economía capitalista mundial, de las relaciones de dependencia y colonialismo entre los distintos países, y una consideración particular de la configuración de clase de las potencias mundiales de comienzos del siglo XX. Ahora bien, si la influencia de la teoría leninista en los escritos de Poulantzas es evidente, pocas veces se tiene en cuenta hasta qué punto las teorías latinoamericanas de la dependencia han constituido una fuente teórica indispensable para el autor[139]. En efecto, muchas de las tesis de las teorías de la dependencia se enmarcan en la

138 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Fascismo y*... op. cit., p. 10.

139 Más que *una* teoría de la dependencia, lo que hubo efectivamente fue un conjunto heterogéneo y dispar de propuestas teóricas dentro de un mismo campo de problematizaciones en torno a la categoría de *dependencia*. Fernanda Beigel, "Vida,

teoría leninista del imperialismo ya que, como sugiere Fernando Henrique Cardoso, "las situaciones de dependencia provienen de algún tipo de expansión del capitalismo", y Lenin fue pionero en observar la constitución de situaciones de dependencia en la etapa financiera-monopolista de reparto del mundo entre potencias imperialistas[140]. Solo que las teorías latinoamericanas de la dependencia incorporan la demarcación centro-periferia y se enfocan en esta última para reelaborar la teoría del imperialismo, a la luz de la industrialización de los países periféricos. Entre los estudios sobre el imperialismo de los años 60 y 70 –una época donde esta cuestión estaba a la orden del día– aquellas teorías propusieron un conjunto de categorías y un modo de análisis potente para reactualizar esta problemática y, en algunos casos, pensar estrategias de transición hacia situaciones postcapitalistas.

Los puntos de intersección entre las teorías de la dependencia y las tesis de Poulantzas son evidentes, aunque pocas veces reconocidos como tales. El teórico griego remite en varios textos al problema del "desarrollo del subdesarrollo" y de la dependencia característica de los países latinoamericanos, pero no se ocupa del estudio de las situaciones de dependencia en los países

muerte y resurrección de las teorías de la dependencia", en AAVV, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006, pp. 287-326.

140 Fernando H. Cardoso, "¿"Teoría de la dependencia" o análisis concretos de situaciones de dependencia?", en *Estado y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1985, p. 144.

periféricos del sistema capitalista internacional. A este respecto, menciona a Samir Amin y a "las diversas obras de E. Faletto, Th. Dos Santos, A. Quijano, E. Torres Rivas, F. Weffort, R. Mauro Marini"; en especial, "Notes sur l'état actuel des études de la dépendance"[141] de Cardoso[142]. Es significativo que, si bien el problema de la dependencia ya estaba presente en los escritos de Poulantzas por su lectura de la teoría leninista, aparece delimitado con más claridad luego del encuentro con algunos de esos referentes teóricos de América Latina en el marco de un seminario sobre las clases sociales en la ciudad mexicana de Mérida, en 1971, al que es invitado a participar como expositor[143]. Es sobre todo a partir de este encuentro que el teórico griego incorpora la categoría de dependencia para definir el tipo de relaciones que se establecen entre las potencias imperialistas de su época (Estados Unidos, Europa occidental y Japón), con la novedosa expansión de las empresas multinacionales y la hegemonía mundial norteamericana. Para situar y reponer la teoría del imperialismo que propone Poulantzas, es necesario, entonces, dar un rodeo previo por esas dos fuentes teóricas.

En su célebre folleto *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito en Zúrich en la primavera de 1916, Lenin elabora una explicación económica del proceso de expansión del

141 Traducida al castellano como "¿"Teoría de la dependencia" o análisis… op. cit.

142 Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*... op. cit., p. 43.

143 Raúl Benítez Zenteno (coord.), *Las clases sociales en América Latina: problemas de conceptualización*, México, Siglo XXI, 1973.

capitalismo desde finales del siglo XIX a principios del siglo XX, que culminó con la Primera Guerra Mundial. Como indica en el prólogo de 1920 a las ediciones francesa y alemana del folleto, la censura zarista lo obligó a adoptar un enfoque estrictamente económico; pero su objetivo era más amplio: exponer "*una visión de conjunto* de la economía capitalista mundial en sus relaciones internacionales" [144], que diera cuenta del reparto del mundo que caracterizaba a esta fase del capitalismo. Si los datos a partir de los cuales reflexiona son fundamentalmente económicos, su análisis no lo es. De hecho, Lenin se propone analizar "la situación *objetiva* de las *clases* dominantes de *todas* las potencias beligerantes"[145] y mostrar, a la vez, las relaciones de dependencia que se tejen entre las distintas formaciones sociales. Aunque el imperialismo y el colonialismo preceden al capitalismo –por ejemplo, el imperialismo romano y su política colonial–, Lenin observa con detenimiento un fenómeno que singulariza al imperialismo de comienzos de siglo: el dominio del capital monopolista.

A través del análisis de estadísticas y datos económicos, Lenin asegura que lo propio de esta fase contemporánea del capitalismo es una doble transición: de la libre competencia a la concentración de la producción y el capital en monopolios,

144 El resaltado es de Lenin. V.I. Lenin, *Imperialismo: la fase superior del capitalismo (Serie Great Ideas 20)*, Taurus, 2012, p. 6.

145 El resaltado es de Lenin. *Ibíd*, p. 6.

y de una política colonial que se extendía en los territorios no apropiados por ninguna potencia capitalista hacia una política colonial de posesión colonialista de un mundo completamente repartido entre esas potencias (Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón). El imperialismo es para Lenin "la fase monopolista del capitalismo"[146]; es el momento en el que la vida económica a nivel mundial es gobernada por la lógica monopólica o por las asociaciones monopolistas de grandes empresarios, cuyas ganancias se sostienen en una fusión del capital bancario y el capital industrial. La exportación de capitales y el surgimiento del capital financiero no solo constituyen el soporte del dominio del capital monopolista, de acuerdo con Lenin; configuran igualmente un nuevo "reparto del mundo", un nuevo sistema general en el que cada país se convierte en un eslabón de la cadena de operaciones del capital financiero mundial. La fase imperialista-monopolista da lugar otro gran agrupamiento de países: ya no simplemente los países colonizadores y los colonizados, sino también "formas variadas de países dependientes que, aunque gozan formalmente de independencia política, en la práctica están atrapados en las redes de dependencia financiera y diplomática"[147]. El ejemplo que da Lenin de este último grupo de países es significativo: se trata de Argentina y su dependencia del capital financiero británico.

146 *Ibíd*, p. 59.

147 *Ibíd*, p. 52.

Lenin conecta, de esta manera, tres fenómenos complementarios: la transformación de la competencia en monopolio, la política colonial y la expansión del capital financiero para delinear los trazos más significativos del imperialismo como la fase "superior" (en el sentido de más desarrollada) del capitalismo. Ya a comienzos de siglo, resume en pocas palabras un fenómeno que, sin lugar a duda, hoy sigue vigente: "el mundo ha quedado dividido entre un puñado de Estados usurarios y una vasta mayoría de Estados deudores"[148]. La acumulación de una enorme cantidad de capital monetario en unos pocos países, fruto de aquella fusión entre el capital monopolista y el capital bancario, crea una nueva capa de la burguesía que no vive ya de la producción industrial, sino de la especulación financiera. Esta capa rentista y parasitaria, como la define Lenin, se vuelve dominante en el imperialismo al tejer lazos con las burguesías de las potencias y de los países dependientes. La enorme disparidad entre los diferentes países, su diversidad de condiciones económicas y políticas y los ritmos desiguales de desarrollo, conforman un escenario mundial signado por tensiones, conflictos y violentas luchas. Es en este marco que se explica el estallido de la Primera Guerra Mundial, para Lenin.

En las ciencias sociales modernas, el tema del imperialismo puso de relieve la relación entre el tipo de teorización y el tipo de implicaciones históricas de las teorías. El fenómeno de

148 *Ibíd*, p. 62.

la dominación mundial política y económica de ciertas potencias imperialistas se erigió en faro del pensamiento crítico, tanto en el Norte como en el Sur global. En América Latina, la pregunta por el imperialismo ocupó un lugar central en la teoría social y política de los años 60 y 70, en pleno auge de las luchas guerrilleras, los proyectos desarrollistas y las dictaduras militares en toda la región. En particular, la teoría leninista del imperialismo constituyó uno de los ejes sobre los que se montaron tesis potentes para pensar la singularidad sociohistórica del subcontinente; puesto que Lenin fue uno de los primeros en explicar las transformaciones en la fase imperialista-monopolista del capitalismo que tuvieron implicaciones económicas, políticas e ideológicas fundamentales a nivel global y a nivel regional.

Una de esas tesis fue la de la dependencia, que aparece como un efecto inherente a la expansión imperialista y a la integración de las naciones periféricas (que habían sido colonias) al mercado internacional. Como campo de problematizaciones, la categoría de dependencia nucleó diversas teorías y autores: entre estas, las más reconocidas partían de las indicaciones de Lenin, pero iban más allá: primero, porque las condiciones mundiales habían cambiado, a pesar de que el patrón de relaciones económicas y políticas siguiera siendo imperialista. A su vez, porque Lenin no se había ocupado específicamente de América Latina ni de los países periféricos, sino de las potencias imperialistas, aunque hubiera tomado como ejemplo a países de nuestra región (como

Argentina). Y, finalmente, porque si bien sus análisis apuntaban a las mediaciones políticas que hacían posible aquellos vínculos de dominación y dependencia, se circunscribían (por la censura zarista bajo la que se publicó el folleto) al nivel económico.

Uno de los ensayos más famosos y que mayor alcance tuvo entre aquellas teorías, fue el que escribieron conjuntamente Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto entre 1966 y 1967, a partir del trabajo con un equipo de economistas y planificadores en Santiago de Chile: *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Si la noción de desarrollo funcionaba desde hacía un tiempo como la idea-fuerza en torno a la que se articulaban, a la par, un impulso teórico (que les dio a las ciencias sociales de la región una relevancia internacional que casi no ha vuelto a replicarse) y una aspiración política, la de dependencia puso en discusión ciertos presupuestos teóricos de esa corriente, aunque sin abandonar el horizonte crítico que la caracterizaba. La pregunta disparadora del ensayo de Cardoso y Faletto es por qué no se produjo el desarrollo económico en la región, tal como anticipaban las teorías cepalinas una vez que se hubiesen producido una serie de reformas estructurales e institucionales a favor de la industrialización. ¿No hubo desarrollo porque faltaron esas condiciones institucionales y sociales para dar paso a una política de desarrollo, o porque el propio enfoque estaba equivocado, y postulaba como posible un tipo de desarrollo que en realidad no lo era para nuestros países? El puntapié de su análisis es,

entonces, una revisión crítica de las teorías estructuralistas del desarrollo, como las promovidas por la CEPAL, que no se detienen en la especificidad de cada país y de cada situación en el conjunto complejo y heterogéneo que es América Latina, y que conciben este problema del desarrollo en términos puramente económicos (desde la teoría de la economía internacional). Así, discuten las perspectivas economicistas que apoyan sus observaciones en una consideración de las estructuras económicas, sin atender a los procesos sociales que se ponen en juego allí. Asimismo, su crítica se dirige hacia las concepciones evolucionistas del desarrollo que, tomando como modelo el tipo de desarrollo de los países centrales, establecen una serie de condiciones para superar la etapa del subdesarrollo: como la diversificación de la estructura económica o el direccionamiento estatal de las inversiones y la planificación del desarrollo.

La propuesta teórica de Cardoso y Faletto consiste, al contrario, en valorizar un tipo de explicación que pueda captar los procesos sociales en un nivel concreto. De esta manera, los procesos de formación y de transformación del sistema capitalista en América Latina se entienden en el marco de un proceso internacional de expansión del sistema capitalista en su conjunto y de las condiciones políticas y económicas en las que este proceso se despliega. Esto significa que las estructuras condicionantes del capitalismo en América Latina "son el resultado de la relación de fuerzas entre clases sociales que se enfrentan de forma espe-

cífica en función de modos *determinados* de producción"[149]. El célebre ensayo de Cardoso y Faletto conduce a una explicación de los procesos económicos como procesos sociales y políticos en los que se articulan relaciones de dominación en un plano nacional e internacional. Se trata de aprehender las estructuras de dominación de los países de nuestra región a través del estudio de "las conexiones que se dan entre los determinantes internos y externos" y que especifican cada *situación de dependencia*[150].

Tal como lo entienden Cardoso y Faletto, el concepto de dependencia dialoga con la teoría leninista del imperialismo. De hecho, como observa Cardoso, "no existe una teoría de la dependencia independientemente de la teoría del imperialismo"[151], en tanto la dependencia se explica por las dinámicas que el sistema capitalista en su funcionamiento mundial imprime en cada formación social de maneras particulares. La dependencia se refiere a las condiciones de existencia de los aspectos económicos y políticos del capitalismo, tanto a nivel nacional como internacional, e indica que no es posible aprehender los fenómenos que singularizan a nuestras formaciones sociales (sobre todo, el problema del subdesarrollo) si no atendiendo a los vínculos histórico-estructurales que estas tienen con el sistema internacional de

149 El resaltado es de Cardoso. Fernando H. Cardoso, "¿"Teoría de la dependencia" o análisis… op. cit. p. 135.

150 Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, p. 19.

151 Fernando H. Cardoso, "¿"Teoría de la dependencia"... op. cit., p. 144.

relaciones capitalistas. Más que un efecto residual o secundario, la dependencia es, para estos autores, un efecto sustancial del funcionamiento del sistema capitalista: constituye la *expresión* político-económica de la expansión internacional del modo de producción capitalista en la periferia.

Ahora bien, Cardoso y Faletto no intentan elaborar una teoría general del capitalismo, ni tampoco una teoría general de la dependencia. Precisamente, su apuesta teórica pasa por sustituir un tipo de análisis basado en determinaciones generales y abstractas por un análisis que localiza en cada formación social los efectos de las modificaciones internacionales del modo de producción capitalista y que explica cómo operan estas en la rearticulación de sus relaciones de clase, de la economía y del propio Estado. En palabras de Cardoso y Faletto,

> el concepto de dependencia […] pretende otorgar un significado a una serie de hechos y situaciones que aparecen conjuntamente en un momento dado y que busca establecer por su intermedio las relaciones que hacen inteligibles las situaciones empíricas en función del modo de conexión entre los componentes estructurales internos y externos. Pero lo externo, en esa perspectiva, se expresa también como un modo particular de relación entre grupos y clases sociales en el ámbito de las naciones subdesarrolladas[152].

152 Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y*... op. cit., p. 19-20.

El concepto de dependencia designa, entonces, la manifestación "interna" de una situación internacional; solo que esta última no aparece como un factor que desde fuera determina lo que sucede en una formación social históricamente dada. Cardoso y Faletto remarcan, por el contrario, que la dependencia únicamente es posible en tanto hay una articulación entre los intereses dominantes en las formaciones periféricas y los intereses dominantes de los centros hegemónicos; es decir, en la medida en que determinados grupos sociales logran definir las relaciones hacia fuera que la dependencia implica.

El foco está puesto en la compleja interacción entre fuerzas y movimientos sociales, alianzas históricamente dadas y estructuras económicas, políticas e ideológicas nacionales e internacionales. Prestar atención a las relaciones de clase que especifican a una formación social no implica desconocer los límites dentro de los cuales la acción de las fuerzas y grupos sociales se ejerce, como la base material de producción disponible, el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y su vinculación con las relaciones jurídico-políticas del propio país y de las naciones hegemónicas. Antes bien, supone que estos límites no son definitivos sino perpetuados, desplazados o transformados a través de la acción de aquellos grupos. Es por eso que, para Cardoso y Faletto, el concepto de dependencia es "causal-significante", porque establece las relaciones que hacen inteligibles las situaciones específicas de las formaciones sociales en función de la

"unidad dialéctica" entre los factores internos y externos[153]. Según estos teóricos latinoamericanos, no es posible separar estos dos aspectos en el análisis de las formaciones nacionales, pues la dinámica interna de los países dependientes no es más que un aspecto particular de la dinámica más general del sistema capitalista.

II. La cadena y sus eslabones

Este rodeo por la teoría leninista del imperialismo y los análisis de las situaciones de dependencia en América Latina de Cardoso y Faletto, nos permiten situar la reactualización del problema del imperialismo que elabora Poulantzas en los años 70. A grandes rasgos, los puntos de intersección entre esas dos fuentes teóricas que aparecen en sus textos conciernen a la imagen de una cadena de eslabones que utiliza Lenin en su folleto, y a la idea de unidad dialéctica entre factores internos y externos, que explica la dinámica de la dependencia para Cardoso y Faletto. Como marxista, todo el proyecto teórico de Poulantzas gira en torno a la cuestión de la dominación de clase, pero no en el sentido de una premisa de la que partir, si no como el punto nodal a explicar: ¿por qué el Estado capitalista es un Estado de clase? ¿Qué hace que las clases dominantes necesiten del Estado para su dominación? No obstante, estas preguntas se complejizan si se tiene en cuenta que, como constantemente subraya el teórico griego, solo tiene

153 Fernando H. Cardoso, "¿"Teoría de la dependencia"... op. cit., p. 137.

sentido hacerlas si se analizan Estados históricamente existentes, que tienen una constitución de clase singular; no en abstracto. Pero, al mismo tiempo, que cada Estado de una formación social determinada, forma parte de un conjunto: de un sistema capitalista internacional en el que se inscriben. Por eso, el estudio del Estado capitalista (o, más bien, *de los* estados capitalistas) tiene que ir acompañado, conjuntamente, de una conceptualización del modo de producción capitalista y de su expansión en cada formación social del conjunto mundial.

El modo de producción capitalista está caracterizado, para Poulantzas, por una doble tendencia que actualiza de manera simultánea: "su reproducción en el seno de una formación social donde «hace pie» y establece su predominio, y su extensión en el exterior de esta formación"[154]. Aunque no identifica el capitalismo con el imperialismo –porque se trataría de un estadio específico del primero[155]–, siguiendo a Rosa Luxemburgo observa que el modo de producción capitalista adopta una tendencia expansiva[156]. Es decir, que no puede existir más que expandién-

154 Nicos Poulantzas, *Las clases sociales en*... op. cit., p. 39.

155 "El término *estadio* remite a modificaciones de la estructura de un modo de producción y de la articulación de las relaciones que lo especifican. El término etapa (y el de período) remite a la periodización concreta de una formación social, que cubre más particularmente el campo de la lucha de clases". El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Fascismo y*... op. cit., p. 13.

156 Una característica que, recientemente (y apoyándose en el trabajo de Luxemburgo), ha sido teorizada por Klaus Dörre con la noción de *Landnahme*: un término que señala la apropiación de lo capitalista por lo no-capitalista, a través de la cual se despliega la expansión del capitalismo. Klaus Dörre, "Capitalismo, Landnahme y regímenes sociales

dose, ampliando y corriendo constantemente sus límites. Una tendencia que, en su fase imperialista-monopolista, se exacerba para el teórico griego como resultado de la internacionalización de las relaciones capitalistas en todos los niveles. Para descifrar esa doble tendencia ("dentro" de cada formación social y hacia "afuera") que Poulantzas identifica en la reproducción ampliada del modo de producción capitalista, es preciso volver a la distinción entre modo de producción y formación social, cuyas bases epistemológicas tienen sus raíces en la interpretación que Althusser elabora de la tópica marxista.

Un modo de producción (capitalista, feudal, esclavista, etcétera) es, para Poulantzas, un "objeto abstracto-formal" que no existe en la realidad. "Sólo existe de hecho una *formación social* históricamente determinada, es decir, un todo social –en el sentido más amplio– en un momento de su existencia histórica: la Francia de Luis Bonaparte", por caso[157]. No obstante, cada formación social singular presenta una combinación específica de diferentes modos de producción, entre los cuales uno detenta el papel predominante: en las formaciones sociales capitalistas, el modo de producción capitalista. Esto no quiere decir que una formación social esté conformada por una yuxtaposición de distintos modos de producción "apilados" entre sí. Pues, un

de tiempo: un panorama general", Pléyade. Revista de humanidades y ciencias sociales, N° 18, julio-diciembre 2016, pp.25-54.

157 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Poder político*... op. cit., p. 6.

modo de producción es un concepto, no una cosa (o un "objeto real-concreto"). Es decir, que "no existe más que en unas condiciones –económicas, políticas e ideológicas– precisas que determinan su constitución y su reproducción"[158]. En otros términos, los modos de producción solamente existen en situaciones concretas, esto es, en el entramado complejo de estructuras y de relaciones sociales que caracteriza a una formación social históricamente determinada.

Por eso, cuando Poulantzas elabora una periodización del capitalismo en estadios y en fases, la periodización se sitúa en el nivel de las formaciones sociales; no de los modos de producción. La transición de una fase a otra del capitalismo no deriva, para el teórico griego, del desarrollo necesario de unas tendencias inherentes a este modo de producción sino de la lucha de clases. Y el espacio donde se despliega la lucha de clases no es otro que el de cada formación social. De esta manera, no se trata de una periodización "por etapas" del modo de producción capitalista, según un esquema cronológico y lineal, sino de mostrar que los rasgos fundamentales de la reproducción ampliada del capitalismo son un efecto histórico de la lucha de clases, al mismo tiempo en cada formación social nacional y en el conjunto de las formaciones sociales a nivel mundial.

A partir de estas indicaciones, Poulantzas retoma la imagen de la cadena de eslabones de Lenin y le otorga un carácter más

158 Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*... op. cit., p. 45.

sistemático: así, la *cadena imperialista* no es otra cosa que el sistema capitalista mundial, de la cual los e*slabones* son las formaciones sociales capitalistas. La cadena imperialista consiste, para Poulantzas, en la reproducción del modo de producción capitalista en las formaciones sociales capitalistas bajo unas condiciones ideológicas, políticas y económicas concretas, siendo estas "los lugares de existencia" del proceso de reproducción ampliada del capitalismo[159]. Pero, como ya observaba Lenin, estos eslabones se desarrollan de manera desigual por las formas diferenciales que históricamente ha revestido la expansión y la consolidación del modo de producción capitalista en cada uno de ellos. Cada eslabón de la cadena está definido por un desarrollo desigual que es efecto, a la vez, de la configuración internacional de las relaciones capitalistas y del predominio que este modo de producción (el capitalismo) logra tener sobre los demás modos y formas de producción que coexisten en la formación social en cuestión. En esto consiste la doble tendencia que Poulantzas identifica en el capitalismo, clave para plantear la cuestión del imperialismo. A partir de la constatación de que el capitalismo únicamente puede existir "sometiendo a los demás modos y formas de producción, y apropiándose de sus elementos"[160], el teórico griego sostiene que esta dinámica se establece conjuntamente en dos planos: en cada formación social y en el conjunto

159 *Ibíd*, p. 47.

160 *Ibíd*, p. 39.

de las formaciones sociales (o la cadena imperialista). Y esta doble tendencia del capitalismo explica para el autor la conformación y la institucionalización de relaciones de dependencia entre las diferentes formaciones sociales en la fase imperialista.

Según Poulantzas, la delimitación que articula aquella cadena es la que distingue a las *metrópolis imperialistas* de las *formaciones sociales dominadas y dependientes*. Se trata, para el autor, de una delimitación que no debe confundirse con las relaciones coloniales o de tipo capitalista-comercial, aunque siga coexistiendo con estas bajo su predominio. En sus propias palabras, una formación social puede definirse como dominada y dependiente "cuando la articulación de su propia estructura económica, política e ideológica expresa unas relaciones constitutivas y asimétricas con una o varias formaciones sociales que ocupan, en relación con la primera, una situación de poder"[161]. Por consiguiente, la relación de dominación y dependencia no es "externa" a la formación social, sino que en su propia estructura está impresa esta relación. Cada eslabón de la cadena imperialista refleja en su propia estructura –en la organización de sus relaciones de clase, en sus aparatos estatales, en su ideología dominante, en la disposición de sus relaciones de producción, etcétera– la configuración de toda la cadena.

Esto no significa que las coordenadas "externas" de la cadena imperialista –es decir, el sistema internacional de las re-

161 *Ibíd*, p. 40.

laciones capitalistas en una fase concreta– determinen “desde afuera” y mecánicamente los cambios en las formaciones sociales. Por el contrario, significa que el estudio de una formación social particular no puede ser separado del estudio de sus interrelaciones con el sistema mundial, porque cada formación social está sobredeterminada por estas. Al analizar los aspectos singulares de una formación social en un momento dado de su historia, esta inevitablemente aparece vinculada con otras en la estructura de relaciones de producción e intercambio mundial. Su posición respecto del conjunto de las formaciones sociales es lo que define el carácter dependiente o dominante de cada una. Cada formación social interioriza y reproduce de manera específica, por lo tanto, las coordenadas de la cadena imperialista según su configuración sociohistórica particular. En palabras de Poulantzas, “las coordenadas “exteriores” de la cadena imperialista en cada país –relación de fuerzas mundial, papel de tal o cual potencia, etc. – *no gravitan sobre esos países más que por su interiorización*”[162]. O, lo que es lo mismo, al articularse con sus contradicciones.

Aprehender los aspectos cardinales de la fase imperialista del capitalismo es relevante para Poulantzas, entonces, en la medida en que esta delimita “las coyunturas de la lucha de clases, las transformaciones de clase y las relaciones de fuerza sociopolíticas internas” de cada formación social que explican

162 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 24.

sus modificaciones internas[163]. Si las coordenadas de la cadena imperialista no existen más que "interiorizadas" en cada formación social y enlazadas con sus contradicciones internas, no hay diferencia ontológica entre ambas. No existen, por un lado, factores internos y, por otro, factores externos que se incorporen e impacten sobre los primeros. Se evidencia de nuevo aquí la ontología relacional en la que se sostiene la teoría de Poulantzas: de lo que se trata es de pensar en simultáneo y en su afectación mutua a los dos elementos (factores "internos" y "externos"), no como dos polos diferenciados. En el estudio de las formaciones sociales –el análisis concreto de las situaciones concretas, como le llamaba Lenin– los factores internos priman, cuando se los piensa en una relación inmanente con las condiciones más generales en las que se insertan.

III. Estado y empresas multinacionales: las nuevas formas de dependencia

Mientras que las teorías de la dependencia se enfocan en la línea de demarcación que separa a las formaciones sociales dominantes de las formaciones sociales dependientes (bajo las coordenadas de la división entre centro-periferia), Poulantzas analiza la reorganización de las relaciones entre las propias metrópolis del imperialismo, en el momento en que Estados Unidos se vuelve la potencia hegemónica mundial. Su hipótesis es que las transformaciones en esta fase del capitalismo producen otra línea de

163 *Ibíd*, p. 24.

demarcación: no ya entre las formaciones dominadas y dependientes y las metrópolis imperialistas, sino al interior de estas. Una línea que indica las relaciones de dominación y dependencia entre las metrópolis (Estados Unidos, Japón y Europa). Para Poulantzas

> [l]as formas actuales de dependencia, incluso el "desarrollo del subdesarrollo", [...] han sido, en estos últimos años, ampliamente estudiadas. Lo que ha ocupado menos la atención son las modificaciones de la cadena imperialista en las relaciones entre las metrópolis. En efecto, las formas de acumulación del capital y de división internacional del trabajo que forman la base de esta reproducción ampliada del capitalismo en la relación metrópolis-formaciones dominadas, introducen aquí, en esta fase, una modificación capital: en el momento mismo en que la línea de demarcación y de límite entre metrópolis y formaciones dominadas se acentúa y se profundiza, asistimos al establecimiento de una nueva línea de demarcación, en el campo de las metrópolis, entre los Estados Unidos, de una parte, y las demás metrópolis del imperialismo, y en particular Europa, de otra[164].

Lo que Poulantzas observa es que la estructura de dominación y de dependencia que organiza las relaciones entre las metrópolis y las formaciones dependientes articula, aunque de otra manera, las relaciones entre las propias metrópolis. Para Poulantzas, lo que

164 *Ibíd*, p. 43-4.

define a esta fase del imperialismo es un *desdoblamiento asimétrico* entre dos líneas de demarcación que no son análogas, puesto que siguen correspondiendo a un dominio global de las metrópolis imperialistas sobre las formaciones sociales dependientes, pero que tampoco es análoga a la dominación que una metrópoli ejercía sobre las demás en fases precedentes del capitalismo. Se trata de una demarcación que pasa por el dominio, en el interior de cada metrópoli, de las relaciones de producción que caracterizan al capital monopolista norteamericano[165], y por la reproducción dentro de cada una de ellas de esta nueva relación de dependencia en todos los niveles. Así, las relaciones económicas, políticas e ideológicas que definen a cada metrópoli se reorganizan con la hegemonía norteamericana; que, por lo tanto, no tiene solo efectos en las formaciones dominadas y dependientes en la cadena imperialista, sino también en aquellas metrópolis.

A diferencia de las formas anteriores de imperialismo, para Poulantzas las formas que adopta la división internacional imperialista del trabajo en esa fase se caracterizan, ante todo, por la dirección que las relaciones de producción imprimen a los procesos de trabajo y a las fuerzas productivas a nivel mundial. Si la concentración del capital a escala internacional y la construc-

165 Recientemente, Leo Panitch y Sam Gindin han mostrado las relaciones entre el Estado norteamericano y la configuración actual del capitalismo, a través de un análisis histórico y estadístico que reconstruye el papel de "imperio global" que comenzó a ejercer Estados Unidos luego de la Segunda Guerra Mundial. Leo Panitch y Sam Gindin, *La construcción del capitalismo global*. *La economía política del imperio estadounidense*, Madrid, Akal, 2015.

ción de imperios financieros ya estaba presente en los comienzos del imperialismo, lo característico de esta fase es "la constitución, bajo propiedad económica única, de efectivas *unidades de producción complejas de procesos de trabajo estrechamente articulados e integrados –producción integrada– cuyos diversos establecimientos se reparten en varios países*"[166]. Es decir, el surgimiento de las *empresas multinacionales*. Aunque estas no son, para Poulantzas, más que uno de los efectos de los cambios en la cadena imperialista, resultan un ejemplo paradigmático de la integración de los procesos de trabajo y de las nuevas relaciones entre Estados Unidos y Europa en esa fase del imperialismo. Para Poulantzas, estas modificaciones en la cadena imperialista "deben ser comprendidas como estrategia del capital frente a las *condiciones actuales* de la baja tendencial de la tasa de beneficio"[167]. Dicho de otra manera, para contrarrestar la caída de la rentabilidad de la producción con el aumento de la tasa de explotación.

Como sostienen numerosos estudios económicos y políticos de la época, después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se convierte en la potencia hegemónica mundial. Algunos autores acentúan la importancia del capitalismo monopolista norteamericano para explicar esa posición de dominación[168];

166 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*... op. cit., p. 55.

167 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 59.

168 Paul Sweezy y Paul Baran, *El capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*, México, Siglo XXI, 1968.

otros, en el papel del Estado norteamericano y de los organismos internacionales en el financiamiento de las exportaciones estadounidenses, tanto de bienes de capital, como de servicio[169]. Poulantzas, en cambio, entiende que la novedad está en las nuevas características que adoptan las inversiones norteamericanas en el extranjero, en aumento luego de la posguerra. Observa que: a) ya no son las formaciones sociales periféricas el lugar privilegiado de inversión norteamericana, sino las metrópolis europeas; b) entre ellas, predominan las inversiones directas por sobre las de cartera; c) corresponden principalmente a industrias de transformación (a la producción de manufacturas), más que a la explotación de materias primas (o industrias extractivas); d) provienen de las ramas y de los sectores más concentrados de Estados Unidos; y e) están vinculadas también a la centralización del capital-dinero, a los grandes bancos y a los *holdings* financieros[170]. Haciendo honor a una proposición marxista elemental –la primacía de las relaciones de producción–, Poulantzas asegura que la *fusión* del capital industrial y del capital bancario en capital financiero no hace desaparecer el papel determinante del *capital productivo* en el proceso de reproducción del conjunto del capital social. Por eso, todo su análisis de las modificaciones de la fase monopolista del imperialismo se apoya en las trans-

169 Michael Hudson, *Super imperialismo: la estrategia económica del imperio norteamericano*, Barcelona, Editorial Dopesa, 1973.

170 Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*... op. cit., pp. 47-50.

formaciones que las empresas multinacionales imprimen en los procesos de producción de los países europeos y en la división internacional del trabajo.

Para Poulantzas, resulta significativo que buena parte del volumen de las mercancías producidas en Europa, que "sustituyen" a las exportaciones norteamericanas, se produzcan por firmas bajo control norteamericano. A través de análisis estadísticos, especialmente sobre la economía francesa, Poulantzas indaga los efectos en los países europeos de esa dominación del capital norteamericano, de la cual el funcionamiento de las empresas multinacionales es un ejemplo. Destaca, en particular, dos de esos efectos: la tendencia a la reunión de capitales provenientes de diferentes países, bajo propiedad económica única y bajo la dominación del capital proveniente de un país determinado; y la expansión del lugar en que este se constituye como relación social. El problema de la procedencia de los capitales es importante en tanto se refiere "*al lugar donde se entablan las relaciones sociales originarias y/o dominantes que constituyen ese capital*" –puesto que el capital es una relación, no una cosa[171]. Sin embargo, aquella reunión de capitales que expanden su base de explotación en varios países no está exenta de tensiones, sino que depende de relaciones de fuerza entre los capitales europeos y norteamericano: las contradicciones y la competencia entre ellos no se disuelven por esa reunión. Más bien, todo contrario, si se

171 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 56.

tiene en cuenta que, en tanto relación social, el capital condensa y reproduce poderes de clase.

Ahora bien, lo que le interesa a Poulantzas no es tanto el funcionamiento de aquellas empresas multinacionales bajo control norteamericano, como las formas de dependencia que las modificaciones en la cadena imperialista involucran en las metrópolis europeas y que no conciernen solamente a las relaciones de producción, sino que implican a la vez la extensión de ciertas condiciones ideológicas y políticas en aquellas metrópolis. Poulantzas distingue la dependencia ideológica –entendiendo por ideología no solamente un conjunto de ideas, sino "toda una serie de prácticas, de conocimientos, de modas, de rituales" que involucran a todos los niveles sociales, incluso al dominio económico[172]– de las formaciones dominadas respecto de las metrópolis, de aquella propia de las metrópolis respecto de Estados Unidos. En el caso de estas últimas, observa que las "formas ideológicas que cubren la dependencia compleja de las metrópolis en relación con el imperialismo dominante" están vinculadas con rituales, con prácticas y conocimientos articulados en torno a la producción[173]: las técnicas del *management*, el problema del *know-how*, los modos de organización empresarial, el privilegio de las ciencias de la información, etcétera.

172 *Ibíd*, p. 65.

173 *Ibíd*, p. 65.

En cuanto a las condiciones políticas, todo el análisis de Poulantzas gira alrededor de la desmitificación de una pregunta que todavía hoy sigue permeando algunos estudios: "¿qué *puede* –o *no puede*– el Estado *frente* a las grandes empresas multinacionales?"[174]. Como si, tanto el Estado como las multinacionales fueran entidades con poder propio que compiten en una suma-cero, donde el primero pierde poder frente a las últimas. Si el Estado condensa poderes de clase, como sostiene Poulantzas, la cuestión se desplaza hacia la configuración específica de clases de las metrópolis europeas y sus vínculos nacionales e internacionales. La pregunta central es, entonces, para Poulantzas: ¿qué relaciones mantienen las burguesías europeas con el capital norteamericano y cómo estas relaciones tienen efectos en la propia conformación del Estado?

Poulantzas se encuentra con que, fruto de la reconfiguración mundial del capitalismo, la clásica distinción entre la burguesía nacional y la burguesía *compradora* no parecía dar cuenta de aquellas relaciones, porque lo que estaba surgiendo era una burguesía que, en algún modo, reunía aspectos de ambas[175]. Una

174 *Ibíd*, p. 66.

175 Poulantzas define a la burguesía nacional como "la fracción autóctona de la burguesía que, a partir de determinado tipo y grado de contradicciones con el capital imperialista extranjero, ocupa en la estructura ideológica y política, un lugar relativamente autónomo, y presenta así una unidad propia". En cambio, tradicionalmente se entiende por burguesía *compradora* "la fracción burguesa que no tiene base propia de acumulación del capital, que actúa, en cierto modo, como simple "*intermediaria*" del capital imperialista extranjero […], y que está así, desde el triple punto de vista económico, político e ideológico, enteramente adscrita al capital extranjero". El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 67.

burguesía que, aunque por momentos se presentaba como intermediando entre el capital nacional y el capital extranjero, tenía un asiento económico y una base de acumulación propias a la vez en el interior de su formación social y en el exterior. A esta burguesía, Poulantzas la designa, "provisionalmente y a falta de otro [concepto] mejor, con el término de *burguesía interna*"[176]. Debido a la reproducción del capital norteamericano, y de sus condiciones económicas, ideológicas y políticas, en el seno de las formaciones sociales europeas, esta burguesía está imbricada por múltiples lazos de dependencia con aquel. Una dependencia que no supone simplemente la transferencia de plusvalía en beneficio del capital norteamericano, sino también "efectos de disolución de su autonomía político-ideológica"[177]. Precisamente, el fenómeno de la burguesía interna resulta clave, de acuerdo con Poulantzas, para plantear el problema de los Estados nacionales en esta fase del imperialismo, puesto que permite explicar cómo los propios Estados interiorizan las contradicciones y las tensiones de la cadena imperialista. Esto es, cómo la internacionalización de las relaciones capitalistas tiene en los Estados nacionales un emplazamiento fundamental. En un célebre párrafo, Poulantzas sostiene que:

176 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 68.

177 *Ibíd*, p. 68.

> [l]a internacionalización actual del capital no suprime ni se salta los estados nacionales, ni en el sentido de una integración pacífica de los diversos capitales "por encima" de los estados -al operarse todo proceso de internacionalización bajo el predominio del capital *de un país determinado*-, ni en el sentido de su extinción bajo el super-Estado norteamericano, como si el capital norteamericano dirigiese pura y simplemente a las demás burguesías imperialistas. Pero esta internacionalización, por otra parte, influye profundamente en la política y en las formas institucionales de esos estados por su inclusión en un sistema de interconexiones, que no se limita en modo alguno a un juego de presiones "externas" y "mutuas" entre estados y capitales yuxtapuestos. *Estos estados toman ellos mismos a su cargo los intereses del capital imperialista dominante en su desarrollo en el propio seno de la formación "nacional", a saber, en su interiorización compleja en la burguesía interna que domina*[178].

Los Estados nacionales constituyen, por lo tanto, momentos elementales del proceso de reproducción internacional del capital bajo la dominancia del capital norteamericano. Tal vez esto parezca una obviedad hoy, luego de décadas de globalización y de desnacionalización de los marcos jurídicos e institucionales nacionales[179]; pero en los años 70, con la emergencia de la Comunidad Económica Europea, de los organismos inter-

178 *Ibíd*, p. 69.

179 Saskia Sassen, *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales medievales a los ensamblajes globales*, Madrid, Katz, 2010.

nacionales y supranacionales y las empresas multinacionales, la posición de Poulantzas resultaba pionera. De igual manera que Cardoso y Faletto, el teórico griego no entiende a la dependencia como algo que desde fuera se le impone a una formación social, sino en función de las propias contradicciones de clase de esa formación. Así, la contradicción principal que para el autor define la dependencia de las metrópolis europeas respecto de Estados Unidos no concierne a una oposición entre el capital internacional y el capital nacional, como si fuesen dos entidades yuxtapuestas. Antes bien, "la dependencia del capital autóctono respecto del capital norteamericano *atraviesa las diversas fracciones* del capital autóctono, de donde precisamente su *desarticulación interna*"[180]. Por medio de una serie de mediaciones económicas, políticas e ideológicas, las relaciones de clase de las metrópolis europeas encarnan también contradicciones internacionales, es decir, entre las metrópolis imperialistas (o contradicciones *interimperialistas*) y entre estas y las formaciones dominadas y dependientes. De modo que las contradicciones entre las burguesías autóctonas de las metrópolis europeas no remiten simplemente a un espacio nacional; están ya inscritas en un proceso de reproducción internacional del capitalismo. Por eso propone Poulantzas el concepto de burguesía interna: para dar cuenta de esta interiorización, en las contradicciones de cada formación social, del proceso de internacionalización de las re-

180 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*… op.cit., p. 70.

laciones capitalistas en el que Estados Unidos es la potencia hegemónica. Como factor de cohesión y en su papel de organización de la hegemonía, el Estado-nación interviene "en un campo interior atravesado ya por las contradicciones interimperialistas y donde las contradicciones entre las fracciones dominantes en el seno de su formación social *están ya internacionalizadas*"[181].

Interrogarse por el rol y la pertinencia del Estado nacional en la fase imperialista del capitalismo resulta crucial para situar el problema de la dependencia, tanto de las metrópolis imperialistas como de las formaciones dominadas y dependientes, en la medida en que es el Estado el que condensa las contradicciones de clase del conjunto de la formación social, que no están desvinculadas de las contradicciones de clase mundiales. Como sugieren Cardoso y Faletto, la dependencia exige un análisis concreto de una situación concreta, más que uno de tipo formal y abstracto. Es decir, un análisis que considere las alianzas e intereses de clase, a la vez en el plano interno de cada formación social y en el plano internacional, que conducen el proceso de internacionalización de las relaciones capitalistas. En este sentido, Poulantzas se pregunta por la configuración del bloque en el poder –de la alianza de clases y fracciones de clase políticamente dominantes– en las metrópolis europeas y sostiene que este "no puede ser comprendido en lo sucesivo en un plano puramente *nacional*", porque los estados asumen y legitiman no solamente

181 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 70.

los intereses de sus burguesías internas, sino también los intereses del capital imperialista dominante y de los demás capitales imperialistas[182]. No obstante, esto no quiere decir que esos capitales "extranjeros" formen parte directamente como tales, esto es, como fuerzas sociales y políticas relativamente autónomas, del bloque en el poder de cada metrópoli. Poulantzas explica que, por ejemplo, si fracciones de la burguesía norteamericana o alemana están "presentes" en el bloque en el poder francés y tienen efectos en los aparatos del Estado es debido a "su interiorización y representación en el seno mismo de la burguesía francesa y por la reproducción inducida del capital imperialista dominante en las metrópolis imperialistas"[183]. Ahora bien, estas contradicciones y desplazamientos dentro del bloque en el poder no corresponden exclusivamente a las relaciones entre clases y fracciones dominantes, sino que estas están sobredeterminadas por la contradicción entre clases dominantes y clases dominadas.

Que algunas fracciones de las burguesías internas de las metrópolis tomen a su cargo, por mediaciones complejas, los intereses de capitales extranjeros, no significa que el Estado pierda su carácter nacional o deje de ser relevante en el contexto de internacionalización. En cambio, como condensación material de relaciones de fuerza entre clases, el Estado traduce –aunque no de forma directa e inmediata– las contradicciones del conjun-

182 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 71.

183 *Ibíd*, p. 71.

to de la formación social; condensa y resume en un "equilibrio inestable de compromisos" la lucha de clases de cada formación, que está atravesada por ciertas condiciones económicas, políticas, culturales, ideológicas, simbólico-lingüísticas, territoriales, étnicas, etcétera, que le dan entidad y unidad a la nación. De hecho, Poulantzas observa que es la forma nacional la que prima en las luchas de las masas populares, por más que estas se desarrollen en un escenario mundial que impacta en las coyunturas concretas. Además, la reproducción ampliada del capital no es únicamente un proceso económico, sino un proceso de reproducción de las clases sociales y de la lucha de clases en toda su complejidad. El Estado aparece, entonces, como una c*aja de resonancia* de las transformaciones en la reproducción de las relaciones sociales a nivel nacional y mundial, simultáneamente[184]. En el capítulo que sigue, abordamos estas modificaciones que Poulantzas registra en los estados de las metrópolis europeas, donde *cierta forma de democracia política a secas* aparece en peligro[185], con el desplazamiento de un tipo de legitimidad política soberana a una legitimidad técnico-productiva.

184 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 162.

185 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 163.

Capítulo 5.
Los caminos esquivos de la revolución

I. Un coloso con pies de barro: el estatismo autoritario

Como vimos en el capítulo anterior, Poulantzas rastrea en la configuración del bloque en el poder de los estados europeos las nuevas formas de dependencia que emergen entre las metrópolis del imperialismo con la dominancia del capitalismo monopolista norteamericano. Una dependencia que no se limita a lo económico o a la transformación de las relaciones de producción, sino que atraviesa a todas las instancias de las formaciones sociales de Europa. Así, Poulantzas observa cambios importantes a nivel político e ideológico en estas: identifica, al igual que otros teóricos en esa época (como Jürgen Habermas y Claus Offe), una crisis de legitimidad en los estados europeos vinculada con una nueva articulación entre lo económico, el Estado y la ideología, y con la crisis del modelo de Estado de bienestar. De este modo, se entrelazarían dos procesos: una crisis interna en el Estado, por las contradicciones que surgen en sus aparatos cuando este asume nuevas funciones económicas centrales para garantizar la reproducción ampliada del capital social, y un desplazamiento de la legitimidad burguesa tal como se presentaba bajo la figura de la soberanía popular. El resultado es el surgimiento de una nueva forma de Estado que Poulantzas define, "a falta de otro [término] mejor", con el concepto de *estatismo autoritario*[186].

186 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 247.

Un término que señala la tendencia general de esta mutación: "el acaparamiento acentuado por el Estado del conjunto de las esferas de la vida económico-social *articulado* con la decadencia decisiva de las instituciones de la democracia política y [con] la restricción draconiana y multiforme de las llamadas libertades "formales", cuya realidad se descubre ahora que se van, llevadas por la corriente"[187].

Poulantzas advierte que estas transformaciones no conforman un fenómeno pasajero y fácilmente reversible, sino que se trata de un proceso relacionado con la reproducción del capitalismo a escala mundial; es decir, con las modificaciones en la cadena imperialista y con las nuevas relaciones de dependencia entre las metrópolis imperialistas. Por lo tanto, para el teórico griego estas transformaciones conciernen al conjunto global de los países capitalistas, aunque bajo diferentes regímenes en función de la coyuntura específica de cada país y de su posición en la cadena. En Francia, por ejemplo, este estatismo asumiría, paradójicamente, la forma de un régimen neoliberal. Sin embargo, más allá de esas diferencias, su diagnóstico es que la forma tradicional "de democracia política y representativa parece superada ya bajo el capitalismo"[188]. No se trataría, sin embargo, del surgimiento de un nuevo Estado de excepción (o de un "nuevo fascismo"), sino de la nueva forma *democrática* del Estado capitalista. Como sostiene Poulantzas,

187 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 248.

188 *Ibíd*, p. 249.

> [l]a emergencia del estatismo autoritario no puede identificarse, por tanto, ni con un nuevo fascismo ni con un proceso de fascistización. Este Estado no es ni la nueva forma de un efectivo Estado de excepción, ni la forma transitoria hacia tal Estado: *representa la nueva forma "democrática" de la república burguesa en la fase actual.* Es a la vez […] mejor (mantiene una indudable realidad democrática) y peor (no es el fruto de una simple coyuntura que bastaría invertir para restablecer las libertades que se contraen como piel de zona)[189].

Lo que Poulantzas observa es un cambio profundo en la "república democrática burguesa", que consiste en el alejamiento de las masas populares de los centros de decisión políticos y económicos y en la creciente brecha entre sus representaciones de la democracia política y sus condiciones reales de vida, que hacen cada vez más aleatoria su participación en las instituciones democráticas. Ahora bien, ¿por qué le llama estatismo autoritario? La crisis global de los años 70, por el aumento de los precios del petróleo y la inflación, marcó el fin de casi tres décadas de crecimiento económico ininterrumpido y de estabilidad social y política en los países del capitalismo avanzado durante la posguerra. Bajo formas y ritmos específicos, la crisis impactó tanto a nivel económico como a nivel político e ideológico y tuvo como efecto una reestructuración mundial del capitalismo. En el nivel político, en las sociedades capitalistas avanzadas Poulantzas advierte un proceso de expansión considerable del

189 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 254.

Estado en áreas de la vida social que antes permanecían ajenas a su intervención: como la capacitación laboral, el medioambiente y el ocio. No obstante, la imagen que Poulantzas describe no es la de un Estado todopoderoso (Estado-Moloch) sino la de un "coloso con pies de barro": el *estatismo* no designa aquí "un reforzamiento unívoco del Estado, sino que constituye, más bien, el efecto de una tendencia, cuyos polos se desarrollan desigualmente, de *reforzamiento-debilitamiento* del Estado"[190].

En respuesta a la aguda crisis económica y para evitar el aspecto "salvaje" de otras crisis anteriores (como la de 1930), el Estado capitalista habría asumido en aquellos países europeos nuevas funciones económicas que paradójicamente constituirían al mismo tiempo un importante factor de desestabilización. Por un lado, las modificaciones en el proceso de trabajo y la crisis económica habrían contribuido a deshacer el relativo consenso social de los años de posguerra y a politizar las luchas de las masas populares, ahora confrontadas directamente con el Estado por su expansión. Por otro lado, la compleja interiorización del capital extranjero (en particular, el norteamericano) en los países europeos y su vínculo con algunas fracciones del capital autóctono, habrían acentuado las contradicciones dentro del bloque en el poder. Las acciones económicas del Estado para controlar la crisis (como la desvalorización de ciertas fracciones del capital, la reestructuración industrial y las ayudas selectivas a ciertos

190 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 250.

capitales, etc.) tendrían como efecto una profundización de estas fisuras entre clases y fracciones dominantes: en la medida en que el Estado actúa masivamente en favor de ciertos intereses económico-corporativos, les otorga a estos un carácter político y, por lo tanto, se convierte en un factor directo de crisis política, que pone constantemente en entredicho la organización de la hegemonía y del interés general de la burguesía[191]. Así, esta inestabilidad hegemónica de las clases dominantes, junto con el despliegue de luchas y alianzas populares novedosas, requeriría una intervención política acrecentada del Estado para hacer frente a las rupturas en la unidad nacional provocadas por la crisis.

El autoritarismo de esta nueva forma de Estado radicaría fundamentalmente en dos mecanismos para Poulantzas: primero, en el reforzamiento y la creciente centralización de las decisiones en el poder ejecutivo, en lugar del parlamento (el sitio de la representación popular). Esto alejaría las reivindicaciones e intereses populares de la política estatal. La burocracia estatal se convertiría en el actor principal de la elaboración de la política estatal: ya no se trataría "del establecimiento de compromisos políticos en la escena parlamentaria, o sea de una elaboración pública de los intereses hegemónicos bajo la forma de un interés nacional", sino de una negociación extraparlamentaria de intereses específicos[192]. El poder ejecutivo asumiría en el esta-

191 *Ibíd.*

192 *Ibíd*, p. 275.

tismo autoritario el dictado de normas y de reglas adaptadas a coyunturas, situaciones e intereses concretos. A su vez, este desplazamiento y centralización del poder en la burocracia estatal implicaría para el autor inevitablemente una restricción de las libertades políticas, porque son estas las que permiten ejercer un control democrático y público de la actividad estatal.

En segundo lugar, el autoritarismo estaría para Poulantzas en la implantación de nuevas técnicas de poder tendientes a modificar la propia materialidad del cuerpo social de individuos-ciudadanos libres e iguales ante la ley, que sería el fundamento de la democracia representativa tradicional. En este punto, es preciso reconstruir el argumento de Poulantzas a partir de ciertas indicaciones y problemáticas que trabaja a lo largo de EPS y en escritos anteriores. En PPCS, Poulantzas establecía que lo característico del Estado moderno es el doble movimiento mediante el cual este individualiza el cuerpo social y crea individuos-sujetos jurídico-políticos separados de sus relaciones de clase a la vez que los reúne en la unidad formal del pueblo-nación, cuya voluntad representaría. Se trataría de dos caras de la misma moneda: un efecto de aislamiento y un efecto de representación y de unificación que constituiría a la esfera de lo individual-privado como algo relativamente separado y distinto de la esfera pública-estatal. En EPS Poulantzas aclara, tomando a Foucault como referente, que este doble efecto no se reduce al dominio jurídico-político, pues se traduce en técnicas de poder materia-

les y concretas que el Estado ejerce sobre aquellos sujetos para moldear inclusive (o, sobre todo) su propio cuerpo:

> la individualización del cuerpo social sobre el cual se ejerce el poder del Estado moderno remite a las relaciones de producción y a la división social del trabajo. El Estado desempeña aquí un papel decisivo, que yo había designado en *Poder político y clases sociales* como "efecto de aislamiento". Pero aun indicando que este efecto es "terriblemente real" tenía tendencia a limitarlo, en lo esencial, a los mecanismos de la ideología jurídico-política y al papel ideológico del Estado. Mientras que ahora puede verse (y esta es la aportación original, en mi opinión, de Foucault) que este papel del Estado se traduce en la materialidad de sus técnicas de ejercicio del poder, consustancial con su propia estructura, técnicas que moldean a los sujetos sobre los cuales se ejerce ese poder, hasta en su misma corporeidad[193].

Lo individual-privado integra entonces el campo estratégico del Estado y solo existe por el Estado, que contribuye a fabricar –mediante un conjunto de *técnicas de saber* y de *prácticas de poder*[194]– esa individualidad. Más que una simple creación de la ideología, el individuo es para Poulantzas "el punto de cristalización material" de un conjunto de prácticas[195] (ideológicas,

193 *Ibíd*, p. 78.

194 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 74.

195 *Ibíd*, p. 72.

políticas, económicas) en la división social del trabajo, que el Estado no solo registra, sino que organiza y cohesiona en sus propios aparatos. De modo que, en lugar de ser un límite intrínseco para el ejercicio del poder del Estado capitalista, lo individual-privado sería el canal de ejercicio de ese poder, su punto de impacto. El ejemplo que da Poulantzas aquí es el de la familia moderna, "ese lugar privado por excelencia" que se instaura a la par y en convergencia con el surgimiento del espacio público estatal, no como su exterior intrínseco sino como el conjunto de las prácticas materiales del Estado que forma a cada uno de sus miembros en un rol determinado[196].

Si lo individual-privado es una creación del Estado, concomitante con su separación relativa de la sociedad, y no una sustancia que le imponga desde afuera límites a su poder, que suponga una barrera a su injerencia, ¿dónde encuentra el Estado capitalista sus límites? Para Poulantzas, en las luchas y las relaciones de fuerza entre clases. De hecho, el autor advierte que la propia manera en la que se modela a los cuerpos y en que se constituye el espacio de lo individual-privado está directamente vinculada con los retrocesos y con los avances de las luchas y de las resistencias de las clases populares, cuando toman una forma política. El Estado capitalista encontraría sus límites entonces en su propia materialidad por las luchas populares, y no en una exterioridad radical. Luchas que se interiorizarían en este Estado

196 *Ibíd*, p. 81.

por medio de las instituciones de la democracia representativa. Así, lo individual-privado limitaría el poder del Estado a través de la democracia representativa: "una de las figuras privilegiadas, en las sociedades modernas, de la relación de clases *en* el Estado […] que por muy mutilada que sea por las clases dominantes y por la materialidad del Estado, no deja de ser una inscripción, en el seno de esa materialidad, de las luchas y las resistencias populares"[197]. En su forma moderna, el Estado existe como un espacio público-privado. Por eso, aunque no sea la única forma de limitar su poder, la democracia representativa es una forma decisiva de resistencia en el terreno capitalista porque condensa las conquistas de las clases oprimidas. Al igual que los derechos humanos –una victoria de las luchas populares, más que del individuo frente al Estado–, la democracia representativa permitiría situar en el campo estratégico del Estado las luchas y las resistencias de las clases.

¿En qué consistiría, entonces, aquella modificación del cuerpo social en el estatismo autoritario? Aunque Poulantzas se limita a mencionar esto y no lo elabora, en EPS sugiere que se vincularía con aquella separación creciente de las masas populares respecto de la elaboración de las políticas estatales y con su alejamiento y desconfianza de las instituciones de la democracia representativa que, justamente, permitirían ejercer un control sobre estas políticas del Estado. Las transformaciones en la demo-

197 *Ibíd*, p. 83.

cracia política limitarían cada vez más la injerencia y la participación de las masas populares en el Estado, con la instalación de un dispositivo institucional preventivo diseñado para aislar ciertas prácticas institucionales del disenso social y político. Esto estaría acompañado por la modificación decisiva en la propia racionalidad de legitimación de las políticas estatales: ya no se trataría de la racionalidad de la soberanía popular, cuyo marco de referencia sería el supuesto interés general del pueblo-nación, sino más bien de la racionalidad técnico-instrumental de la eficacia. Como sugiere en CSCA, estas transformaciones en la racionalidad de la legitimación tendrían el objetivo de

> ocultar, a los ojos de las masas populares, el papel actual del Estado y la índole del papel político que el Estado cristaliza, bajo la apariencia de una *instancia técnica y neutra,* el *tecnocratismo* actual que suplanta el dominio, en el seno de la ideología burguesa, de la región jurídico-política de la ideología. La ideología del Estado "pluralista", "árbitro" entre los intereses de los "grupos sociales" y portador de la "voluntad general" de los "individuos-ciudadanos", ha sido suplantada por la del Estado-instancia "técnica" frente a las "necesidades" intrínsecas de la "producción", de la "industrialización" y del "progreso técnico"[198].

Del Estado como supuesto portador del "interés general" al Estado como un garante del proceso tecnoeconómico de la produc-

198 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales en*... op. cit., p. 163.

ción, lo que se desplaza no es únicamente la forma tradicional de la democracia parlamentaria sino una forma de la democracia política y de su fundamento en la ideología jurídico-política de individuos-ciudadanos libres e iguales ante la ley.

Poulantzas conecta estas transformaciones en el Estado con las modificaciones del capitalismo en su fase imperialista-monopolista. Así, el viraje hacia una racionalidad técnica está vinculado con una reorganización integral del Estado en función de su papel económico. Poulantzas observa que el Estado empieza a asumir nuevas "funciones económicas" en respuesta a la crisis mundial del capitalismo y que esas funciones redisponen el conjunto de las operaciones del Estado: desde las medidas ideológicas y represivas, la estructuración del espacio-tiempo y los procesos de individualización, hasta la elaboración de los discursos tácticos y la producción científica, el conjunto de los aparatos del Estado se reestructura en torno a ese papel económico[199]. Todas las actividades del Estado se reconvierten tomando como un hilo conductor estas nuevas actividades económicas. Poulantzas sugiere que esta racionalidad tecnocrática que surge de aquella reorganización integral del Estado, pese a tener como punto de elaboración y de anclaje a las ramas y aparatos estatales, las desborda ampliamente. Vale la pena citar completo el fragmento donde el teórico griego elabora esta transformación del ejercicio del poder en el capitalismo contemporáneo:

199 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit.

> Esta nueva matriz del ejercicio del poder, anclada en los mismos procesos que dictan el nuevo papel de la administración-burocracia del Estado, se irradia y propaga en todos los campos de la vida social. Sobrepasa con muchos los meros aparatos del Estado (incluso concibiendo, como es debido, de modo amplio el espacio del Estado), pese a ser aquí donde se elabora preferentemente. Más allá incluso de una estatización de la vida social, pero injertándose y apoyándose en ella -por lo demás muy real y creciente- se erige en verdadero código general una nueva modulación estatista-autoritaria del ejercicio del poder. En ese código se inscribe el funcionamiento del poder en el conjunto de las relaciones y vínculos sociales. No se trata de una simple multiplicación analógica, por mimetismo, de un "modelo" de ejercicio estatal del poder en los dispositivos extra-estatales [...]; tampoco se trata de un cierto arquetipo-diagrama que rija, de manera inmanente a todo poder, los micropoderes moleculares en que se disolvería el Estado. Se trata, en fin, de la matriz de nuevas formas de división social del trabajo, sin duda presente, como molde originario, en las diversas relaciones sociales pero que actualmente se elabora y ritualiza, ante todo, en el dispositivo administrativo del Estado hacia el cual convergen las relaciones sociales. *Todo poder actual funciona según el estatismo autoritario*"[200].

El Estado, entendido en un sentido integral (que incluye a las Iglesias, los partidos políticos, las escuelas y las universidades, los sindicatos, los medios de comunicación, el dominio de la

200 El resaltado es de Poulantzas. *Ibíd*, p. 293-4.

“cultura”, las empresas, la familia, etc.)[201], es el epicentro de una reorganización social donde el ejercicio del poder en los diferentes niveles toma la forma de un autoritarismo.

Por caso, Poulantzas identifica en las prácticas de control social una mutación hacia una reglamentación individualizada en la que los individuos son leídos como “potenciales culpables”, es decir, donde la sospecha recae en principio sobre cada miembro del cuerpo social. El encierro de los “fuera de la ley” se articula para Poulantzas “con la cuadriculación de la población por circuitos multiformes, diseminados en la trama social”[202]; o, lo que es lo mismo, con el despliegue de una red jurídico-policial donde los circuitos de control social se difunden y prolongan capilarmente en toda la población. Algo que, años después, Gilles Deleuze define como el paso de las sociedades disciplinarias a las “sociedades de control”[203], donde los sistemas cerrados propios de las disciplinas (como el encierro en las escuelas, en las fábricas y en las cárceles) son reemplazados por un control abierto (“al aire libre”). Al mismo tiempo, Poulantzas registra en las nuevas formas de la división y organización social del trabajo “la disciplina y el despotismo, las reglas de organización casi militar, la jerarquía, la centralización de las decisiones y de

201 Nicos Poulantzas, *Fascismo y...* op. cit.

202 *Ibíd*, p. 268.

203 Gilles Deleuze, “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, en *Conversaciones*, Valencia, Letra E, 1996, pp. 247-255.

las sanciones"[204]. De esta manera, los espacios de lo público y lo privado, de lo político y lo económico-social, se transforman radicalmente bajo el estatismo autoritario.

II. Estatismo autoritario: ¿otra forma de decir neoliberalismo?

Las advertencias de Poulantzas respecto del devenir de la democracia política resultan en buena medida premonitorias de lo que vendría con el ascenso mundial del neoliberalismo como el arte de gobierno ubicuo en las sociedades occidentales. Como señala Wendy Brown, quizás la ironía más grande del siglo XX haya sido que, "al final de la Guerra Fría, mientras los especialistas clamaban el triunfo mundial de la democracia, se desataba una nueva forma de razón gubernamental en el mundo euroatlántico que inauguraría la demolición conceptual de la democracia y su evisceración sustantiva"[205]. El vaciamiento de la democracia liberal que el neoliberalismo viene produciendo desde hace décadas ya estaba esbozado en la concepción poulantziana de estatismo autoritario, como una forma de Estado que se apoya y legitima en una racionalidad tecnoeconómica y burocrática, desplazando a la soberanía popular. El autor escribe en un momento de transiciones en el capitalismo euroatlántico: del keynesianismo y la primacía del modelo de Estado de bienestar, a la

204 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 262.

205 Wendy Brown, *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona, Malpaso, 2016, p. 3.

reconversión autoritaria y burocrática del Estado; del crecimiento económico acompañado de estabilidad social y política, a los ajustes económicos, la crisis de legitimación y el debilitamiento del poder de los sindicatos. Aunque Poulantzas no defina a estas transformaciones como un proceso de neoliberalización o como la expansión de una lógica neoliberal en todo el mundo, sus análisis apuntan a un fenómeno central para comprender la eficacia del neoliberalismo: la transformación de la democracia a partir de parámetros económicos, vinculados con una ideología que presenta al Estado como una instancia "técnica" que administra las "necesidades" intrínsecas de la producción, de la industrialización y del progreso tecnoeconómico. Si bien muchos autores contemporáneos a Poulantzas percibieron la importancia de los experimentos neoliberales en países de América Latina, Asia, África y el Caribe, fueron pocos los que notaron su presencia en las metrópolis imperialistas[206]. Uno de los primeros en conceptualizar el neoliberalismo fue Michel Foucault en su curso de 1978-1979 en el Collège de France.

En vez de estudiar al neoliberalismo como una teoría económica, Foucault pone el acento en la racionalidad política que supone. El asunto está en el modo de gobierno de las conductas que involucra, en la manera en que desde la administración del Estado se intenta modificar el entramado social existente. Para Foucault, a diferencia del liberalismo clásico, el neoliberalismo

206 *Ibíd*, p. 50.

se pregunta si la economía de mercado puede servir de fundamento, principio y modelo para un Estado al que, en función de una "crítica inflacionaria", se representa caracterizado por un poder de expansión que sin cesar interviene sobre lo que constituye su blanco: la "sociedad civil". El neoliberalismo invertiría, entonces, el problema del liberalismo clásico: la pregunta ya no sería por la libertad que le otorga el Estado a la economía, sino si es posible que esta libertad económica tenga un papel de estatización y pueda constituirse como un mecanismo regulador sobre la sociedad. De lo que se trata es de producir una *razón gubernamental* o un tipo de racionalidad que se ejerce en los procedimientos por medio de los cuales se intenta dirigir la conducta de los individuos desde la administración estatal.

El modo de gobierno neoliberal no borra el intervencionismo estatal; más bien, lo redirecciona. Ya no buscará intervenir en los procesos económicos para corregir los efectos nocivos del mercado sobre la sociedad, sino actuar en la trama misma de esta última. Como el objetivo de la racionalidad neoliberal es, para Foucault, "la constitución de un regulador de mercado general sobre la sociedad", "tiene que intervenir sobre esa sociedad para que los mecanismos competitivos, a cada instante y en cada punto del espesor social, puedan cumplir el papel de reguladores"[207]. El objeto de la acción gubernamental es, por lo tanto, la sociedad o el entorno social, al que se intenta modelar en función de la

207 *Ibíd*, p. 179.

empresa –la forma por excelencia que adopta la economía de mercado. Foucault observa que el arte neoliberal de gobierno generaliza y multiplica en todos los ámbitos esta forma empresa, para hacer de la oferta y la demanda, de la inversión y el cálculo de costo y beneficio, el modelo de las relaciones sociales: “un modelo de la existencia misma, una forma de relación del individuo consigo mismo, con el tiempo, con su entorno, el futuro, el grupo, la familia”[208]. De manera que el mercado y la forma empresa se convierten, bajo el neoliberalismo, en una grilla de inteligibilidad de las relaciones sociales y de los comportamientos de los individuos.

Como grilla de inteligibilidad de las conductas, como modo de existencia y método de pensamiento, el neoliberalismo –en particular, el de la escuela norteamericana– redefine el conjunto de los fenómenos sociales, introduciendo un principio económico a ámbitos no económicos hasta entonces, como la salud, la educación y el sistema penal. En sus clases, Foucault examina el cambio epistemológico que produce el análisis neoliberal, con su teoría del *capital humano* y del *homo œconomicus* como “empresario de sí mismo”:

> En el neoliberalismo –que no lo oculta, lo proclama– también vamos a encontrar una teoría del *homo œconomicus*, pero en él este no es en absoluto un socio del intercambio. El *homo*

208 *Ibíd*, p. 278.

œconomicus es un empresario, y un empresario de sí mismo. Y esto en tan cierto que, en la práctica, va a ser el objetivo de todos los análisis que hacen los neoliberales: sustituir en todo momento el *homo œconomicus* socio del intercambio por un *homo œconomicus* empresario de sí mismo, que es su propio capital, su propio productor, la fuente de (sus) ingresos. No voy a hablarles de esto porque sería demasiado largo, pero en Gary Becker, justamente, encontrarán toda una teoría muy interesante del consumo. Él dice: de ninguna manera hay que creer que, en un proceso de intercambio, el consumo solo consiste en el hecho de que alguien compra y hace un intercambio monetario para obtener una cantidad de productos. El hombre del consumo no es uno de los términos del intercambio. En la medida en que consume, el hombre del consumo es un productor. ¿Y qué produce? Pues bien, produce simplemente su propia satisfacción. Y el consumo debe considerarse como una actividad de empresa por la cual el individuo, precisamente sobre la base de un capital determinado del que dispone, producirá algo que va a ser su propia satisfacción[209].

Traducida a los ámbitos de la salud y de la educación, esta teoría del capital humano supone repensar todos los problemas –desde los primeros cuidados en la infancia y el análisis de los ambientes educativos hasta la estimulación de tal o cual forma de vida y la elaboración de políticas sanitarias– como elementos que forman parte de una inversión. Lo mismo sucede en el dominio del derecho y, en particular, del sistema penal: la propia definición

209 *Ibíd*, p. 264-5.

del crimen y del criminal ya no se asienta en tales o cuales características de los sujetos sobre la base de determinados rasgos antropológicos o morales sino sobre unas conductas entendidas desde la lógica de la inversión, el riesgo y la ganancia. Un criminal puede ser cualquier individuo que, en el cálculo de la inversión en una acción de la que se espera una ganancia, acepta el riesgo de una pérdida: corre el riesgo de ser castigado por la ley. Se produce, por ende, un desplazamiento en el sistema penal desde una clasificación de los individuos en normales y anormales o patológicos (y de toda una "antropología del crimen"), hacia una comprensión del crimen en términos del *homo œconomicus*, en la que el derecho adopta el punto de vista del acto e intenta regular una serie de conductas (una "oferta de crimen"[210]).

La racionalidad neoliberal que Foucault investiga modifica radicalmente la grilla de lectura de la acción del poder público: toda política estatal es leída en términos de mercado. Mientras que el liberalismo clásico le pedía al gobierno "dejar hacer" para respetar la forma del mercado y la libertad de los individuos, el neoliberalismo invierte el principio del *laissez-faire*. En lugar de un principio de autolimitación del gobierno, este pasa a ser un "no dejar hacer" al gobierno: se convierte en un tribunal que evalúa sus actividades en nombre de la ley del mercado. Escribe Foucault: "[m]ientras el siglo XIX había buscado establecer, frente a la acción gubernamental y contra su desmesura,

210 *Ibíd*, p. 293.

una especie de jurisdicción administrativa que permitía juzgar la acción del poder público en términos de derecho, ahora tenemos una especie de tribunal económico que pretende juzgar la acción del gobierno desde el punto de vista estricto de la economía y el mercado"[211]. Es decir, no solo todas las actividades del poder público son leídas desde el tamiz del mercado en el neoliberalismo, sino que además se pretende constituir y administrar la totalidad del cuerpo social desde los principios de la economía. La utopía neoliberal es, de este modo, "una sociedad de empresa", una sociedad orientada hacia el mercado; un viraje hacia la economía de todo el campo social[212].

Foucault muestra cómo el régimen de gobierno neoliberal modifica la forma en que se entienden las prácticas sociales, al introducir al mercado como principio de organización del entramado social; revisa los cambios en apariencia sutiles que este desplazamiento hacia una racionalidad política basada en la noción de *homo œconomicus* conlleva. Sin embargo, como observa Brown, aunque Foucault hizo hincapié en las transformaciones que el neoliberalismo produce en lo social, en el Estado y en el sujeto, no parecía muy interesado en "la política" del neoliberalismo: en "su gestación de nuevas desigualdades y concentración de la riqueza, su desenraizamiento y destitución de poblaciones, su desmantelamiento de las solidaridades públicas

211 *Ibíd*, p. 286.

212 *Ibíd*, p. 278.

y sociales"[213]. A la inversa, si bien Poulantzas no se refirió al neoliberalismo en tanto tal, prestó atención a los modos y las estrategias políticas bajo las cuales se implementan esas transformaciones, así como al ensanchamiento que produce entre las condiciones reales de vida y las representaciones de la democracia política (de libertad e igualdad) para las mayorías. Pese a que sus análisis se concentran en las transformaciones que afectan, bajo el estatismo autoritario, a la democracia política en el nivel de los mecanismos del Estado, subraya que se debe tener presente en estas indagaciones la cuestión esencial que caracteriza a las sociedades contemporáneas: "la creciente distancia entre democracia política y democracia social", pues "[e]l desarrollo del capitalismo, sobre todo en su fase actual, lejos de reducir las desigualdades no hace más que reproducirlas bajo nuevas formas e incluso intensificarlas"[214].

Más allá de las evidentes diferencias entre los enfoques de Foucault y Poulantzas, los dos parecen apuntar al mismo fenómeno: a una lógica que, aunque tiene en la administración estatal su punto de anclaje y articulación, lo excede y se despliega en los modos de hacer, de sentir y de pensar que organizan la vida social. Foucault muestra que la gubernamentalidad neoliberal no es simplemente un sistema de normas inscritas en prácticas gubernamentales y en políticas institucionales sino un modo de

213 Wendy Brown, *El pueblo sin*… op. cit., p. 57.

214 Nicos Poulantzas, *Estado, Poder*… op. cit., p. 262.

organización de la vida social, bajo la figura del "empresario de sí". De manera similar, para Poulantzas el estatismo autoritario nombra una nueva matriz del ejercicio del poder que se propaga e irradia en todos los campos de la vida social. Solamente que, allí donde para Foucault la gubernamentalidad neoliberal no dirige las conductas de los sujetos coactando sus libertades, exigiendo que obedezcan ciertas normas, sino impulsando las libertades (del mercado) por medio de toda una serie de procedimientos y de tecnologías, para Poulantzas se trata de un tipo de ejercicio del poder que conduce a la restricción de las libertades (mal llamadas "formales"). No se trata de dos análisis opuestos, sino de dos caras de lo mismo: el impulso de ciertas libertades a costa de otras.

Si el neoliberalismo ha sido tan eficaz en instalar un modo de gobierno apoyado en la idea de "empresario de sí mismo", en función de la cual parece evidente que todo en la sociedad (comenzando por nuestra relación con nosotros mismos)[215] debe ser administrado como si fuese una empresa, es en la medida en que ha logrado modificar radicalmente nuestro modo histórico de existencia. Como sostiene Verónica Gago, el neoliberalismo (tal como lo entiende Foucault) no es simplemente una nueva

215 Como sugieren Christian Laval y Pierre Dardot, el neoliberalismo apunta a constituir "una relación del sujeto individual consigo mismo que sea homóloga a la relación del capital consigo mismo: una relación, precisamente, del sujeto con él mismo como «capital humano»", es decir, como un valor que puede (y que debe) ser incrementado indefinidamente. Christian Laval y Pierre Dardot, *La nueva razón del mundo*, Barcelona, Gedisa, 2013, p. 21.

racionalidad impulsada "desde arriba" por gobiernos, agencias y corporaciones internacionales, sino un conjunto de saberes, prácticas y tecnologías "que organizan los cálculos y los afectos de la maquinaria social" en función de una dinámica *inmanente*[216]. Es decir, que no se trata de una estructura trascendente y exterior: el neoliberalismo se despliega en las prácticas de los sujetos, modula subjetividades e instaura "modos de vida que reorganizan las nociones de *libertad, cálculo y obediencia*, proyectando una nueva racionalidad y afectividad colectiva"[217]. En este sentido, el neoliberalismo es asimismo la ideología dominante en la actualidad, si por esta se entiende no una "falsa conciencia" sino, como lo hace Althusser, un sistema de ideas (o de representaciones), más o menos unificadas entre sí, que tienen siempre una existencia material concreta. En su célebre ensayo *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Althusser explica que la ideología existe en los individuos a través de ciertas prácticas, reguladas por rituales que estos repiten cotidianamente en sus vidas. El ejemplo que da Althusser es el del creyente que va a misa, se arrodilla, reza, se confiesa y hace penitencia. De modo que su creencia en Dios no es meramente una idea sobre Dios, sino que verdaderamente se encarna en una serie de prácticas específicas. Pero, además, para Althusser la ideología es inse-

216 El resaltado es de Gago. Verónica Gago, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2014, p. 10.

217 *Ibíd*, p. 10.

parable del sistema de instituciones en el que existe: siguiendo el ejemplo comentado, la ideología religiosa es inseparable de la Iglesia –sus ceremonias, sus ritos y sus códigos son los que le dan existencia. Como señalaba provocativamente Pascal, no es porque el individuo crea en Dios que se arrodilla y reza sino al revés: al arrodillarse y mover los labios en oración repetidamente es que se vuelve creyente. Así, Althusser explica que las "ideas" de un sujeto son materiales, pues "*esas ideas son actos materiales insertos en prácticas materiales, reguladas por rituales materiales definidos, a su vez, por el aparato ideológico material del que proceden las ideas de ese sujeto*"[218].

De acuerdo con la definición althusseriana, entonces, el sujeto *actúa* en la medida en que *es actuado* por la ideología. Cuando el sujeto actúa según su creencia, todo un sistema de rituales y prácticas materiales actúa a través suyo. Según Althusser, no hay individuo que no esté constituido por la ideología, en la medida en que esta representa "la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia"[219]. Es decir, su relación imaginaria con el mundo real o con el sistema de relaciones reales en las que vive. No hay individuo que no sea ya sujeto o que no haya sido *interpelado* por la ideología para ocupar un lugar concreto en la estructura social. La propia

218 El resaltado es de Althusser. Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*... op. cit., p. 50.

219 *Ibíd*, p. 43.

identidad social del individuo, su manera de reconocerse a sí mismo y a los demás, es definida y naturalizada por medio de la práctica de la ideología dominante –que no es otra que la ideología de la clase dominante– de forma tal que la gran mayoría de los sujetos "marchan solos"; reproducen y cristalizan en sus prácticas la ideología de la clase dominante. Sería muy extenso reconstruir el argumento althusseriano aquí. Basta señalar que para Althusser "los individuos son siempre ya sujetos, es decir, están siempre ya sometidos a una ideología (el hombre es por naturaleza un animal ideológico)"[220]; y que es la ideología dominante la que unifica de manera más o menos eficaz los diferentes aparatos ideológicos del Estado. No porque la clase dominante haya decidido racionalmente, en función de un plan preconcebido, darles determinada función a aquellos aparatos o crear otros para la reproducción del orden social existente, sino como resultado de una larga lucha de clases a través de la cual la clase que se constituye como clase dominante emprende la conquista de los aparatos ideológicos del Estado existentes y crea las bases de otros nuevos.

Hay un punto, entonces, en el que los análisis de Poulantzas y de Foucault (anudados a través de Althusser) se encuentran: precisamente, en el entrelazamiento entre lo económico, el Estado y la ideología dominante –ese entrelazamiento que Poulantzas

220 Louis Althusser, *Iniciación a la filosofía para los no filósofos*, Paidós, Buenos Aires, 2015, p. 139.

señala como central para entender las transformaciones del capitalismo que dan lugar al estatismo autoritario. Así, el neoliberalismo, como ideología dominante, permea el conjunto social; se despliega en las prácticas económicas, políticas, teóricas, éticas e ideológicas y las rearticula bajo la figura del "empresario de sí", introduciendo valoraciones económicas donde antes no necesariamente las había. El Estado tiene un papel elemental para la reproducción de la ideología y del orden social dominantes: no solamente en sus aparatos ideológicos, sino también –como le objeta Poulantzas a Althusser– en sus aparatos represivos y en su funcionamiento económico, aquel contribuye a sedimentar un "sentido común" que opera en todos los niveles de cada sociedad y que legitima las formas de dominación que le son inherentes. Porque no basta que el sujeto esté "sujetado" a una serie de condiciones y relaciones sociales en las que se constituye como tal, sino que es necesario un momento de reflexividad en el que el sujeto reconoce o legitima esa dominación de la que forma parte[221].

Así como la ideología funciona, para Althusser, por un mecanismo de autoevidencia en el que el sujeto reconoce su verdad en el encuentro con su manifestación en sus prácticas[222], Fou-

221 Judith Butler, *Dar cuenta de sí mismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.

222 "Hablemos, pues, un momento del mecanismo de esta dominación. ¿Cómo es posible que una *conciencia*, la de un individuo concreto, pueda ser dominada por una idea y, sobre todo, por un sistema de ideas? Se me dirá, cuando llega a reconocerlas por verdaderas. Ciertamente. Pero, ¿cómo se opera este reconocimiento? […] Es como

cault introduce el concepto de *aleturgia* para dar cuenta de los procedimientos en los que se convoca a los individuos a decir la verdad sobre sí mismos, y que son indispensables para el funcionamiento del poder, pero que no se confunden con él ni tampoco con los regímenes de saber[223]. Lo que Foucault remarca a través de este concepto es que, para que un sujeto se vuelva gobernable, es preciso que se vea implicado en ciertos procedimientos rituales de todo tipo (desde la acumulación de datos hasta operaciones de magia y de consulta a oráculos) que acompañan el ejercicio del poder, aunque son irreductibles a él. Foucault vincula el concepto de aleturgia con la noción de *gobierno*, a la entiende como "hegemonía" en el sentido clásico (o griego) de una conducción de conductas: "no en el sentido restringido y actual de instancia suprema de las decisiones ejecutivas y administrati-

si, cuando creo en una idea o en un sistema de ideas, no fuera yo quien las reconoce y, al encontrarlas, dice: "Sin duda, ¡son ellas! Y son verdaderas"... Pero, muy por el contrario, es como si, cuando creo en una idea o en un sistema de ideas, fuera esa idea o ese sistema de ideas lo que me domina y me impone, a través del encuentro con su presencia o con su manifestación, el reconocimiento de su existencia y de su verdad, al mismo tiempo que mi capacidad para reconocerlos como verdaderos y repetirlos de buena fe. Es como si, llevados al límite, los roles se invirtieran completamente y no fuera yo quien interpelara a una idea, para decir: "Oye, tú, ¡deja ver un poco tu cara para que yo pueda decir si eres verdadera o falsa!", sino que fuera la idea o el sistema de ideas el que me interpelara a mí y me impusiera su verdad y, con su verdad, el reconocimiento de su verdad, y con ese reconocimiento, la función, pero, qué digo, ¡la obligación! de reconocer su verdad". Louis Althusser, *Iniciación a la filosofía...* op. cit., p. 138-9.

223 Para un análisis de los puntos de encuentro entre Althusser y Foucault respecto de la ideología y la aleturgia ver: Roque Farrán, "La filosofía, práctica entre prácticas. Ideología, verdad y sujeto en Foucault y Althusser", en *Nodaléctica. Un ejercicio de pensamiento materialista*, La Cebra, Adrogué, 2018.

vas en los sistemas estatales, sino en el sentido lato –y antiguo, además– de mecanismos y procedimientos destinados a conducir los hombres, a dirigir la conducta de los hombres, conducir la conducta de los hombres”[224]. La noción foucaultiana de gobierno excede, por lo tanto, al poder político y al Estado, y apunta a los procedimientos aletúrgicos que conllevan una dirección de las conductas que no exige simplemente que los sujetos obedezcan ciertas normas, sino que manifiesten la verdad sobre sí. Es decir, que configuren un tipo específico de relación consigo mismos y con los demás en la que se encuentran imbricados regímenes de saber y relaciones de poder históricamente dados.

En Poulantzas, aunque la cuestión del sujeto no aparece, quizás por llevar demasiado lejos el antihumanismo teórico althusseriano, sí está presente la preocupación por las nuevas inflexiones de la ideología dominante que acompañan las transformaciones en la expansión mundial del capitalismo, como las prácticas del *management*, la centralización de las decisiones y la vigilancia exacerbada. El desplazamiento de la racionalidad de la soberanía popular hacia la racionalidad tecnocrática de la administración estatal está vinculado, para Poulantzas, con la reproducción ampliada del capital monopolista de la mano de las empresas multinacionales y con el despliegue de su lógica en el conjunto del cuerpo social. Ahora bien, como el punto clave de

224 Michel Foucault, *El gobierno de los vivos*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2014, p. 31.

estas transformaciones está, para el teórico griego, en la reconfiguración del campo político, de los mecanismos institucionales y burocráticos del Estado y de la vida política de la ciudadanía, es en estos aspectos en los que se enfoca para pensar la estrategia de un cambio social radical.

III. Impasses, paradojas y lecciones de una vía democrática al socialismo democrático

Si bien la pregunta por el cambio social atraviesa subrepticiamente toda la teoría de Poulantzas, comúnmente se afirma que sus textos indagan más en los aspectos reproductivos del Estado y del ejercicio del poder político, que en sus aspectos transformadores. Como una condensación material de relaciones que excede a los agentes que ocupan sus estructuras, el Estado aparece como una organización política ambivalente: es a la vez lo que opera en favor de la integración y de la reproducción funcional de las prácticas sociales y, por eso mismo, el punto nodal para su transformación. Cuando Poulantzas define en PPCS al Estado como el factor de cohesión de las formaciones sociales capitalistas, caracterizadas por la coexistencia de distintos modos de producción en la que el modo de producción capitalista es dominante, le asigna al Estado un rol decisivo en los períodos de transición de la dominancia de un modo de producción a otro. Si cada formación social se conforma, igualmente, por la coexistencia de diferentes niveles con temporalidades

propias, la articulación compleja entre estos niveles desiguales requiere una estructura que garantice su cohesión, sobre todo en aquellos períodos de transición donde se quiebra la unidad que conformaban. Aquí aparece la eficacia específica del Estado para Poulantzas: el Estado es el objetivo estratégico porque está ubicado en una posición que le permite operar la transición de la dominancia de un modo de producción a otro. En este sentido, se podría decir que el problema de la transición revolucionaria está en el corazón de la teoría poulantziana. Es una problemática que Poulantzas evoca –aunque no siempre de manera explícita– en distintos escritos: en PPCS, en relación con la transición del feudalismo al capitalismo y el rol del Estado absolutista en este proceso en las formaciones sociales europeas; y en CD, a propósito de la transición democrática en Portugal, España y Grecia luego de la caída de los regímenes dictatoriales, y la posibilidad de una transición al socialismo en ese momento de crisis del Estado. Aunque es en EPS donde más claramente aparece el tema de la transición revolucionaria; de hecho, es el único libro donde Poulantzas se ocupa específicamente de pensar las formas que podría adoptar una "vía democrática" al socialismo en las condiciones del capitalismo contemporáneo. Así, cada vez que Poulantzas especifica la función conservadora del Estado en las formaciones sociales capitalistas, aparece sugerida una posible función revolucionaria o, más bien, las tendencias transformadoras que lo habitan. En PPCS, como contrapunto a las estrategias

reformistas que se proponen realizar modificaciones secundarias dentro del Estado, sin alterar la unidad del todo social ni alterar la estructura del Estado, Poulantzas subraya la necesidad de quebrar radicalmente esa unidad. Algo que reaparece, desde otra perspectiva, en EPS cuando sostiene que una vía democrática al socialismo democrático necesariamente supone un momento de ruptura en el Estado y la transformación sustancial de sus aparatos. En este caso, el camino democrático al socialismo se plantea como la alternativa revolucionaria posible ante el avance del estatismo autoritario.

Se trata de una vía que encuentra a su paso no simplemente los consabidos obstáculos con los que se topa cualquier ensayo de transformación del Estado, sino también la propia historia del movimiento socialista y sus fantasmas. Sobre todo, dos de ellos: las experiencias de la socialdemocracia tradicional y del socialismo real. De acuerdo con Poulantzas, estas dos experiencias comparten mucho más de lo que parece, en la medida en que las dos sostienen la misma desconfianza respecto de la intervención de las masas populares en el Estado. En el caso de la socialdemocracia tradicional, se tiende a concebir al socialismo como un proceso de reforma de las instituciones del Estado conducido "desde arriba" por una élite política de izquierda. De manera que las instituciones de la democracia representativa solo formalmente articulan las iniciativas populares, a las que se piensa en una relación de exterioridad respecto del Estado. En el caso

del "socialismo real", ya la propia solución de Lenin de desmontar las instituciones de la democracia representativa a favor de los consejos obreros y las formas de democracia directa de base, anuncian para Poulantzas el estatismo estalinista. Pues, el Estado proletario que debe sustituir al Estado burgués y a sus instituciones (creaciones-instrumento de la burguesía) no es el movimiento popular de base, sino un *Estado paralelo* controlado por el partido revolucionario, que funciona bajo el modelo instrumental del Estado existente.

El vínculo entre socialismo y democracia ha sido tradicionalmente uno de los puntos nodales de los debates dentro del marxismo, que ha tenido a resolverse a partir de la opción por una de las dos variantes de la clásica dicotomía de *reforma o revolución*. Poulantzas pretende desarticular esta oposición –que, a su criterio, solo ha obstaculizado teórica y políticamente la posibilidad de un socialismo democrático– en su conceptualización de una vía democrática al socialismo. Se trata, para el teórico griego, de articular las dos corrientes: la "reformista" y la "revolucionaria" para emprender una transformación sustantiva del Estado que enlace "*la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades* (que fueron también una conquista de las masas populares) *con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios*"[225]. En virtud

225 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 313-14.

de aquella dicotomía entre una vía revolucionaria y una reformista, las relaciones entre las instituciones del Estado capitalista y los partidos y las fuerzas políticas de izquierda habían sido poco exploradas en sus aspectos teóricos y estratégicos: o bien se daba por sentado que lo único que la izquierda podía hacer si ocupaba posiciones en el Estado capitalista eran ciertas reformas secundarias y se aceptaba ese margen acotado de acción, o bien se consideraba que la verdadera política emancipatoria necesariamente se produce "a distancia" del Estado y de sus procesos de normalización.

Poulantzas asume, en cambio, el desafío que supone la posibilidad de un gobierno de izquierda en el Estado capitalista, con todas las contradicciones que conlleva el ejercicio del poder político en un conjunto de aparatos y de instituciones diseñados, precisamente, para frustrar cualquier intento de un cambio radical. Para el teórico griego, no es suficiente que la izquierda ocupe cargos en el Estado, porque eso no garantiza una alteración en el balance de fuerzas que se condensa en él. Como el Estado no es un instrumento neutro, la izquierda no puede hacer un uso distinto de él sin transformarlo de manera efectiva. Tampoco basta con alentar la presión popular a distancia del Estado, si esta no acompaña la transformación de sus aparatos. Lo que requiere el largo proceso de transición al socialismo es la combinación de la movilización y participación popular de base, con sus organizaciones autogestionarias y sus modos de lucha específicos, y una

intensa actividad en las instituciones y aparatos del Estado que pueda enfrentar las resistencias que las modificaciones en su interior provocan. Así, la toma del poder del Estado es en Poulantzas una estrategia a largo plazo que consiste en modificar la relación de fuerzas en el terreno mismo del Estado, en el cual se sitúan a su vez las luchas populares en sus aspectos políticos, agudizando sus contradicciones internas y quebrando sus mecanismos de reproducción del orden social dominante. Por eso se trata de un *proceso largo* –lo que no significa una transformación lenta y gradual del Estado[226]–: porque, si bien conlleva momentos de crisis profunda del Estado, es preciso que se mantenga cierta institucionalidad que garantice las libertades y los derechos.

La cuestión del Estado de derecho es, para Poulantzas, fundamental en la transición al socialismo y no debería ser reducida a una simple "regla de juego". Frente a la tendencia autoritaria del capitalismo, el socialismo democrático supone la extensión y profundización de las libertades, la ampliación de los derechos y el funcionamiento de las instituciones de la democracia representativa. Tratar estas cuestiones como un tema menor implica situarse en una posición defensiva ante la "desdemocratización" del capitalismo contemporáneo –por retomar un término de Wolfgang Streeck[227]–, y esquivar el análisis del ejercicio efecti-

---

226 Nicos Poulantzas, *Repères: Hier et...* op.cit.

227 Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de sueños, 2017.

vo del poder en la transición a y bajo el socialismo democrático, que tan a menudo se le reprocha al marxismo[228]. Aunque el estatismo autoritario mantenga una realidad democrática, desatiende incluso las bases liberales y procedimentales de la democracia. No solamente gira en torno a una despolitización de los aparatos del Estado –instalando una racionalidad tecnocrática y blindando a las decisiones estatales del control ciudadano–, sino sobre todo en torno a una transformación de la propia democracia que la desprovee de cualquier poder de corrección de las desigualdades sociales. En tal sentido, Poulantzas entiende que no es posible defender la democracia si no se transforman profundamente las estructuras económicas, ideológicas, sociales y políticas del capitalismo en sí mismo.

Por esta razón es que el sistema democrático representativo y el Estado de derecho son condiciones del socialismo democrático para Poulantzas. Ahora bien,

> si la vía democrática al socialismo y el socialismo democrático significan también pluralismo político (de partidos) e ideológico, reconocimiento del papel del sufragio universal, extensión y profundización de todas las libertades políticas, incluidas las de los adversarios, etc., no se puede emplear ya el término de rotura o de destrucción del aparato del Estado, a menos que se quiera jugar con las palabras. Se trata claramente, a través de todas sus transformaciones, de una cierta permanencia y con-

228 Nicos Poulantzas, *Repères: Hier et...* op.cit.

> tinuidad de las instituciones de la democracia representativa: continuidad no en el sentido de una supervivencia lamentable que se soporta en tanto que no se puede hacer otra cosa, sino de una condición necesaria del socialismo democrático[229].

Para que esa continuidad institucional no sea una mera "supervivencia lamentable", es necesario que la transformación del aparato de Estado se apoye en una intervención cada vez mayor de las luchas populares dentro del Estado, a la vez por medio de sus representantes sindicales y políticos y por el despliegue de sus propias iniciativas, relativamente autónomas. El socialismo democrático de Poulantzas intenta escapar, entonces, no solo de la dicotomía "reforma o revolución", sino igualmente de la oposición entre "estatismo y autonomismo". En la medida en que se apoya en esa intervención popular, la transformación del Estado del socialismo democrático no sería un proceso estatista conducido desde arriba; pero tampoco una lucha autonomista desde abajo, ya que la inscripción de las luchas populares en el seno del Estado es indispensable. La distancia respecto del Estado que las posturas autonomistas exigen para la lucha política puede encarnarse dentro del propio Estado para Poulantzas a través de una amplia participación popular que no se agota en la actividad electoral[230].

229 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op. cit., p. 321. El resaltado es de Poulantzas.

230 La idea de una *distancia* que puede asumirse dentro del Estado es retomada luego por Alain Badiou desde la figura del "revolucionario de Estado". Alain Badiou, *Lógica de los mundos. El ser y el acontecimiento 2*, Manantial, Buenos Aires, 2008.

Desde una perspectiva materialista del Estado es indispensable entender por donde pasan las líneas de fuerza reales: *quién* ejerce el poder del Estado y *para qué*. Porque, si bien los procesos políticos exceden siempre las puras determinaciones estatales y continuamente producen rupturas, desplazamientos y dislocaciones en el propio Estado, no se encuentran al margen de él. El Estado es más que un instrumento represivo que domestica y coopta: es un proceso siempre abierto, cuyos límites históricos son producto de las propias luchas que se condensan en su campo. Por eso, la crítica del Estado de Poulantzas no se reduce a una mera confrontación con este, como si fuera posible situarse en un afuera radical del Estado para dar lugar a una política emancipatoria, sino que significa pensar el lugar del Estado en estos procesos políticos transformadores. Y ese lugar no está dado de antemano; no puede considerarse más que atendiendo a la especificidad de las fuerzas políticas en juego en cada coyuntura y de las articulaciones históricas en todos los niveles: económico, social, político e ideológico. Es decir, no desde una utopía de lo que el Estado debería ser (o bien dejar de ser) sino a partir de las condiciones reales de las que forma parte.

A quienes –como Althusser– sostienen que la verdadera política emancipatoria está por definición afuera del Estado, Poulantzas les recuerda que esa estrategia solamente logra dejar librado el terreno del Estado a sus adversarios. Un terreno que, además que constituir el punto nodal de las transformaciones del

capitalismo contemporáneo, puede potenciar los procesos políticos emancipatorios que lo desbordan y puede desarmar el límite estatista de las experiencias históricas del socialismo. El problema que identifica Poulantzas en la fobia al Estado, que localiza lo político-transformador en ruptura absoluta con lo estatal, es que tiene mucho en común con el neoliberalismo y su desconfianza de la soberanía popular. En referencia sobre todo a los "nuevos filósofos" (como André Glucksmann y Bernard-Henri Lévy), Poulantzas advierte el "neoliberalismo de izquierda" que subyace en las denuncias de un Estado-Moloch, totalitario y todopoderoso, en los regímenes democráticos europeos[231].

Algo similar advierte Foucault en la misma época, cuando analiza las innovaciones con respecto a la gubernamentalidad liberal de los siglos XVIII y XIX que elaboran las dos grandes escuelas neoliberales del siglo XX[232]: el ordoliberalismo alemán y el neoliberalismo de la Escuela de Chicago. Con la experiencia del nazismo y del *New Deal* como trasfondo, la programación neoliberal ataca lo que considera la raíz de los problemas del siglo, a saber, el crecimiento indefinido del poder estatal, es decir, su intervencionismo. Así, el objetivo que se propone el neoliberalismo es limitar las intervenciones del Estado, fijar con precisión las fronteras de la estatización y reglamentar las relaciones entre el Estado y los individuos. En esta crítica del Estado que

231 Nicos Poulantzas, *Repères: Hier et*... op.cit.

232 Michel Foucault, *Nacimiento de la*… op. cit.

entre 1930 y 1940 elaboró el ordoliberalismo alemán, Foucault encuentra las raíces de una "temática de la crítica del Estado" que, desde aquellos "nuevos filósofos" hasta algunos teóricos marxistas, ponían en entredicho su crecimiento indefinido, su violencia intrínseca y su omnipresencia.

A esta crítica, Foucault la define como *inflacionaria*, en la medida en que se sostiene: en el carácter intercambiable de los análisis, en tanto se pasa rápidamente y sin mediaciones del análisis, por ejemplo, de la seguridad social en el Estado francés a los Gulag soviéticos; en una descalificación general "por lo peor" del Estado, alertando siempre los peligros o las peores formas que puede asumir esa dinámica de expansión que se identifica en el Estado; y en el abandono de cualquier "perfil de actualidad" o la consideración del funcionamiento real del Estado en un momento y en un lugar determinados[233]. A su vez, para Foucault esta crítica inflacionaria del Estado no rastrea sus orígenes, las fuentes de esta sospecha antiestatal, que la emparentan con la crítica neoliberal del Estado. Como señala en el curso de 1978-1979 en el Collège de France,

> [e]sta crítica del Estado polimorfo, omnipresente, todopoderoso, la encontramos en esos años cuando […] para el ordoliberalismo alemán, se trataba a la vez de deslindarse de la crítica keynesiana, criticar las políticas, digamos, dirigistas e intervencionistas de tipo *New Deal* o Frente Popular, criticar

233 *Ibíd*, p. 220.

> la economía y la política nacionalsocialistas, criticar las decisiones políticas y económicas de la Unión Soviética y, para terminar y de manera general, criticar el socialismo. Allí, en ese clima y, si tomamos las cosas en su forma más restringida o casi más mezquina, en esa escuela neoliberal alemana, hallamos este análisis de los parentescos necesarios y de algún modo inevitables de las diferentes formas estatales y la idea de que el Estado tiene en sí mismo una dinámica propia por la que jamás puede detenerse en su ampliación y en su cobertura de la totalidad de la sociedad civil[234].

Esta fobia o crítica inflacionaria del Estado, en el caso del neoliberalismo, oculta el hecho de que la gubernamentalidad neoliberal se ha expandido históricamente por medio de la administración del Estado. En lugar de tornar irrelevante al Estado, el neoliberalismo ha producido una reconfiguración radical de las instituciones y prácticas estatales[235]. Algo que, tanto para Foucault como para Poulantzas, era evidente en Francia a fines de los 70. Ambos apuntan en sus escritos a la manera paradójica en que se estaba produciendo la difusión del modelo neoliberal en su país, en un contexto de aguda crisis económica –al mismo tiempo el motivo de su implementación y un freno a esta–, por parte de la administración estatal. O, en los términos de Foucault, desde "una gubernamentali-

---

234 *Ibíd*, p. 221.

235 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007.

dad fuertemente estatizada, dirigida, administrativa"[236], con las dificultades que eso implica.

Abandonar el Estado como terreno de lucha constituye entonces, para Poulantzas, un serio error estratégico porque es en el marco de los aparatos estatales donde se moldean los cambios más significativos en esa fase del capitalismo. Aún en medio de los procesos de internacionalización de las relaciones capitalistas, el Estado nacional sigue siendo relevante porque en él se sitúan las luchas populares. Es en el nivel del Estado-nación que se ejerce la soberanía popular. La vía democrática al socialismo de Poulantzas es un camino nacional, que supone "el apoyo decisivo y continuo de un movimiento de masas basado en amplias alianzas populares"[237], que integren las reivindicaciones de movimientos tan heterogéneos y diversos como el feminismo, el ecologismo y el movimiento estudiantil. Sin esta vasta movilización desde abajo, para Poulantzas, la vía democrática al socialismo democrático no logrará articular efectivamente las transformaciones en los aparatos del Estado con formas de democracia directa de base, ni evitar el estatismo o el *impasse* socialdemócrata. De modo que, si la izquierda no logra suscitar este extenso movimiento activo, por más radicales que sean las transformaciones del Estado, "nada podrá impedir la socialde-

236 Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*... op. cit., p. 226.

237 Nicos Poulantzas, *Estado, poder*... op.cit., p. 323.

mocratización de esta experiencia"[238], o su derrocamiento como en el caso chileno de la Unidad Popular.

Generar un movimiento de masas semejante requiere una lectura atenta de las líneas de fuerza en tensión, de las demandas y de los problemas sociales por parte de la izquierda, que, además de articular sin homogeneizar la diversidad que conforma a un movimiento tal, necesita dar soluciones viables y eficaces a esos problemas en el presente. La temporalidad del proceso de transición al socialismo no es sencilla; tampoco las distintas velocidades que adopta en cada nivel del todo social. Si apunta a un futuro lejano, sin atender a la situación presente, no va más allá de una utopía; si solamente ofrece soluciones a los problemas de la actualidad sin alentar y poner en práctica un cambio social más profundo, se hunde en aquel *impasse* socialdemócrata; y, finalmente, si su programa se limita a la reactualización de viejas recetas y discursos nostálgicos, no va a lograr entusiasmar y movilizar a las masas. A su vez, el ritmo de las transformaciones en el Estado es una cuestión compleja que Poulantzas deja entrever en sus análisis. Puesto que, si son demasiado abruptas en sectores claves como en el nivel de la producción, pueden precipitar el fracaso de la experiencia revolucionaria; pero si son demasiado lentas, nada va a distinguir a esta de una simple y llana continuidad con lo anterior.

238 *Ibíd*, p. 324.

En definitiva, la vía democrática al socialismo no es para Poulantzas una receta o un modelo directamente aplicable a cualquier situación; es, más bien, un programa político que implica una elaboración materialista creativa por parte de las fuerzas políticas que intentan llevarlo adelante. Pero es más que una tarea política: implica, a la vez, una articulación con otras prácticas. En una entrevista de 1979, Poulantzas plantea la necesidad de avanzar hacia un "marxismo creativo" que pueda transformar, abandonar y crear nuevos conceptos, en línea con los desarrollos históricos y teóricos contemporáneos[239]. La recurrencia de algunas categorías (como la de dictadura del proletariado) en los análisis marxistas tiene por efecto, para Poulantzas, una dificultad para comprender las tendencias políticas y culturales de su tiempo, y obstaculiza la formulación de un concepto positivo de los derechos humanos y de las libertades distinto del que enarbola el neoliberalismo. Además de la articulación con una práctica teórica, se puede pensar que aquella vía precisa una composición (siempre singular) con otros niveles de prácticas: económicas, ideológicas y éticas, por nombrar solo algunas. En tanto, por más primacía que tenga en Poulantzas la práctica política, esta es afectada por otras prácticas, está sobredeterminada por aquellas.

239 Nicos Poulantzas y James Martin, *The Poulantzas Reader*... op. cit., "Is there a crisis in marxism?", pp. 376-386.

El desafío de un gobierno de izquierda es arduo y sin garantías. El campo relacional y procesual que es el Estado se abre como un jardín de senderos que se bifurcan, en el que cada decisión estratégica afecta y es afectada por otras. Porque si ese gobierno se pretende emancipatorio, y no meramente reproductor del orden existente, no puede orientarse a un solo terreno del Estado: debe transformarlo íntegramente, atendiendo a la especificidad de cada instancia. En este sentido, habría que ir más allá de Poulantzas y preguntarse cómo se podrían transformar además de las prácticas políticas y económicas, las prácticas ideológicas, teóricas y éticas que atraviesan el Estado y que pueden constituir puntos de resistencia a la reproducción del orden social existente. Como sugiere Foucault,

> [a]sí como la red de las relaciones de poder concluye por construir un espeso tejido que atraviesa los aparatos y las instituciones sin localizarse exactamente en ellos, así también la formación del enjambre de los puntos de resistencia surca las estratificaciones sociales y las unidades individuales. Y es sin duda la codificación estratégica de esos puntos de resistencia lo que torna posible una revolución, un poco como el Estado reposa en la integración institucional de las relaciones de poder[240].

Si el Estado no está separado ni es autónomo respecto del conjunto de las prácticas sociales y de las relaciones de poder, es

240 Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*... op. cit., p. 93.

posible producir articulaciones entre distintas prácticas en el campo estratégico que aquel delimita que potencien las tendencias transformadoras que en cada una de ellas se ponen en juego. Sin duda, siempre se corre el riesgo de que esta nueva articulación reproduzca, bajo otras formas, las dinámicas que promueve el capitalismo: más aún si se tiene en cuenta que el Estado está constituido también por inercias institucionales, orientaciones históricas concretas y mecanismos de selectividad estratégica. Pero solamente una nueva articulación de aquel conjunto de prácticas, que se desmarque de la dinámica de explotación que caracteriza al capitalismo, puede dar lugar a un proceso de transformación social. Poulantzas señala la dirección general de ese proceso: radicalmente democratizadora. Es decir, un proceso en el que aquel entramado de prácticas sociales coexista y se enlace en dinámicas de alternancia, horizontalidad, igualdad y apertura.

Capítulo 6

El malestar en la democracia: neoliberalismo, globalización y desigualdad

I. Neoliberalismos autoritarios en América Latina[241]

Vivimos momentos difíciles en América Latina que desafían los marcos, conceptos y tradiciones desde los cuales leemos lo que sucede. Un malestar recorre el pensamiento crítico latinoamericano: la pregunta por cómo nombrar lo que pasa. Cómo calificar el odio de clase, racial y de género que se entrelaza en las prácticas que vemos proliferar por doquier; de qué manera entender el autoritarismo que se despliega anunciado como mecanismo protector de la democracia en nuestros estados; y a partir de qué conceptos pensar el alineamiento con un fenómeno económico, político e ideológico que parece exceder a nuestra región e involucrar un giro en el sistema mundial capitalista. La desorientación ante lo que sucede y la memoria de épocas anteriores que parecían haber quedado en la historia, vuelven para ensayar diversos modos de denominar los acontecimientos recientes en América Latina, que están lejos de ser eventos aislados e inconexos. Así, hay quienes consideran que estamos frente a una tendencia *neofascista* en la región: no porque estamos

241 Algunas de las tesis aquí sostenidas fueron presentadas en el X Encuentro Interdisciplinario de Ciencias Sociales y Humanas, organizado por el Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC) y el Instituto de Humanidades (CONICET), en una ponencia escrita junto a Baal Delupi, titulada "Neoliberalismo autoritario en América Latina: los casos de Argentina y Brasil".

frente a las mismas condiciones en las que emergió el fascismo histórico, sino en tanto se replican ciertos caracteres comunes, como el racismo, la xenofobia, el nacionalismo y el fomento de discursos de odio. Boaventura de Sousa Santos, por ejemplo, sostiene que está surgiendo un modo de sociabilidad fascista, o un *fascismo social*, que tiene múltiples manifestaciones (desde la segregación social urbana hasta la especulación financiera) y que supone un régimen social y civilizatorio que horada las herramientas que da la democracia para combatir las desigualdades sociales[242]. A la inversa, no han faltado (sobre todo en Argentina) consideraciones en torno a una "nueva derecha democrática", cuya virtud sería haber dejado atrás las políticas privatizadoras del neoliberalismo de los años 90 y abrazar una serie de demandas sociales para construir una nueva hegemonía[243].

Sin entrar en una disputa terminológica o historiográfica, a nuestro criterio el uso del término "fascismo" para pensar la coyuntura política actual resulta impreciso, aunque puede servir para encender alarmas acerca de las implicancias de los discursos y de las prácticas más reaccionarias que se extienden en nuestras sociedades contemporáneas y que las emparentan en alguna medida con las experiencias históricas fascistas. No obstante, fuera de la denuncia de estas derivas, nos pregunta-

242 Boaventura de Sousa Santos, "La amenaza del fascismo social", en *La difícil democracia. Una mirada desde la periferia europea*, Madrid, Akal, 2016, pp. 183-190.

243 José Natanson, *¿Por qué? La rápida agonía de la argentina kirchnerista y la brutal eficacia de la nueva derecha*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

mos si este recurso no termina por obturar la comprensión de los aspectos novedosos de los sistemas sociales actuales. Respecto de esto, cabe recordar que ya Foucault señalaba, en una entrevista de 1977, que es justamente la falta de un análisis del fascismo "[l]o que permite hacer de él un significante flotante, cuya función es esencialmente de denuncia: los procedimientos de todo poder son sospechosos de ser fascistas del mismo modo que las masas son sospechosas de serlo en sus deseos"[244]. Como un trauma que insiste en la lengua, la invocación al fascismo se vuelve una técnica para señalar fácilmente un tipo de orientación ontológica, más que simplemente política. Pero no explica los mecanismos ni las modalidades bajo las cuales se produce esta reconfiguración del escenario social; tampoco indica vías posibles de transformación a partir de las condiciones dadas.

Por el contrario, hablar de una "nueva derecha democrática" es, cuanto menos, algo problemático. Sobre todo, porque una expresión semejante solo es posible a costa de vaciar a la democracia de todo sentido, incluso del más mínimo de ellos: el procedimental. ¿Cuántas veces hemos experimentado en América Latina gobiernos que, bajo la supuesta impronta de la república, arrasaban incluso con las formas más elementales de la democracia? En lugar de ser "democráticas", como si ganar elecciones y mantener cierto marco democrático bastase para calificar a un orden de democrático, las derechas latinoamericanas reniegan

244 Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1992, p. 168.

de las formas democráticas e intentan transformarlas en distintos ámbitos: institucionales, constitucionales, subjetivos, económicos, ideológicos, etcétera. La desacreditación de mecanismos electorales tradicionales, el desplazamiento de la toma de decisiones hacia el poder ejecutivo, el quiebre de los resortes redistributivos del Estado, la persecución judicial y mediática de la oposición política y la represión brutal de la protesta social, son algunos de los aspectos que comparten en buena medida las derechas en la región. Y son, igualmente, los que provocan los estallidos sociales que están a la orden del día en distintos países latinoamericanos.

Antes bien, parece que estamos ante algo similar a aquello que Poulantzas denomina –como vimos en el capítulo anterior– estatismo autoritario: es decir, ante una reconfiguración del funcionamiento "normal" de los estados desde una administración estatal que, al mismo tiempo que fortalece y resguarda unos circuitos de acumulación del capital, debilita una política democrática. Dicho de otra manera, que estamos ante una normalización de la excepcionalidad en el funcionamiento del Estado, en la que el ejercicio del poder estatal en sus distintos niveles desvirtúa los mecanismos y los imaginarios democráticos y restringe las libertades. Sin embargo, como estas mutaciones en los regímenes democráticos resultan inseparables de un régimen de acumulación y un modo de gobierno neoliberal, quizás convenga hablar de formas de *neoliberalismo autoritario*[245].

245 Cemal Burak Tansel (ed.), *States of discipline. Authoritarian neoliberalism and the contested reproduction of capitalist order*, New York, Rowman & Littlefield, 2017. De

Con la noción de neoliberalismo autoritario Cemal B. Tansel e Ian Bruff se proponen dar cuenta de un cambio cualitativo que observan en los procesos de neoliberalización a nivel global luego de la crisis de 2008, que involucra una conexión entre las reformas neoliberales y las prácticas estatales autoritarias. Continuando el diagnóstico poulantziano, Bruff y Tansel observan una tendencia cada vez más antiliberal en los neoliberalismos contemporáneos, que complementan sus regímenes de acumulación de capital con unas técnicas de gobierno que conllevan un control intensificado de cada esfera de la vida social y la restricción "draconiana y multiforme" de las libertades[246]. De acuerdo

forma similar, William Davies define como "neoliberalismo punitivo" la supervivencia y transformación de este modo de gobierno después de la crisis de 2008, cuando la búsqueda de consenso cultural o normativo fue reemplazada por la lógica del (auto) castigo, que acompaña al endeudamiento y la austeridad fiscal. Así, señala que "el neoliberalismo ha entrado en una especie de fase poshegemónica, en la que los sistemas y las rutinas de poder sobreviven, pero sin autoridad normativa o democrática. En este sentido, como afirmaba Neil Smith, el neoliberalismo «está muerto pero sigue siendo dominante». ¿Pero y si las nuevas formas de poder no estuviesen menguando, como algunos sugieren, sino abandonando por completo la búsqueda de la hegemonía, en el sentido ético de Gramsci? Lo que ha surgido, quiero sugerir, no es simplemente otro «pos», sino una nueva fase del neoliberalismo organizada en torno a unos valores y actitudes de castigo. No es el tipo de castigo concebido por Bentham e historizado por Foucault, a saber, una ciencia ponderada del displacer. Es, por el contrario, una forma implacable que actúa en lugar del discurso razonado, sustituyendo a la necesidad de formación de consenso hegemónico. Esto es lo que provoca como respuesta la indignación e incredulidad, captadas en la noción de «tortura fiscal de la bañera»". William Davies, "El nuevo neoliberalismo", en *New Left Review*, n° 101, noviembre-diciembre 2016, p. 132.

246 Ian Bruff y Cemal Burak Tansel, "Authoritarian neoliberalism: trajectories of knowledge production and praxis", en *Globalizations*, Vol. 16, I. 3, 2019, pp. 233-244. Nicos Poulantzas, *Estado, poder*… op. cit.

con los autores, los neoliberalismos autoritarios constituyen estrategias siempre singulares que implementan los gobiernos de todo el mundo para hacer frente a las crisis económicas y políticas existentes o en ciernes. Esta amplia gama de estrategias que registran va desde demostraciones directas del poder coercitivo del Estado hasta manifestaciones más difusas de mecanismos legales y administrativos que fortalecen las relaciones de poder existentes y las desigualdades, y que protegen los espacios de circulación y de acumulación de capital. La invocación a la "necesidad económica" para justificar ajustes en el gasto público y la reestructuración de diversas áreas de la vida social (el hogar, los lugares de trabajo, los espacios urbanos, etcétera); el privilegio de mecanismos legales o extralegales en la administración del Estado, por sobre la participación popular y el debate democrático; la represión de la protesta social y la persecución de la oposición política; y el debilitamiento de los mecanismos redistributivos del Estado, son algunas de las prácticas que Bruff y Tansel identifican como formas del neoliberalismo autoritario[247]. De esta manera, el autoritarismo no se restringiría al uso de las fuerzas del orden, sino que se manifestaría en un amplio espectro de prácticas estatales que tienen un impacto mayor en determinados individuos, comunidades y fuerzas sociales, en función de marcadores sociopolíticos de raza, género, etnicidad, edad, sexualidad y (dis)capacidad, entre otros.

247 Cemal Burak Tansel (ed.), *States of discipline*... op. cit.

La alianza entre neoliberalismo y formas autoritarias de gobierno no es nueva; incluso se puede decir que el autoritarismo está contenido en la propia forma neoliberal al menos en América Latina donde, como modo de gobierno y como ideología dominante, se impuso por medio de regímenes dictatoriales a través de grandes reformas estructurales que continuaron durante los gobiernos democráticos que les sucedieron, en sintonía con las lógicas de ajuste globales[248]. Así, neoliberalismo y autoritarismo no serían dos modos diferenciados de gobierno que se vincularían para producir un mismo fenómeno –como parecen suponer los enfoques del *neofascismo*. En cambio, lo que el concepto de neoliberalismo autoritario supone es que se trata de una conexión inherente al propio modo de gobierno neoliberal, en el que el conjunto de los dominios sociales se transforma bajo una imagen específica de lo económico que trae consigo una erosión de la política democrática como proceso de igualación social, ampliación de derechos y garantía de las libertades. Como señala Wendy Brown, la neoliberalización de la democracia convierte a la desigualdad en norma, en tanto tiene como fundamento no a un *homo politicus* sino a un *homo œconomicus* presentado como capital humano en un mundo donde solo existen ganadores y perdedores. En sus propias palabras, en cuanto

248 Verónica Gago, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2014.

> la libertad de reubica de la vida política a la económica, queda sujeta a la desigualdad inherente de esta última y forma parte de lo que asegura esa desigualdad. La garantía de igualdad a través del Estado de derecho y la participación de la soberanía popular se reemplaza por una formulación mercantil de ganadores y perdedores. La libertad misma queda restringida a la conducta de mercado, desnuda de cualquier asociación con el dominio de las condiciones de la vida, la libertad existencial o asegurar el dominio del demos[249].

El autoritarismo es, entonces, también un efecto de la reconversión del cuerpo social, hacia una lógica económica. En términos similares a los de Poulantzas cuando argumenta las transformaciones que supone el desplazamiento de la racionalidad de la soberanía popular a una racionalidad tecnoeconómica, Ignacio Lewcowicz rastrea en Argentina el vaciamiento de la democracia y del Estado nacional que terminó con el estallido social y la crisis de diciembre de 2001. Uno de los puntos que analiza es la mutación social y política decisiva que supuso la incorporación en la Constitución Nacional –luego de la Asamblea Constituyente de 1994– de la figura del "consumidor", como el nuevo soporte subjetivo del Estado, "que aparece en competencia con el viejo pueblo compuesto de ciudadanos"[250]. Aquello que parece un detalle menor, para Lewcowicz se traduce en un cambio en el

249 Wendy Brown, *El pueblo sin*… op. cit., p. 40.

250 Ignacio Lewcowicz, *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 24.

fundamento de nuestro ser en común, donde el ciudadano ya no tiene el monopolio de los derechos, sino que es reemplazado por una figura propia del campo económico que anuncia la mercantilización de la vida social.

Sin embargo, la noción de neoliberalismo autoritario indica –de acuerdo con Bruff y Tansel– un cambio cualitativo en aquel vínculo entre neoliberalismo y prácticas autoritarias: lo que los autores señalan es que las formas actuales del neoliberalismo son inescindibles de una lógica global de acumulación de capital en la que las desigualdades sociales son protegidas por un endurecimiento autoritario de los regímenes políticos. La crisis de 2007-2008 supuso un momento de reconfiguración global del capitalismo, pero no de repliegue de los procesos de neoliberalización a nivel mundial. Aún privado del aura de legitimidad que lo rodeaba en las décadas anteriores, el neoliberalismo continuó expandiéndose solo que ahora sin el relato democrático que le daba sustento. Si durante los años 90, este se presentaba como un modo de gobierno que abrazaba el pluralismo y la heterogeneidad, en la actualidad asistimos a una reactualización de discursos xenófobos, racistas, contra la disidencia sexual y los derechos de las mujeres; al avance de partidos y coaliciones de extrema derecha, así como a la persecución de inmigrantes, campesinos y comunidades indígenas[251]. Cada vez resulta más

251 William Davies traza una distinción entre tres formas consecutivas de neoliberalismo: un "neoliberalismo combativo" (1979-1989), que incluía una diversidad de tácticas

patente en todo el mundo el alejamiento de una racionalidad democrático-liberal hacia una gestión autoritaria del disenso y el conflicto social. En América Latina, este proceso resultó evidente durante el año 2019, en el que masivas protestas contra el modelo de ajuste y privatización neoliberal fueron violentamente reprimidas en Ecuador, Chile y Colombia, y en el que un gobierno de facto se instaló en Bolivia con la excusa de garantizar un proceso democrático.

Lo que está en juego en este contexto es, precisamente, el sentido de la democracia: a qué se le llama democracia cuando bajo su nombre se induce una embestida antiigualitaria, racista, clasista y misógina. Los procesos de neoliberalización parecen haber convertido a la democracia en algo meramente formal, en un acto de sufragio popular ejercido regularmente, pero sin ningún contenido sustantivo. Frente a esta desustancialización de la democracia, una respuesta podría ser renunciar al concepto mismo de democracia e imaginar otros horizontes conceptuales que reorienten de manera radical el imaginario que la define. Ahora bien, si se entiende a la democracia como un campo de disputa o

tendientes a combatir cualquier modelo social alternativo y a debilitar la posibilidad del socialismo; un "neoliberalismo normativo" (1989-2008) que, sobre la base del anclaje de las esperanzas e identidades políticas a formas económicas no socialistas, construyó un esquema de valoración de toda actividad humana en función de las leyes del mercado y de la competencia; y un "neoliberalismo punitivo" (2008-?), en el que "la dependencia económica y el fracaso moral se enredan en forma de deuda, produciendo una afección melancólica en la que gobiernos y sociedades liberan el odio y la violencia sobre miembros de su propia población". William Davies, "El nuevo neoliberalismo", en New Left Review, n° 101, noviembre-diciembre 2016, p. 139.

como una dinámica siempre abierta a nuevas configuraciones, no cabe adoptar una posición defensiva. Solo cuando la democracia se trascendentaliza, cuando deviene un principio rector que desde fuera impone un modo de regulación de las prácticas, es cuando pierde toda pertinencia como vector de transformación social. La fosilización de ciertos principios, como la alternancia, la transparencia y la división de poderes en nuestros estados ha servido muchas veces de tutela para procesos destituyentes y golpistas que, embanderando el ideal de la República, han intentado quebrar experiencias democratizadoras. Si abandonar el terreno real, simbólico e imaginario de la democracia no resulta una táctica eficaz para combatir estas derivas, es porque abraza esa misma manera de pensar de forma trascendental la democracia, sea como un punto de llegada que se nos aleja infinitamente, o bien como un conjunto vaciado de normas que son instrumentalizadas desde distintos proyectos políticos.

Una definición materialista de la democracia, en cambio, no se sostiene en una serie de principios formales que rigen desde afuera las relaciones que coexisten en el Estado, sino en prácticas concretas: en medidas de gobierno y en formas de vida específicas que apuntan a y que realizan en acto una ampliación de las condiciones de igualdad y de libertad. En este sentido, más que un conjunto de principios inalterables, indiscutibles y valiosos en sí mismos, desde una perspectiva materialista la democracia constituye un proceso de inscripción de las luchas po-

pulares en la universalidad que encarna el Estado; un proceso en movimiento, con avances y retrocesos, cuyos límites históricos son empujados y desplazados por esas luchas. A la democracia no basta con enunciarla, es necesario hacerla cada vez y sostenerla a través de prácticas políticas, económicas, ideológicas, éticas y teóricas que, en su autonomía relativa, se enlacen para producir efectivamente una reducción de las desigualdades. Por eso, resulta clave pensar la democracia en función del balance de fuerzas en que se apoya, en los actores y fuerzas sociales que pugnan por su expansión. Ante la insistencia de algunas izquierdas en nuestros países por equiparar proyectos de gobierno y de Estado, nunca está de más oponer la insistencia en que no todo es lo mismo: no da lo mismo una defensa meramente discursiva de la democracia, que en políticas concretas solo produce hambre, endeudamiento, pobreza y desigualdad, y que fomenta modos de vida excluyentes y violentos que desarticulan el tejido social y productivo del país, que una defensa de la democracia que se expresa en políticas que promueven, por ejemplo, el fortalecimiento de la soberanía política, económica y territorial del país y que asumen un compromiso con las luchas nacionales, populares, ambientalistas y feministas. En medio de las condiciones cada vez más desiguales del capitalismo global actual, no da lo mismo poner en práctica formas de neoliberalismo autoritario que tratar de desarmar los modos de gobierno neoliberales.

Aunque el horizonte democrático de mayor igualdad y horizontalidad rara vez hayan coexistido de manera armónica con la desigualdad inherente al capitalismo, actualmente nos enfrentamos a un mundo regido por desigualdades extremas donde, como revelan las cifras de Oxfam y de otros organismos, el 1% de la población mundial concentra más riqueza que el 99% restante[252]. El surgimiento de un *capitalismo global* desde mediados de la década del 70, favorecido por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC's), dio lugar a una reconfiguración del sistema capitalista en su conjunto[253]. Como respuesta a la crisis del capitalismo que puso en jaque el modelo de acumulación vigente desde la posguerra, empezó un proceso de unificación y de integración de las economías nacionales en un mercado global dominado por las transacciones financieras. La reestructuración de los estados nacionales en todo el mundo, promovidas por organismos e instituciones supranacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC), produjo un sistema de acumulación global de capital que excede las capacidades de

252 De acuerdo con los informes de Oxfam Internacional, en el año 2017 tan solo ocho hombres concentraban la misma riqueza que 3600 millones de personas, es decir, la mitad de la población mundial. Disponible en: https://www-cdn.oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/bp-economy-for-99-percent-160117-es.pdf

253 Leo Panitch y Sam Gindin, *La construcción del*… op. cit.; William I. Robinson, *Global Capitalism and the Crisis of Humanity*, Cambridge Political Press, Nueva York, 2014.

regulación y control por parte de los aparatos e instituciones propias del Estado-nación. Un sistema regido por la lógica de la especulación financiera, en la que los grandes ganadores son los conglomerados financieros y las compañías transnacionales que controlan los hilos de la riqueza del mundo y acumulan fortunas inéditas en la historia del capitalismo[254]. Las derivas autoritarias que antes comentamos son inseparables de las formas radicales de desigualdad que genera este sistema global. La desestabilización económica y social, la represión de las protestas y la reorientación de las tensiones sociales hacia ciertos grupos sociales (como los migrantes y las mujeres), son también efecto de un tipo de organización económica, social, política e ideológica global que desincentiva cualquier escenario de democratización social.

Qué rol y qué pertinencia tienen en la actualidad los estados, en un sistema capitalista globalizado; cómo entender este proceso de globalización y las nuevas tensiones que emergen entre lo nacional, lo regional y lo global; y cómo reelaborar el problema del imperialismo, de la democracia y de la transformación social a la luz de aquellas modificaciones del capitalismo, son algunas de las cuestiones que nos interesa abordar en lo que sigue, a partir de los aportes de la teoría poulantziana comentados en los capítulos anteriores. Una de las claves que otorga Poulantzas consiste en desarmar el dualismo entre lo nacional y lo mundial en la que se apoya toda una corriente de la teoría social y política

254 Peter Phillips, *Giants: The Global Power Elite*, Seven Stories Press, Nueva York, 2018.

que considera que la expansión de las empresas multinacionales y la internacionalización de las relaciones capitalistas conlleva la desaparición de los estados nacionales. Poulantzas sostiene, por el contrario, que los estados desempeñan funciones elementales para la constitución y para la reproducción de esta estructura mundial de expansión del capitalismo. De esta manera, lo nacional y lo mundial no son dos espacios claramente delimitados y ajenos entre sí, sino que se intersecan y se configuran mutuamente. Lo mundial no viene desde fuera a modificar lo nacional, sino que se encarna en procesos y estructuras nacionales –no existe más que *interiorizado* en cada formación social, en palabras de Poulantzas[255]. Sin embargo, esto no es sinónimo de homogeneización de esas formaciones, puesto que la integración de cada una de ellas en aquellos circuitos mundiales de producción y de acumulación mundial se produce a partir de sus coordenadas históricas singulares. A su vez, Poulantzas observa las contradicciones que condensan las empresas multinacionales, en las que coexisten en una relación de fuerza capitales de diferentes procedencias. Lejos de una simple identificación entre imperialismo y Estado norteamericano, el teórico griego muestra el papel complejo que adoptan los capitales norteamericanos en la internacionalización de las relaciones (económicas, políticas e ideológicas) capitalistas, y las formas de dependencia

255 Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*… op. cit.

que aparecen como efecto de esa internacionalización bajo dominancia norteamericana.

Ahora bien, en las últimas tres décadas la expansión internacional del capitalismo que Poulantzas analizaba estuvo acompañada e impulsada por el modelo neoliberal, dando lugar a un proceso de transnacionalización de las relaciones capitalistas. Si el neoliberalismo pudo convertirse en el modelo económico, político e ideológico dominante es justamente porque, como sugiere William I. Robinson, su programa de liberalización de los mercados mundiales, de construcción de una superestructura legal para el funcionamiento de la economía global y de reestructuración interna e integración global de cada economía nacional, se ajustaba a los intereses promovidos por las elites globales con el apoyo de un fuerte lobby de corporaciones transnacionales[256]. De acuerdo con Robinson, entre finales del siglo XX y comienzos del XXI se produce un desplazamiento desde lo multinacional a lo transnacional; un fenómeno ligado tanto al desarrollo de las TIC's como a la reconfiguración neoliberal de los estados nacionales en todo el mundo. Mientras que Poulantzas examinaba el modelo de las multinacionales, con su descentralización de los procesos de fabricación en distintas unidades repartidas por todo el mundo, en las últimas décadas aparece un modelo de compañía trasnacional o globalmente integrada que opera sobre una infraestructura global de TIC's y que congrega a accionis-

256 William I. Robinson, *Global Capitalism and*… op. cit.

tas y capitales de todo el mundo. Lo que vuelve transnacionales a estas compañías no es solamente la dispersión global de los servicios que ofrece (desde el procesamiento de datos y la atención a clientes hasta la producción de software y la publicidad) sino, sobre todo, el hecho de que su funcionamiento atraviesa a tal punto las fronteras nacionales que ya no es posible referirse rigurosamente a ellas en términos de compañías "norteamericanas", "chinas" o "europeas", por ejemplo, más que para referirse a su domicilio legal o a su país de origen. En tanto reúnen accionistas de todo el mundo, tanto individuales como institucionales, se fusionan e invierten en otras compañías, constituyen redes de capitales transnacionales[257], más que empresas en el sentido tradicional. De modo que la competencia ya no se da, como en otros momentos del capitalismo, entre bloques nacionales de empresas, sino entre conglomerados transnacionales.

Una de las claves de aquel fenómeno de transnacionalización está, para Robinson, en el desmantelamiento y la reconstrucción de las economías nacionales como componentes de este nuevo sistema productivo y financiero integrado globalmente. Así, el capitalismo global no se reduciría a un conjunto de economías nacionales diferenciadas y de circuitos nacionales de acumulación de capital conectados a través de un mercado mundial, sino que en su propia configuración estas economías estarían ya transnacionalizadas. Junto con ciertos organismos transna-

257 *Ibíd.*

cionales, como el FMI y la OMC, los estados han trabajado en la rearticulación de las relaciones laborales, las instituciones financieras y las formas de producción para promover los procesos de acumulación globales por sobre los nacionales. Como ya señalaba Poulantzas, los estados no "condensan" simplemente relaciones de clase nacionales. Las contradicciones de clase locales son inseparables de las que se ponen en juego en el sistema capitalista en su conjunto. De la misma manera que Poulantzas observa el surgimiento de una nueva fracción de la burguesía con los procesos de mundialización –la burguesía interna–, Robinson y otros autores explican que con los procesos de globalización y de transnacionalización del capital surge una *clase capitalista transnacional*, involucrada en un tipo de producción globalizada, que administra circuitos financieros globales y que promueve sus intereses a través de una amplia red de instituciones transnacionales que se articulan con los estados en la construcción de un nuevo bloque histórico capitalista global[258]. Una clase que ejerce poder a través de los *aparatos estatales transnacionales*[259], es decir, de un conjunto de instituciones escasamente unificadas entre sí y descentralizadas, que mantienen, defienden y promueven la hegemonía emergente de esa burguesía global por sobre cualquier territorio y política local.

258 Leslie Sklair, *The Transnational Capitalist Class*, Blackwell, Oxford, 2001; William I. Robinson y Jerry Harris, "Towards A Global Ruling Class? Globalization and the Transnational Capitalist Class", *Science & Society*, Vol. 64, N° 1 (primavera 2000), pp. 11-54.

259 William I. Robinson, *Global Capitalism and…* op. cit.

Robinson sostiene que los estados también se están "transnacionalizando", junto con los procesos productivos que ya no están "contenidos" como antes en los límites nacionales. Como constelaciones históricas de fuerzas sociales, los aparatos del Estado se transforman a la par que las relaciones sociales en un mundo crecientemente globalizado. Esto no significa que el Estado desaparezca o que pierda cualquier relevancia, sino que se integra en estructuras más amplias de aparatos estatales transnacionales[260]. Los estados realizan funciones esenciales para el capital transnacional: entre ellas, formular políticas económicas tendentes a conseguir un equilibrio macroeconómico, invertir en infraestructura, elaborar leyes de propiedad y, por supuesto, las funciones de control social y de reproducción ideológica. Pero hay condiciones que el capital transnacional requiere para su funcionamiento y la reproducción del capitalismo global que los estados nacionales por sí solos no son capaces de cumplir: como la imposición de regímenes comerciales supranacionales y la unificación de políticas macroeconómicas en todo el mundo. Son estas tareas de creación de un sistema regulatorio y legal supranacional para la economía global las que llevan adelante los aparatos estatales transnacionales, que no son externos a los estados, sino que se articulan con ellos y operan en conjunto.

Una contradicción fundamental de este sistema global es, entonces, según Robinson, la que se presenta entre la función de

260 *Ibíd.*

cohesión social de los estados nacionales, sobre la que se basa su sistema de autoridad jurídico-política y de legitimación social, y los imperativos de una acumulación globalizada. Dicho de otro modo, la función de acumulación del Estado es ahora transnacional, pero su función de legitimación sigue siendo nacional[261]. Mientras que el Estado nacional encuentra cada vez más obstáculos para regular los circuitos de acumulación y circulación global de capitales, en un momento en que se ha expandido considerablemente la capacidad de los mercados financieros para mover dinero instantáneamente y sin fricciones por todo el mundo, los aparatos estatales transnacionales no están desarrollados en vistas de controlar e imponer su autoridad sobre el capital global para evitar las fugas de capitales y la especulación sobre activos públicos y privados –más bien, todo lo contrario. De esta manera, la capacidad del Estado para funcionar como un factor de cohesión dentro del orden social se desmorona en la medida en que el capital se globaliza y la lógica de la mercantilización se inscribe en todos los ámbitos de la vida social, por lo que esa "cohesión" requiere más control ante la desarticulación del tejido social[262]. Esto explica en buena medida las derivas autoritarias del capitalismo global, en la que estados de todo el mundo están avanzando hacia tendencias antidemocráticas, sobre la base de historias nacionales y regionales, y condiciones cultura-

261 *Ibíd.*

262 *Ibíd.*

les, políticas y económicas particulares, coyunturas específicas y fuerzas sociales propias.

III. De la cadena imperialista al nudo de la dependencia

El desarrollo de un capitalismo global en el sentido comentado, en el que priman las lógicas de la especulación financiera, la evasión fiscal, la privatización de los activos públicos, el narcotráfico y la depredación de los bienes ambientales, pone en discusión nuevamente la cuestión del imperialismo y de la dependencia. ¿Tiene sentido todavía sostener la necesidad de una teoría del imperialismo cuando las disputas globales parecen exceder la clásica imagen de naciones rivales entre sí que luchan por la apropiación de recursos y territorios, y cuando aquellas lógicas rebasan con mucho a los estados nacionales? ¿Existe algo así como un centro del capitalismo global? ¿Qué formas adoptan las relaciones de dominación y de dependencia en un mundo globalizado? ¿Son sinónimos dominación y dependencia? Una respuesta a estos interrogantes podemos encontrarla retomando los aportes de Poulantzas, Cardoso y Faletto que comentamos en el cuarto capítulo.

Para estos autores, el imperialismo no constituye simplemente un sistema de estados que mantienen relaciones de dominación sobre otros estados, sino una práctica de expansión del capitalismo, inherente a este sistema, que involucra diversos procesos políticos, relaciones de clase, instituciones y dinámi-

cas espaciotemporales históricas. Es decir, que se trata de un imperativo estructural del sistema capitalista, antes que de una relación de exterioridad entre distintos estados. Un imperativo que atraviesa y da forma al conjunto de formaciones sociales capitalistas, trazando demarcaciones entre aquellas que ocupan una posición central (esto es, dominante) y aquellas que ocupan una posición periférica. Como efecto de esos procesos de expansión del capitalismo al interior de cada formación social, surgen para aquellos autores diferentes formas de dependencia: los análisis de Cardoso y Faletto se ocupan de demostrar las múltiples formas que históricamente han adoptado las relaciones de dependencia propias de las formaciones sociales latinoamericanas con respecto a los países centrales; mientras que los estudios de Poulantzas apuntan a las relaciones de dependencia que se entablan entre las mismas metrópolis imperialistas, esto es, entre las formaciones dominantes a nivel mundial. La dependencia, entonces, no parece ser algo exclusivo de las formaciones periféricas a nivel mundial. Más bien, si se entiende al capitalismo como un sistema-mundo donde los estados son interdependientes y están vinculados entre sí por una diversidad de relaciones (desde las comerciales y de producción hasta las culturales y de migración), la dependencia debería ser pensada como una condición ontológica comúnmente compartida. Esto no quiere decir, sin embargo, que todas las sociedades sean igualmente dependientes entre sí. Solamente significa que la dependencia es

un efecto propio del capitalismo como sistema global que tiende a su expansión constante; por lo tanto, involucra, de una u otra manera, a todas las formaciones sociales, por más que esté distribuida desigualmente.

Se podría decir que esto es fundamentalmente lo que Poulantzas entiende por cadena imperialista: el sistema capitalista mundial formado por el conjunto de formaciones sociales capitalistas, que se caracterizan por un desarrollo desigual y que mantienen entre sí relaciones de dominación y dependencia. Sin embargo, para comprender el capitalismo contemporáneo nos parece más adecuado avanzar desde la figura de la cadena hacia una topología nodal: pero no de cualquier nudo, sino del *nudo borromeo*. Es decir, un nudo en el que todos los cordeles que se enlazan (al menos tres) son codependientes entre sí, aunque cada uno es irreductible (es decir, relativamente autónomo del conjunto)[263]. La figura de la cadena que emplea Poulantzas en diálogo con la teoría leninista del imperialismo, sugiere un tipo de enlace lineal, fácilmente discernible, donde cada eslabón se conecta solamente con una fracción de los eslabones que componen la cadena. Asimismo, supone cierta fijeza estructural y

263 Jacques Lacan introduce la figura del nudo borromeo en 1971 para indicar la estructura que forma el enlace de los tres registros de la experiencia psíquica del sujeto: lo real, lo simbólico y lo imaginario. Siguiendo con la intuición de Lacan, Roque Farrán adopta esta figura para proponer un modo de pensamiento materialista que procede anudando registros, términos y prácticas heterogéneas e irreductibles entre sí (filosofía, psicoanálisis y política; pensamiento, palabra y cuerpo; Estado, sujeto y método, etcétera): un ejercicio al que llama *nodaléctica*. Roque Farrán, *Nodaléctica*… op. cit.

la idea de que cada eslabón se sostiene por sí mismo, incluso si la cadena se rompe. Porque, al enlazarse de dos en dos, cada eslabón vale por sí mismo más allá de la cadena. En cambio, la figura del nudo borromeo remite a un tipo de enlace en el que cada uno de sus términos es importante para sostener al conjunto; un enlace que no remite a jerarquías estructurales ni a fundamentos previos, sino a la interpenetración de los términos –o de los cordeles que componen el nudo– y a su co-constitución[264]. Los principios que definen al nudo borromeo son, como indica Roque Farrán: la mutua implicación o la solidaridad entre los términos (su inseparabilidad), en la medida en que, si uno de los cordeles se corta, todo el nudo se deshace; la irreductibilidad o la autonomía relativa de los términos, que tienen una especificidad y una eficacia propias; la terceridad o la alternancia posicional (no hay subordinación jerárquica entre ellos); y la infinitud (puesto que, comenzando por tres cordeles, un nudo borromeo puede contar con infinitos términos)[265]. Si en la cadena de eslabones un corte solamente divide secuencias de eslabones de uno u otro lado de esta, en el nudo hay "desenlace solidario". Como en la causa inmanente spinoziana y la sobredeterminación

264 Roque Farrán, *Badiou y Lacan. El anudamiento del sujeto*, Prometeo, Buenos Aires, 2014.

265 Roque Farrán, "Spinoza posfundacional: ¿Puede el nudo borromeo lacaniano ayudarnos a pensar la causa inmanente, la contingencia de la necesidad?", en Ana Leila Jabase, Carmela Las heras Pronello, Alejandra Meriles y Francisco Rivera (comps.), *Spinoza Maledictus*, Spinoza 13° Coloquio, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2018, pp. 301-311.

althusseriana, el nudo borromeo se caracteriza por la codependencia y la simultaneidad de sus términos. La causalidad opera simultáneamente en los dos sentidos: del nudo a los términos y de los términos al nudo. La autonomía relativa de cada término (el que sean irreductibles entre sí) no excluye su dependencia y mutua constitución.

La figura del nudo no es del todo ajena a Poulantzas, quien la emplea para definir las formaciones sociales (los eslabones de la cadena imperialista): estas son para el teórico griego "*los lugares del proceso de reproducción, como nudos del desarrollo desigual en las relaciones de los modos y formas de producción en el seno de la lucha de clases*"[266]. Nuestra propuesta, entonces, es profundizar en esta definición de las formaciones sociales como nudos de la dependencia del capitalismo global. En cada formación social se condensan contradicciones locales, nacionales y globales. En su autonomía relativa, cada una de ellas está sobredeterminada por lo que sucede a nivel global. Al mismo tiempo, el sistema capitalista global que componen en su conjunto también está sobredeterminado por lo que sucede en cada una de ellas y por las relaciones que estas mantienen entre sí. Ahora bien, que haya sobredeterminación y codependencia entre aquellas formaciones sociales no significa que todas tengan la misma eficacia en el conjunto global o que todas actúen de igual manera. Que estén anudadas en un conjunto que las

266 El resaltado es de Poulantzas. Nicos Poulantzas, *Las clases sociales*… op. cit., p. 45.

conforma a la vez que las excede, no quiere decir que sean homogéneas ni reductibles unas a otras. Puesto que, en tanto nudos complejos en los que se enlazan múltiples niveles e instancias específicas, cada una es singular.

Así, siguiendo aquella topología nodal, cada formación social se caracterizaría por un anudamiento concreto de prácticas históricas de diferente tipo, que le darían especificidad y una eficacia propia. Un anudamiento que, a la vez, estaría enlazado con el anudamiento global de formaciones sociales. De esta manera, en virtud de la conformación histórica del sistema global, de la configuración de sus estructuras y fuerzas sociales particulares, y de sus modos de vinculación con las demás formaciones (sobredeterminados por el entramado singular de cada una de ellas), hay formaciones sociales que ocupan posiciones dominantes o céntricas en el sistema global, es decir, que tienen una mayor eficacia en el conjunto global o una mayor capacidad para realizar sus intereses específicos en relación con la capacidad de las demás (o, lo que es lo mismo, ejercen más poder). Este esquema bastante simple se complejiza cuando se entienden a las propias formaciones sociales como anudamientos de niveles relativamente autónomos entre sí, no homogéneos, que se enlazan de maneras problemáticas y a menudo contradictorias. Porque, igual que en la conceptualización poulantziana de las clases sociales, una formación social puede tener mayor capacidad que otras para perseguir sus intereses en el terreno militar,

geopolítico o tecnológico, por caso, pero no en el nivel cultural o industrial. En función de estas diferencias entre las formaciones sociales céntricas se pueden trazar una serie de demarcaciones. Lo mismo sucede con las formaciones sociales que tienen posiciones periféricas en el capitalismo global: por ejemplo, es posible distinguir entre los anudamientos vasallos y los anudamientos autonomistas[267]. Los primeros serían aquellos que supeditan sus trayectorias, programas e instituciones estatales a los lineamientos y prerrogativas ideológicas, políticas y económicas de los actores más poderosos a nivel global, públicos y privados. Los anudamientos vasallos son aquellos en los que las clases y los sectores sociales dominantes facilitan, a través de múltiples mecanismos, la integración de esas formaciones sociales en los mercados financieros globales y la adopción de modelos neoliberales de gobierno que tienen como efecto una creciente dependencia político-económica en relación con las formaciones céntricas. Dicho de otra manera, se trata de formas "vasallas" no solo porque son dirigidas de acuerdo con los imperativos globales de acumulación de capital, sino fundamentalmente porque adoptan estilos y prácticas de gobierno que están más vinculadas con los centros del capitalismo global que con sus estructuras sociales locales. Y esto las vuelve más vulnerables a los vaivenes y

267 Agradezco a Esteban Torres la sugerencia de pensar los tipos de Estado periféricos en América Latina a partir de la oposición entre los Estados vasallos (mayoritariamente neoliberales) y los Estados autonomistas (que encarnan modelos neodesarrollistas).

a las crisis del capitalismo global. En cambio, los anudamientos autonomistas son aquellos que, pese a estar también limitados en su margen de acción por los imperativos de reproducción del capitalismo global, promueven modelos nacionales de desarrollo que se sostienen en la apropiación pública de los recursos económicos y que garantizan políticas de redistribución y justicia social, a contrapelo de los lineamientos neoliberales globales. Se trata de formas "autonomistas" en tanto pugnan por una independencia y una soberanía relativas en el marco del modo de producción y reproducción global.

De lo dicho hasta aquí surgen algunas definiciones: primero, que –a diferencia de lo que sugerían Poulantzas, Cardoso y Faletto– dependencia y dominación no necesariamente son sinónimos. Si tanto las formaciones céntricas como las periféricas son dependientes (en diferentes grados) las unas de otras en el sistema global, la dependencia puede ser entendida como una condición políticamente inducida y desigualmente distribuida. En lugar de una ley inexorable y universal de dominación, lo que hay en el capitalismo global son formas políticas concretas que, al favorecer una mayor dependencia de las dinámicas depredadoras y a corto plazo que gobiernan en todo el mundo, promueven determinados modos de dominación: ya sea de control político-económico, de subordinación cultural, de ocupación militar, etcétera. Pero hay, igualmente, formas políticas que aumentan la capacidad (relativamente) autónoma de obrar de los estados;

que, en el campo acotado de acciones en el que operan, permiten la persecución de políticas socialmente democratizadoras. Segundo, en relación con ese margen acotado, es preciso aclarar qué relevancia tiene –en el contexto del capitalismo global– poner el foco en el Estado, cuando las dinámicas y actores que parecen primar atraviesan y exceden la escala nacional. Como el lugar donde se condensan las contradicciones de las formaciones sociales y, al mismo tiempo, el factor de cohesión de sus distintos niveles, el Estado continúa teniendo un papel fundamental. No solamente porque, como dijimos en el apartado anterior, cumple funciones que las instituciones supra y transnacionales no pueden llevar adelante; el Estado es el lugar donde la redistribución favorable a los sectores populares es aún posible y donde las lógicas hegemónicas a nivel global pueden comenzar a ser desafiadas. Los estados son espacios imprescindibles de poder en la configuración actual del capitalismo, incluso en su carácter global y transnacional, precisamente porque internalizan y traducen a sus propios términos los conflictos y contradicciones mundiales; son canales de relaciones de poder que pueden vincular las innumerables luchas desde abajo contra el régimen hegemónico global y las instituciones y actores transnacionales que toman decisiones que afectan a todo el mundo. Tercero, si el imperialismo no es una disputa entre estados nacionales en competencia, sino un principio de expansión global del capitalismo impulsado por clases sociales y por actores transnaciona-

les, las disputas por el modelo económico, político e ideológico hegemónico en todo el mundo ya no se dan tanto *entre* estados nacionales, sino *dentro* de estos entre aquellos grupos que desafían este imperativo y aquellos que lo promueven y resguardan. Como señala Robinson, no estamos frente a un “imperialismo norteamericano” *per se*: nos enfrentamos a un imperio global del capital que tiene su sede, por evidentes razones históricas, en Estados Unidos[268], que opera como el defensor de intereses transnacionales y confronta a las fuerzas políticas que de uno u otro modo amenazan esos intereses o desestabilizan los procesos del capitalismo transnacional.

Como en el nudo, entender por donde pasa la eficacia del enlace y donde residen los puntos de fuerza que lo sostienen resulta fundamental para actuar en la coyuntura y deshacer el entramado. Las posiciones dominantes no lo son eternamente, dependen de relaciones de poder que pueden ser revertidas. Pero para ello, necesitamos poder articular de otra manera los distintos niveles de prácticas locales, nacionales y transnacionales, entrelazando las luchas transformadoras en cada uno de ellos para revertir en todas las instancias los efectos que las políticas neoliberales han sembrado por doquier. Ni las luchas locales, comunales, bastan por sí solas, ni alcanza con conquistar el terreno del Estado, ni tampoco con la proliferación de organismos y agencias transnacionales con fines humanitarios. Incluso los representantes de

268 William I. Robinson, *Global Capitalism and*… op. cit.

aquellos sectores y clases transnacionales parecen haberse dado cuenta que el modelo que la globalización neoliberal ha instalado en todo el mundo no es sostenible ni a nivel ecológico, como lo demuestran los desastres ambientales que suceden cada vez con más frecuencia; ni a nivel social, donde las desigualdades están alcanzando formas extremas[269]. Por eso, es preciso encontrar nuevos anudamientos singulares entre todos aquellos registros (locales, nacionales, regionales, transnacionales, así como económicos, políticos, culturales, éticos, ideológicos y un largo etcétera) para avanzar hacia reformas radicales que habiliten una verdadera justicia social global y que puedan imponer medidas de gobernanza globales sobre las relaciones de producción y de propiedad y sobre el sistema financiero, ante todo. En pocas palabras, resulta cada vez más urgente generar formas de codependencia entre nuestras sociedades que logren potenciar al conjunto global, en lugar de disminuirlo y empobrecerlo.

269 Como demuestra Wolfgang Streeck en su libro *Comprando tiempo*, con el derrumbe del modelo keynesiano fordista de los *trente glorieuses*, el capitalismo no ha podido generar un modelo viable y rentable; solamente ha conseguido diferir durante cuarenta años, a través del endeudamiento público y privado del que depende el modelo neoliberal, las soluciones a sus crisis recurrentes. Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz Editores, Madrid, 2016.

Bibliografía

Textos de Poulantzas

Poulantzas, Nicos y Martin, James (ed.). *The Poulantzas Reader. Marxism, Law and the State*, Londres, Verso, 2008.

Poulantzas, Nicos. "El problema del Estado capitalista" y "El Estado capitalista: una réplica a Miliband y Laclau", en Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991.

Poulantzas, Nicos. *Estado, Poder y Socialismo*, México, Siglo XXI, 2005.

Poulantzas, Nicos. *Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, México, Siglo XXI, 2016.

Poulantzas, Nicos. *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Buenos Aires, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973.

Poulantzas, Nicos. *La crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España*, México, Siglo XXI, 1976.

Poulantzas, Nicos. *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México, Siglo XXI, 1976.

Poulantzas, Nicos. *Nature des choses et droit*, París, Librairie Génerale de Droit et de Jurisprudence, 1965.

Poulantzas, Nicos. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1970.

Poulantzas, Nicos. *Repères: Hier et aujourd'hui. Textes sur l'État*, París, Dialectiques Interventions, Maspero, 1980.

Textos de otros autores

Althusser, Louis y Balibar, Étienne. *Para leer El Capital*, México, Siglo XXI, 2006.

Althusser, Louis. "Matérialisme historique et matérialisme dialectique", en *Cahiers Marxistes-Léninistes*, Nº 11, 1966, pp. 89-123.

Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.

Althusser, Louis. *Iniciación a la filosofía para los no filósofos*, Paidós, Buenos Aires, 2015.

Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Althusser, Louis. *La soledad de Maquiavelo*, Madrid, Akal, 2008.

Althusser, Louis. *Marx dentro de sus límites*, Madrid, Akal, 2003.

Althusser, Louis. *Sobre la reproducción*, Akal, Madrid, 2015.

Badiou, Alain. *Lógica de los mundos. El ser y el acontecimiento 2*, Manantial, Buenos Aires, 2008.

Barrow, Clyde. "The Miliband-Poulantzas Debate: An Intellectual History", en Stanley Aronowitz y Peter Bratsis (eds.), *Paradigm Lost. State Theory Reconsidered*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1993, pp. 3-52.

Beigel, Fernanda. "Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia", en AAVV, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006, pp. 287-326.

Benítez Zenteno, Raúl (coord.). *Las clases sociales en América Latina: problemas de conceptualización*, México, Siglo XXI, 1973.

Brown, Wendy. *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona, Malpaso, 2016.

Bruff, Ian y Tansel, Cemal Burak. "Authoritarian neoliberalism: trajectories of knowledge production and praxis", en *Globalizations*, Vol. 16, I. 3, 2019, pp. 233-244.

Butler, Judith. *Dar cuenta de sí mismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.

Cardoso, Fernando H. "¿"Teoría de la dependencia" o análisis concretos de situaciones de dependencia?", en *Estado y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1985.

Cardoso, Fernando H. y Faletto, Enzo. *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011

Clarke, Simon. *The State Debate*, Londres, Macmillan, 1991.

Codato, Adriano. "Poulantzas, o Estado e a Revolução", en *Revista Critica Marxista*, Nº 27, 2008, pp. 65-86.

Davies, William. "El nuevo neoliberalismo", en *New Left Review*, n°101, noviembre-diciembre 2016.

De Sousa Santos, Boaventura. "La amenaza del fascismo social", en *La difícil democracia. Una mirada desde la periferia europea*, Madrid, Akal, 2016.

Deleuze, Gilles. "Post-scriptum sobre las sociedades de control", en *Conversaciones*, Valencia, Letra E, 1996, pp. 247-255.

Dörre, Klaus. "Capitalismo, Landnahme y regímenes sociales de tiempo: un panorama general", Pléyade. Revista de humanidades y ciencias sociales, n°18, julio-diciembre 2016, pp.25-54.

Engels, Friedrich. *L'origine de la famille, de la proprieté privée et de l'État*, París, Éd. Sociales.

Farrán, Roque. "Spinoza posfundacional: ¿Puede el nudo borromeo lacaniano ayudarnos a pensar la causa inmanente, la

contingencia de la necesidad?", en Ana Leila Jabase, Carmela Las heras Pronello, Alejandra Meriles y Francisco Rivera (comps.), *Spinoza Maledictus*, Spinoza 13° Coloquio, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2018, pp. 301-311.

Farrán, Roque. *Badiou y Lacan. El anudamiento del sujeto*, Prometeo, Buenos Aires, 2014.

Farrán, Roque. *Nodaléctica. Un ejercicio de pensamiento materialista*, Adrogué, La Cebra, 2018.

Foucault, Michel. "Pouvoir et stratégies. Entretien avec Michel Foucault.", en *Les Révoltes Logiques*, n° 4, invierno 1977.

Foucault, Michel. *El gobierno de los vivos*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2014.

Foucault, Michel. *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

Foucault, Michel. *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1992.

Gago, Verónica. *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2014.

García Linera, Álvaro. *Forma valor y forma comunidad. Aproximación teórica-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu universal*, Madrid, Traficantes de sueños, 2015.

Harvey, David. *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007.

Holloway, John y Picciotto, Sol. *State and Capital. A marxist debate*, Londres, Edward Arnold, 1978.

Hudson, Michael. *Super imperialismo: la estrategia económica del imperio norteamericano*, Barcelona, Editorial Dopesa, 1973.

Jessop, Bob. "Dialogue of the Deaf: Some Reflections on the Miliband-Poulantzas Debate", en Paul Wetherly, Clyde Barrow y Peter Burnham (eds.), *Class, Power and State in Capitalist Society: Essays on Ralph Miliband*, Palgrave, Basingstoke, 2007, pp. 132-157.

Jessop, Bob. "El Estado y el poder", *Utopía y praxis latinoamericana. Revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*, año 19, n°66, 2014, pp. 19-35.

Jessop, Bob. "Pouvoir et stratégies chez Poulantzas et Foucault. Traduit de l'anglais par Luc Benoît", *Actuel Marx*, 2004/2, n° 36, pp. 89-107.

Jessop, Bob. *Nicos Poulantzas. Marxist Theory and Political Strategy*, Londres, Macmillan, 1985.

Jessop, Bob. *The Capitalist State: Marxist Theory and Methods*, Oxford, Blackwell, 1982

Laval, Christian y Dardot, Pierre. *La nueva razón del mundo*, Barcelona, Gedisa, 2013.

Lenin, Vladimir Ilich. *Imperialismo: la fase superior del capitalismo (Serie Great Ideas 20)*, Taurus, 2012.

Lenin, Vladimir Ilich. *Ouvres complètes*, París, Éd. Sociales, T.19.

Lewcowicz, Ignacio. *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

Macherey, Pierre. *Hegel o Spinoza*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2014.

Marx, Karl. "Contribución a la Crítica de la Economía Política (Prólogo)", *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

Marx, Karl. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003.

Miliband, Ralph. "Poulantzas y el Estado capitalista" y "Réplica a Nicos Poulantzas", en Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991.

Morfino, Vittorio. *El materialismo de Althusser*, Santiago de Chile, Palinodia, 2014.

Natanson, José. *¿Por qué? La rápida agonía de la argentina kirchnerista y la brutal eficacia de la nueva derecha*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

Offe, Claus. "Structural Problems of the Capitalist State: Class Rule and the Political System. On the Selectiveness of Political Institutions", en Von Beyme (ed.), *German Political Studies*, Vol. I, 1974, Sage, pp. 31-54.

Pallotta, Julien. "Rétour sur l'Intervention de Poulantzas au sein de l'Althussérisme: la Tentative de Constitution d'une Théorie Marxiste de l'État dans le Champ de la Science Politique", en *Décalages*, vol. 2, Iss. 2, 2018.

Panitch, Leo y Gindin, Sam. *La construcción del capitalismo global. La economía política del imperio estadounidense*, Madrid, Akal, 2015.

Phillips, Peters. *Giants: The Global Power Elite*, Seven Stories Press, Nueva York, 2018.

Robinson, William I. *Global Capitalism and the Crisis of Humanity*, Cambridge Political Press, 2014.

Robinson, William I. y Harris, Jerry. “Towards A Global Ruling Class? Globalization and the Transnational Capitalist Class”, *Science & Society*, Vol. 64, N° 1 (primavera 2000), pp. 11-54.

Rodríguez Arriagada, Marcelo. *La tendencia materialista de Althusser*, Santiago, Doble Ciencia, 2016.

Romé, Natalia. *La posición materialista. El pensamiento de Louis Althusser entre la práctica teórica y la práctica política*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2014.

Romero, Aurora y Sosa, Pedro. “Poulantzas y el Estado. La materialidad estatal en la tensión entre estructuras y relaciones de poder”, en VVAA, Emmanuel Biset y Roque Farrán (comps.), *Estado: Perspectivas posfundacionales*, Buenos Aires, Prometeo, 2017

Sassen, Saskia. *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales medievales a los ensamblajes globales*, Madrid, Katz, 2010.

Sklair, Leslie. *The Transnational Capitalist Class*, Blackwell, Oxford, 2001.

Streeck, Wolfgang. *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de sueños, 2017.

Streeck, Wolfgang. *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz Editores, Madrid, 2016.

Sweezy, Paul y Baran, Paul. *El capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*, México, Siglo XXI, 1968.

Tansel, Cemal Burak (ed.), *States of discipline. Authoritarian neoliberalism and the contested reproduction of capitalist order*, New York, Rowman & Littlefield, 2017.

Thwaites Rey, Mabel. *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

Agradecimientos

Un libro, como el propio Estado, resulta siempre una condensación de relaciones de diversa índole: afectivas, políticas, de militancia, académicas, azarosas. Reconstruir la trama de la que surge y nombrar a quienes de alguna manera incidieron en el proceso de pensamiento que se condensa en sus páginas, sería casi imposible. Sin embargo, quisiera agradecer especialmente a aquellas y aquellos sin cuyo apoyo y sostén diario no hubiera sido posible esta publicación. A Roque Farrán, porque fue en nuestras charlas infinitas que redescubrí a la teoría de Nicos Poulantzas como una teoría materialista, en el sentido aquí expuesto, y pude empezar a tejer los hilos que la conectan con esta tradición de pensamiento que, hoy puedo decir, orienta mi propia existencia. Porque a partir de su método *nodaléctico* pude desligarme de las rémoras de una enseñanza que procede oponiendo y reponiendo viejas tesis, más que anudando para dar lugar a algo nuevo. Y por nuestro amor materialista, que recomenzamos en cada encuentro, cada vez. A mi hermano, Ramiro, por su lectura atenta y amorosa de las incontables versiones del libro, y su incansable vocación de corrector de las que estas páginas son efecto. También por sus observaciones minuciosas, sus aportes teóricos y políticos, y su acompañamiento tan imprescindible durante estos años. A Mariana Gutiérrez, por nuestra amistad inextinguible y sus análisis siempre tan acertados acerca de la

coyuntura. A Esteban Torres Castaños, quien dirigió mi tesis de licenciatura en filosofía acerca de la teoría de Poulantzas y me embarcó en el camino, tan sinuoso como gratificante, de la elaboración teórica. Su motivación constante y su insistencia en hacerse las grandes preguntas, en tomar al mundo como objeto y volver a pensar, a la vez, América Latina, atraviesan este libro. Asimismo, a les integrantes del equipo de investigación en el que trabajo, el Programa de Teoría Social y Realidad Latinoamericana (CIECS – CLACSO), y al Grupo de Estudios en Filosofía Política *Cuarto Azul* (CIECS), por promover espacios de discusión tan enriquecedores. A Pablo Weber, Baal Delupi, Ana Leila Jabase, Francisco Crespo Gorriti, Valentín Huarte, Sofía Hernández y Ana Cora Bastos, por todas las conversaciones que se tradujeron en páginas de este libro. A Andrés Tzeiman, por sus valiosos comentarios sobre los últimos capítulos. A mis padres, Silvia y Esteban, por su amor incondicional y su apoyo en todo lo que hago. A Marcelo Rodríguez Arriagada, por la confianza y la oportunidad de publicar este libro en Doble Ciencia. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) por la beca gracias a la cual pude realizar estas investigaciones. Y, finalmente, a les innumerables compañeres feministas de quienes cada día aprendo, por hacer cuerpo el desafío de transformarlo todo, empezando por nosotres mismes. A todes elles va dedicado este libro.

